

VENCER EL DESAMOR Y LA PRECARIEDAD



VENCER EL DESAMOR Y LA PRECARIEDAD

Historia de vida

1ra edición: 2026

INTER EXODUS ediciones
e-mail: interexodusediciones@gmail.com

© Irey Gómez Sánchez, 2026

Diseño y composición: Daniel Ordaz
Corrección ortotipográfica: Ramón Ordaz

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa o por escrito de los titulares del copyright.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor y no reflejan necesariamente las opiniones del editor. La editorial se exime de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Publicación:
Isla de Margarita, Nueva Esparta, Venezuela, julio de 2026.

ISBN: 979-8-2409-7631-5
Depósito legal: NE2026000012

Prohibida su reproducción parcial o total sin permiso del autor.

VENCER EL DESAMOR Y LA PRECARIEDAD

Historia de vida

Irey Gómez Sánchez

AGRADECIMIENTOS

Mi más profundo agradecimiento a mis padres Carmen y Candelario, a quienes la vida puso de nuevo a mi lado, tan cerca de mi corazón. Sus presencias me impulsan y me fortalecen para seguir este camino lleno de incertidumbre y desafíos en mi querida Venezuela.

Gracias a ti también, Ganesha, hija mía, por todo tu amor y atenciones. Por pensar en mi bienestar cuando más lo necesitaba.

Gracias a mis hermanos y sobrinos por estar siempre a mi lado.

Gracias a mi querido amigo Ramón Ordañez. Por ser tan especial conmigo, dándome ánimo y cuidándome a la distancia. Por dedicar parte de su valioso tiempo en la revisión y corrección de este texto.

Además, mi eterno agradecimiento al equipo editorial, en especial a Daniel Ordañez, por su invaluable apoyo técnico en la edición y diagramación de este libro.

Irey Gómez Sánchez

ÍNDICE

Agradecimientos	5
Los atavíos de una mujer	9
Introducción	13

PARTE I

LA “CONQUISTA Y COLONIZACIÓN” AMOROSA

El momento inicial. “ <i>Confiar en la desconfianza</i> ”	25
En ese enamoramiento casi pierdo la vida	29
La paradoja del amor: “Amar es un arte y un riesgo”	32
Vivir entre lo sublime y lo mundano	37
El matrimonio	41
Separación temporal	43
El primer quiebre: la pérdida del hijo	49
El segundo quiebre: solicitud de divorcio e infidelidad	55
La transición	60
El “espacio estriado” de la separación	62
De cómo me convertí en la tercera en discordia	78
Mi ex rompe con su nueva pareja	85
Dejo todo en manos de Dios	90
El alejamiento definitivo	93
Descubrir nuestra verdadera realidad para construir algo nuevo	95
La resocialización	95
Mis equivocaciones	100
La distorsión de la realidad y la programación negativa	107
¿Qué es lo que sentimos y hacemos cuando terminamos una relación amorosa?	107
Hay que revisarse	110
Evitemos la culpa	110
Elaborar los duelos	110

PARTE II

MI VIDA DESPUÉS DE LA JUBILACIÓN

La crisis venezolana se llevó mis sueños. Comenzar de cero	114
La pobreza en Venezuela: crisis y pandemia	126
La salida de Venezuela: de cómo me convertí en migrante	131
Lidiando con un problema de salud: venciendo mis fantasmas	147

PARTE III

EL REGRESO A VENEZUELA

La conflictiva relación de mis padres	164
De nuevo a la vida precaria	169
Los problemas en el suministro de gas doméstico	171
La falta de acceso a los alimentos de la dieta básica	172
La situación de Venezuela en el mapa mundial de la pobreza	173
¿Amor con hambre no dura? No estoy tan segura...	178
Asistencialismo en lugar de política social	181
“Privatización por desgaste” de los servicios públicos	184
Cambio radical en mi estilo de vida	185

BIBLIOGRAFÍA	191
---------------------	------------

LOS ATAVÍOS DE UNA MUJER

No pase los cerrojos, por favor, afuera una mujer espera. Ni por usted ni por nadie; tan solo espera.

No cierre el libro, atraviase sus páginas y advertirá cómo la paciencia es larga, cómo los supuestos de ésta no son siempre alentadores y que, si después del vértice de la calma y la resignación, no encuentra nada, es porque pasó de largo y no vio a la mujer que espera. Porque no hay redención solitaria si al final de estas páginas usted, amigable lector, no ha sentido la pulsión de una solidaridad automática.

La autora subtitula esta obra como “Historia de vida”, en profundidad lo es, pero es también, más gráficamente, una lección de vida, de la que hombres y mujeres debemos sacar nuestras propias conclusiones cuando incursionamos en eso que lo aparente exhibe como inocencia cuando entramos en el juego del amor. Lo que no sabemos es que el amor tiene su infierno y, los que logran salir de él, regresan como abatidos ángeles.

Este libro ya ofrece en su Introducción lo que promete en la ruta que ha de emprender el lector. Nuestro propósito en estas líneas es dar unas breves pinceladas sobre aquellos aspectos que estimamos relevantes y susceptibles de un cálido acercamiento. Sin duda, el mayor capital invertido en el ejercicio escritural de Irey Gómez Sánchez reposa en la primera parte, sin quitarle importancia a las siguientes en las que el relato no es menos urticante. Allí encontramos lo medular de su narración. Su acento mayor, con sus claudicaciones y revertidas esperanzas, está en esa hermenéutica del amor en la que contrasta lo que fue esa experiencia epistolar suya, cruzada con el amante esposo, de la que se derivan no felices consecuencias, pero que la gallardía de sus confesiones la eleva por encima de discrepancias e infidelidades. No hay resentimiento sino altivez y señorío de sí misma, cuyo saldo es un innegable crecimiento personal.

El amor es nuestro karma existencial y son excepcionales aquellos que no hayan sido sacudidos por sus impredecibles tempestades. Nadie posee un vademécum o un mapa orientador cuando se allega a sus antros. Como todo abismo, atrae, se cae y

se sale de él con renovadas alas. Esa fuerza de voluntad destaca en la autora. Pero el amor, ¿quién puede saber del amor? Definirlo es tan inútil como inútil será esperar rectificaciones y consejos que conduzcan a los otros por el camino de los justos. El amor es nuestro imponderable estar en el mundo y siempre será una novedad el camino a recorrer cuando nos toca transitar por sus invisibles jardines.

El género epistolar tiene una fecunda historia en lo que ha sido el dar cuenta de la pasión amorosa. Clásicas son las cartas de Abelardo y Eloísa como las solitarias, obsesivas misivas de la monja portuguesa, Mariana Alcoforado. La posteridad, que todo lo hurga y lo desanda, ha querido despojar de su veracidad sus apasionantes testimonios, pero nada le restan al hecho de que en ellas los móviles de la sumisión, la infidelidad, la filiación oscura entre los amantes, la sórdida vegetación de fantasmales presencias en ese tinglado donde dos almas arden en sus propias llamas, imaginarias o reales, nos reporten la esencia de esas vidas que aparecen flotando como náufragos del amor, mientras, éste, el amor, sigue en vela, se metamorfosea, cambia de hogar, porque sus hábitos lo precipitan a la fuga por el círculo vicioso de la incertidumbre; porque, sí, las casas del amor tienen decorados clásicos, medioevales, renacentistas, fáusticos, románticos, art-déco, fatalistas, en veces; siempre en los bordes del no-ser, en esa sintaxis de la desmesura, en cuya iglesia cualquier oración es más invención que realidad.

Una vida de novela es todo amor.

Ocurre que los seres de carne y hueso sienten que el peso del tiempo los aplasta, los acerca cada vez más a la realidad de la muerte, y, a la primera vuelta de esquina, corre hacia los atajos para salir del laberinto. ¿Qué se ama, cuando se ama, mi Dios: la luz terrible de la vida o la luz de la muerte?, sentencia en un poema suyo el chileno Gonzalo Rojas.

Porque ahora la vida, con sus recortes y limitaciones, arroja sus señales antes de que todo sea ocaso, y hay que amar, sí, hay que amar, pero también es impostergable vivir, que no siempre es lo mismo, aunque sea inevitable llegar a cero a partir de una nueva cuenta regresiva.

Las cartas que intercambia la autora con el que fuera su polémico interlocutor en esas refriegas de amor, deshoja sus margaritas entre circunstanciales acuerdos y el letal veneno de la perfidia.

Si algo merece destacarse de esta “Historia de vida” es el bisturí de que se vale Irey Gómez Sánchez para diseccionar el cadáver de “su” amor. No lo descuartiza, no lo desampara, en todo momento le insufla su aliento para levantarlo, “pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo”, como expresa dolorosamente el poema “Masa” de César Vallejo. Si bien se apesadumbra, se autoinflige, una y varias veces, su voluntad cabalga en sentido contrario al pesimismo, porque aspira a un final feliz, el que se aleja cada vez más en esa casta marcha de una derrota no deseada. Para muestra un botón de esa filosofía de vida que esgrime en una de sus cartas últimas, cuando se refiere a la obsesiva búsqueda de otra mujer por parte de su ex:

Si la llegaras a encontrar, ojalá logres entender su sensibilidad de mujer, no le jures amor eterno, hazle ver que en el fondo de ti hay un espíritu libre. No le regales poemas ni le escribas palabras trascendentales. No le descubras el secreto de la poesía si no estás dispuesto a vivirla. No le hables de los ideales sino del sentido práctico que tiene la vida. Porque las mujeres amamos de forma diferente.

Cada palabra que digas, cada promesa que hagas, cada locura que se te ocurra, seguro ella mañana lo tomará en serio y espera por ti. No le hagas sentir que eres un príncipe si sólo tienes una condición de plebeyo. Si llegas a encontrar a esa mujer, no le hagas sufrir, no le hagas pactos de amor que no estás seguro de cumplir.

Descúbrela quién eres realmente. Tus misterios y tus contradicciones. Seguro así te darás la oportunidad de conocerte y de no idealizarte como persona. Recuerda que no todos tenemos la virtud, la dicha y la ventaja de haber sido preparados para la vida y para la muerte. Si encuentras a esa mujer no le hagas sentir el peso de tu vida, ella siempre será distinta a ti. Pero sobre todas las cosas, nunca la compares con ninguna otra mujer.

De todo corazón deseo que logres formar una familia, que tengas tus hijos y ellos te den la felicidad que te mereces. Ojalá que la vida cotidiana no te aleje de lo que en esencia yo pude conocer y valorar de tu persona.

Te deseo lo mejor.

De este talante son las cartas de Irey Gómez Sánchez. La aventura del lector le deparará muchas otras aristas interesantes.

En cuanto a las otras secciones del libro, encontraremos análisis y enfoques sociológicos, económicos, políticos, en los que aborda la crisis venezolana de estas últimas décadas, de las que destaca sus penurias y oprobios, entre ellas, la diáspora, de la cual se vio obligada a formar parte; migración que dejó profundas huellas en la autora, narradas aquí con intensidad y calibrado pulso al expresar los múltiples tropiezos y adversidades que tuvo que superar para sobrevivir. De vuelta a nuestro país, con la mente más reposada, estas páginas son el testimonio de una experiencia, madura y consciente, en las que da fe de que ha limpiado el camino de traumas, resentimientos, amarguras, rencores y desamores; todo lo contrario, después de reconocer sus culpas y extravíos, ofrece a quienes pasen por estas páginas francas recomendaciones y sugerencias como advertencias de que el dinosaurio todavía está ahí. Fuga, regreso y consolación podría ser la sinopsis de su itinerario, después de vencer toda precariedad y desamor y apostar por una nueva vida.

Ramón Ordaz
Isla de Margarita, 2 de abril de 2026

INTRODUCCIÓN

Por la influencia sociológica, este libro mezcla temas personales y temas sociales de la realidad venezolana escritos a partir de la vivencia de experiencias propias.

Lo aquí escrito guarda mucha relación con la búsqueda de sentido a mi vida en los años posteriores a la jubilación. En cierto modo representa la forma que encontré para construir una narrativa propia que me ha permitido reflexionar y entender ciertos eventos que han marcado mi existencia. Es quizás la mirada al pasado que me reconforta y me reconcilia con mis aciertos y posibles errores, ayudándome a ordenar y vivir el presente con una perspectiva realista, sin idealismo, en paz con mi conciencia y con una enseñanza respecto a esas vivencias pasadas.

Una metáfora que quizás puede ilustrar la elaboración de este libro es la del alfarero en pleno acto de creación. Al principio, al igual que el artesano, sólo tenía ante mí una masa amorfa en la que se mezclaban recuerdos, algunos tristes y dolorosos. Mi tarea consistió en agarrar esos pedazos de barro de mi pasado y poco a poco empezar a darle forma, con amor y paciencia. Suavemente, con estilo -como hace el alfarero- surgió una bonita vasija, que representa una creación significativa de lo que ha sido una parte de mi vida.

El libro se ha separado en tres partes. En la primera comparto una reflexión acerca de las relaciones amorosas a través del relato de una experiencia personal. Se focaliza en mi última relación de pareja que duró alrededor de unos 22 años. Es una etapa de mi historia personal que intento entender a través del relato. La narración se convierte en una búsqueda de respuesta, en un diálogo e interpelación conmigo misma. Su mayor valor es la acción terapéutica que implica volver al pasado, reflexionar eventos bajo una perspectiva autocrítica. Para tal fin, la metodología consistió en seleccionar aquellas situaciones del pasado en las que es visible, de mi parte, la recreación del sufrimiento o privación de bienestar. En esa mirada interior se ilustran ciertos hechos de la vida en pareja estando casados, separados y divorciados (viajes, comunicaciones, trabajo, tipo de interacción, etc), a través de los cuales se fue gestando una situación de dependencia emocional. La revisión

en sentido cronológico va ofreciendo información acerca de un patrón de comportamiento entre la pareja, caracterizado por la asimetría, la manipulación afectiva, el enojo y/o llanto fácil de mi parte y la evitación al conflicto e indiferencia del otro lado de la pareja. La continuidad en el tiempo y la repetición de situaciones en las que una de las partes engaña o traiciona, mientras la otra se somete y calla, muestra el vínculo traumático que sustituye lo que debió ser una relación sana. Por ejemplo, el divorcio se efectuó en el año 2006, pero el alejamiento y separación definitiva sucedió en 2018, es decir, doce años después. Durante este tiempo mi salud física y emocional se deterioró, al punto que un año después, en el 2019, estando en el extranjero, tuve que ser tratada por una lesión cancerígena que por la gracia divina pudo intervenir exitosamente.

El amor se define como el máximo bien, si te parece que en esta historia prevalece el malestar es porque las acciones hablan más que las palabras y a través de ella se expresa el desamor. Sin saber lo dejé entrar. Se creó un patrón de apego que no fui capaz de identificar, mucho menos de cambiar. De ahí que la actitud complaciente, el silencio o resignación, el conformarse con migajas de compañía, la tolerancia a la traición o infidelidad corren por mi cuenta. Soy responsable de que esta parte de mi historia se escribiera de esta manera y no de otra, por alimentar tanto tiempo un amor patológico. No obstante, siempre hay un despertar, esta historia lo representa. Como dije antes, es su mayor valor, nadie merece vivir en una eterna sobrevivencia, intentando validar, ya sea en lo socio-económico, en lo socio-político o en lo amoroso –afectivo, situaciones de malestar y/o sufrimiento.

En la segunda parte del libro se relata el trayecto posterior que me llevó a vivir en el extranjero. El preámbulo de este momento es mi nueva condición laboral, ya que en el año 2012 pasé a ser personal universitario jubilado. Este nuevo contexto no fue como yo me lo esperaba, ya que desafortunadamente coincidió con los embates y desafíos de la crisis social, económica y política de Venezuela. En esos primeros años de jubilada experimenté en primera persona los episodios de esta crisis, pasando de ser una profesora universitaria con relativa estabilidad socioeconómica a una mujer de edad madura en situación vulnerable. De ahí que, al igual que otros millones de venezolanos, me vi forzada a dejar el país. Esta migración es otra etapa significativa en la que renuncié a

estar en mi hogar y decidí vivir en otro país en condiciones signadas por el malestar propio de una salida forzada. Durante mi estadía en el exterior, no pude cumplir los objetivos de darle continuidad a mi actividad profesional, surgieron otras eventualidades que me llevaron a construir nuevas estrategias de sobrevivencia. Quizás esto pueda interpretarse como disonancia cognitiva, pero esta fue una experiencia enriquecedora, en la que aprendí a soltar todo tipo de apego material y afectivo y a conocer una cultura distinta. En diciembre del 2019 me vine de regreso a Venezuela, también forzada por un cambio en mis condiciones de vida, debido a la realidad socio económica presente en Ecuador, país donde residía como migrante. Cabe destacar que ciertos problemas que anteriormente me habían motivado a emigrar, se empezaron a sentir en este otro país andino, aunque en una menor proporción comparado con Venezuela. Ser migrante en condiciones de vulnerabilidad económica y emocional, marca esta experiencia con un sabor agri dulce. Estar en otro país me ayudó a entender que era necesario mantener una actitud resiliente para sobrellevar el día a día. Pasé ratos de malestar, preocupación e incertidumbre, pero también experimenté una enseñanza ya que al final las adversidades me hicieron crecer como persona.

En la tercera parte se describe la experiencia del regreso a mi país. El mismo comenzó con un cambio radical en el estilo y condiciones de vida, dado que la precariedad social que ya estaba presente antes de irme, ahora era mayor. Lo más visible y dramático de la nueva vida que encontré en Venezuela, desde diciembre de 2019, fue el desmejoramiento de las condiciones de vida de gran parte de su población. Digamos que la pobreza y la precariedad social seguían ahí pero ahora en mayores proporciones. Un aspecto destacable es que la economía nacional se había dolarizado casi en su totalidad, aunque el bolívar continuaba vigente como la moneda oficial. Por su parte, el Banco Central de Venezuela (BCV) en ese momento se limitaba a ofrecer una tasa de cambio oficial del dólar. Sin embargo, el llamado “mercado negro” paralelamente domina las transacciones de esta divisa. A su vez, el sueldo mínimo para esta fecha no superaba el equivalente a 6 dólares en moneda nacional y, aunque en los años posteriores se aprobaron aumentos en los llamados bonos complementarios al salario, eso no ha disminuido la brecha entre el costo de la vida y el monto de los ingresos familiares. En lo personal, ante semejante realidad, fue inevitable un replanteo en los hábitos alimentarios, y

las prácticas de vida en general, para poder sobrevivir en medio de esta crisis social.

El regreso a Venezuela fue directo a la casa de mis padres. En este contexto, la dinámica familiar y la situación socioeconómica en el poblado suburbano donde me tocó vivir fueron desafiantes. A pesar de la experiencia que ya tenía de los duros momentos de escasez, bloqueo económico y crisis política en los años anteriores, al principio me sentí desbordada e incapaz de enfrentar la situación. Digamos que los años en el extranjero me ayudaron a dejar la dependencia afectiva, pero en esta vuelta a la patria debía enfrentar la dependencia económica en un ambiente de mayor precariedad social, de fallas continuas en el suministro de los servicios básicos indispensables como internet, electricidad, gas doméstico y agua potable, aparte de los problemas en el acceso a los alimentos de primera necesidad. Luego, se presentó la pandemia del Covid19 que introdujo mayores restricciones en nuestro estilo de vida.

Cabe destacar que en su vida cotidiana el venezolano gasta casi toda su energía vital en la lucha por la sobrevivencia. El empobrecimiento y la baja calidad de vida tienden a normalizarse y esto es muy peligroso. Un claro ejemplo de ello es que al declinar la calidad y el acceso a la educación, la salud y la seguridad social -entre otras- el debilitamiento o la ausencia de ciudadanía social refuerzan la mendicidad social. Hay un reacomodo en el estilo de vida. Paulatinamente, la familia se ve forzada a gestionar distintas formas de sobrevivencia e incluso mendigar o pedir al Estado y a la propia comunidad para sufragar contingencias vinculadas a la salud y protección social. Y como lo señalé en una investigación realizada hace algún tiempo, esta situación tiene implicaciones negativas, ya que lesiona la autoestima, anula la participación política y, en su lugar, aparece un sujeto motivado por el agradecimiento y la lealtad ante los actores políticos que controlan el Estado. Desafortunadamente, la ausencia de ciudadanía social en el contexto de pobreza antes mencionado, genera una relación de dependencia que favorece el autoritarismo y el abuso de poder.

Considero que este libro describe situaciones de orden psicosocial y socioeconómico por las que ningún ser humano debería pasar, no obstante, lo importante no es victimizarse sino reflexionar y actuar. El mayor valor de la experiencia es el aprendizaje, como bien lo señala la escritora Marguerite Youcarnar.

No es sólo mi experiencia, sino también de cómo las personas que han pasado por situaciones similares pueden superarlas. Como dice Lise Bourbeau en su libro *“Las cinco heridas que impiden ser uno mismo”*, hay experiencias que nos hacen sentir miedo, culpa, lamentaciones, juicios, son heridas que no aceptamos. Debemos adquirir conciencia de las consecuencias que trae esa experiencia para poder salir de ella. Las “heridas” que refiere Bourbeau son la traición, el rechazo, el abandono, la humillación y la injusticia. Son heridas cuyo impacto en la vida de la gente pone en riesgo su salud en forma integral.

En relación a la cuestión social, nuestra vida se ha visto notablemente afectada, tal como aquí se describe. Es una realidad que emplaza al Estado, sus actuales formas de intervención, el modelo político y los actores que lo representan, así como también demanda una transformación de la cultura política que impera en nuestro país. Cabe destacar que tanto el relato de la experiencia amorosa como lo vivido como migrante y el posterior regreso a mi país, fueron situaciones caracterizadas por la dependencia. Ella es, en esta historia, el denominador común o la variable que hace intersección con los problemas de índole afectivo-personal y los vinculados al funcionamiento del país. Por un lado, la dependencia emocional lleva a un sufrimiento prolongado en la relación de pareja. Por otra parte, desde el plano institucional y del sistema político también se fomenta la dependencia entre quienes ejercen funciones de gobierno y los gobernados, como mecanismo que facilita el control político de la élite dominante. Por tanto, parte de las transformaciones pendientes en el orden económico, político y social en Venezuela es la de promover la construcción de una cultura política de emancipación y ésta va unida al proceso de liberación personal que supone romper el apego y la dependencia, no solo en los afectos personales sino también en los vínculos con instituciones como el Estado y los actores políticos que lo integran. Es decir, se deben construir nuevas relaciones en lo humano y político-institucional.

PARTE I

LA “CONQUISTA Y COLONIZACIÓN” AMOROSA

Esta parte de la historia se estructuró siguiendo un orden cronológico que va desde el inicio de la relación amorosa, luego el matrimonio y finaliza con la ruptura o separación. Para tal fin, en cada uno de estos momentos se consideran los hechos o situaciones más significativos que, a mi juicio, le dan sentido a la narración según el propósito de mostrar los cambios que se van dando en dicha relación y el rol que juega cada uno de los integrantes de la pareja. En el momento que califico como de enamoramiento, me apoyo en las cartas que mi pareja me enviaba, como testimonio de su perspectiva respecto al amor y la relación amorosa. Para la fase de ruptura o separación matrimonial, se utilizan las cartas que en aquel momento yo le escribí a él. En las mismas se ponen de manifiesto emociones, sentimientos y creencias con respecto a lo que estaba viviendo y particularmente sirven para testimoniar el estado de dependencia afectiva en el que me encontraba. La selección de las cartas no es intencional y refleja lo que en la vida real fue la participación o comunicación escrita que cada uno tuvo en la relación. Evidencia también –en el caso de mi entonces pareja- una narrativa que al inicio de la relación pretende enamorar o “conquistar” y después -cuando deja de escribir- se vuelve común, el silencio o falta de respuestas, la ausencia de diálogo y de empatía. En general, estas misivas permitieron ilustrar el punto de vista de ambas partes, construir y analizar unidades de información acerca de los temas tratados y de esta manera se va construyendo la historia.

Escribir esta parte de mi vida no es ajeno a todo el proceso de sanación que he experimentado. Han transcurrido más de dos décadas, esta relación pasó por las fases de enamoramiento, noviazgo, matrimonio, separación y divorcio. Sin embargo, considero que es ahora cuando he podido cerrar esta página, pudiendo compartir, aclarar y soltar todo aquello que antes estaba en mi mente y que ahora forma parte de un aprendizaje esencial en mi desarrollo personal.

Como se deduce de lo anterior, el aprendizaje y la sanación llevaron un largo tiempo. Digamos que en otras esferas de la vida tuve cierto control, pero en la esfera emocional relativa a esta experiencia de pareja en ocasiones fui permisiva e irracional. En consecuencia, tuve muchos tropiezos, las situaciones dolorosas se convirtieron en un círculo vicioso, caí en depresión y, en suma, no fue fácil encontrar la salida. Viendo la experiencia

amorosa en retrospectiva, considero que el sistema de creencias y la representación social que tenía del amor influyeron negativamente. La dependencia emocional me impidió poner límites. Contrariamente, mantuve una postura reactiva, tampoco fui consistente, a veces guardé silencio y con eso puse a un lado mi malestar y se mantuvo la continuidad de dicho círculo. Como bien lo identifican algunos expertos en la materia, la dependencia no es amor, tampoco es una elección, es un estar por necesidad que implica una pérdida de identidad y un abandono casi completo de sí mismo (Martínez, E).

En esta parte de la historia de vida se toca el tema del “*amor romántico*” y del desamor. El primero se define como un “*apego espiritual, emocional y sexual pasional*” (citado por Carrillo, 2022). Desde el punto de vista individual, el énfasis está puesto en la emoción y el apego. De igual forma, este tipo de amor puede entenderse como un paradigma, que de acuerdo a la experiencia personal, si falla en uno de sus vértices -como es el caso de esta historia- la falta de compromiso en la relación amorosa a largo plazo, ausencia de respeto por el otro y falta de lealtad; el proceso amoroso puede derivar en serios problemas para la salud mental, entre ellos: dependencia emocional, pérdida de identidad, enajenación y obsesión. Estos problemas revelan sufrimiento, pues se viven desde la antítesis del amor romántico: el desamor y el maltrato psicológico. El desamor es literalmente la pérdida del amor y con ello también la pérdida de la confianza y de la intimidad (Carrillo, 2022).

Por otra parte, la relación amorosa se entiende como una construcción social, con un tiempo y un espacio según el cual la idea o búsqueda del amor está condicionada por un sistema de valores, percepciones, creencias y representaciones. Según esta perspectiva, con respecto al amor de pareja, soy producto de un entorno cultural que enaltece y sobrevalora el llamado amor romántico. Crecí con estos referentes, por ejemplo, la relación de pareja de mis padres es altamente tóxica, pero completamente normalizada en el contexto socio-familiar. No obstante, mi perspectiva acerca de este tema fue cambiando en las distintas etapas de mi vida, maduré defendiendo ciertas premisas acerca de la experiencia amorosa como la continuidad de una búsqueda existencial, en la que consideraba fundamental participar en una relación basada en el amor, el respeto, la empatía y la libre

convivencia. Así que considero que, al menos de mi parte, este ideal estuvo presente en lo que fue la gestión de la relación amorosa referida en esta narración.

Sin embargo, con el paso del tiempo fui cayendo en un estado de enajenamiento. Comencé con un enamoramiento, una vez más sucedió y era predecible, pues me encontraba todavía en una búsqueda en la que no sabía qué camino tomar. Apareció este chico más joven que yo e inmediatamente lo idealicé. Luego seguí en lo que consideraba era la construcción de una relación de pareja bajo las premisas antes señaladas. Cuando se presenta la crisis y ruptura matrimonial, sobrevaloré el amor romántico que nos tuvimos en el momento inicial, luchando por un ideal de amor que era efímero y que a la larga enfermó mi mente y me quitó el bienestar en todo sentido. En ese momento adopté una postura pasiva, a veces reaccionaba pero no era consistente en mis demandas, en consecuencia, mi entonces pareja asumió el control (en los proyectos comunes, en el uso del tiempo libre, en la intimidad y en la vida cotidiana). En tales circunstancias, en vez de tomar decisiones que preservaran mi integridad y salud mental, comencé a mirar para el lado equivocado. Es de hacer notar que al principio de la relación, él me escribía casi a diario, se mostraba dulce, paciente, amoroso y atento. No obstante, posteriormente tuvo un comportamiento narcisista, no le gustaba escuchar mis inquietudes y quejas, con su silencio mostraba indiferencia y cuando me hablaba usaba mucho el sarcasmo y la burla. Yo sentí de su parte, poca empatía y mucha arrogancia ante lo que fue la crisis matrimonial.

Fue así como aquello que comenzó con una promesa de “amor eterno” (falsa creencia) se fue trasmutando con los años, pero yo no cambié la narrativa y percepción de esa realidad. Había mucha distancia entre la expectativa y la realidad. Como lo mencioné antes, pienso que el esquema de creencias respecto al amor me impidió interpretar las distintas señales negativas que se fueron presentando a lo largo del tiempo. Es por ello que cuando se inició el maltrato psicológico, no tuve voluntad para liberarme porque había caído en una situación de dependencia emocional. Al contrario, me quedé al lado de mi pareja incluso contradiciendo mis propios valores acerca de la fidelidad y el respeto a mi dignidad como persona.

Un ejemplo del estado de dependencia emocional en el que me encontraba es que, cuando descubrí la primera infidelidad, la dejé pasar. En ese punto, esto era una señal de que ya estaba roto nuestro acuerdo. Sin embargo, me limité a mostrar una actitud reactiva que no me sirvió de nada y seguí unida a esta persona. Posteriormente, ya no tuve control de ciertos eventos que inevitablemente me cambiaron la vida. Esta pasividad y ambivalencia trajeron consecuencias. Al tolerar la doble vida de mi ex y mantener una relación ambigua con él me vi expuesta a conflictos y confrontaciones con la nueva mujer que él había metido en su vida. En un momento dado, los roles habían cambiado, ahora yo era percibida como “la otra” o la tercera en discordia. Fue así como comencé a librar unas batallas que no eran mías. Esta situación me hizo gastar mucha energía. Mientras tanto, mi ex metía la cabeza como el avestruz, evadiendo toda la responsabilidad en esta confrontación. Ahora reconozco el talante narcisista y egoísta de esta persona que yo anteriormente pensaba era el amor de mi vida.

Tal como lo expresa Erich Fromm (1981), en el acercamiento y la unión de la pareja se deben compartir no sólo el sentimiento de amor, sino también la necesidad común de vivenciar la experiencia liberadora, es decir, “... *la realización de su ser individual, esto es, la expresión de su potencialidad intelectual, emocional y sensitiva*”. En mi caso, esa potencialidad se mediatizó en el compartir, ya que el otro polo de la relación fue dominando e hizo que sus intereses, deseos y necesidades fueran el centro de la vida en común. El sentimiento de amor que yo le tenía no fue suficiente. Y en la etapa más crítica no se pudo crear un entorno de confianza, comunicación y empatía que nos permitiera gestionar adecuadamente nuestras emociones y sentimientos.

Como se ha señalado antes, en esta historia van emergiendo eventos, uno de ellos fue la ruptura de la relación de pareja. Este momento constituye un mosaico de situaciones: en lo personal mantuve una postura que oscilaba entre la comunicación defensiva ante expectativas individuales divergentes y una actitud reflexiva que a veces intentaba mostrar cierta comprensión y empatía ante la realidad vivida por el otro. Por lo general, lloraba mucho, sentía rabia, decepción y después intentaba reflexionar sobre lo sucedido, de ahí las cartas que escribía. Esto último fue el camino que seguí para dialogar con mi pareja, pero él, por lo general, se mostraba

evasivo en relación a conversar sobre ciertos temas. En este proceso de ruptura, fui perdiendo identidad, ya no era la esposa, ni tampoco había una amistad genuina entre los dos. Casi todo era emergente e indefinido.

A su vez, la dependencia emocional me llevó a postergar la separación definitiva y a no pasar la página en el momento oportuno. Como lo expresé antes, me mostré incapaz de darle punto final a una relación que se había vuelto tóxica. Mi ex pareja se convirtió en un depredador emocional. Yo seguí a su lado, dando todo (afecto, amistad, ayuda material y solidaridad si era necesario), él también me buscaba, pero sólo daba lo que se puede llamar “un toque técnico afectivo” (una llamada por teléfono o una corta visita a mi casa) y luego desaparecía por un largo tiempo; había, como siempre, muchos aspectos de su vida que nunca compartía. Pero cuando tenía dificultades, volvía a mí y yo actuaba en forma protectora y permisiva. No hubo reciprocidad, ni mucho menos equidad en esta etapa de la relación.

Contrariamente, después de estar divorciada se produjo algo parecido a una nueva “unión” de carácter temporal y efímera. Era otro contrato, distinto al matrimonio, con reglas informales, con áreas muy grises, vínculos de trabajo académico fuertes, los lazos a veces fueron fraternos pero cuando emergían las contradicciones, cada uno armaba su trinchera y se replegaba. De manera tácita, parecía una relación abierta. Al menos en la práctica él lo asumió de esa manera, con mucho pragmatismo y el objetivo puesto en tener un hijo con otra mujer y, por ende, formar otra familia con esa nueva pareja. En ese contexto, en el rol de “separados”, realizamos proyectos académicos y viajes juntos. Dice un adagio popular que una cosa piensa el burro y otra quien lo va arreando. En ese entonces, de acuerdo al contenido de algunas cartas que escribí, estaba anhelando la reconstrucción de la relación, muy influenciada por el referente del amor romántico que nos tuvimos al comienzo. En la escena del refrán, yo era el personaje del burro, anclada en el pasado, y él era quien que me arreaba, con la mirada puesta en el presente. Nuestras racionalidades eran divergentes.

De igual forma, la ambigüedad trajo mayores problemas cuando mi ex decide seguir su vida intentando formar una nueva familia, pero sin romper su vínculo afectivo y marital conmigo. De ese modo, la relación que un día aparentó el florecimiento del amor

romántico, luego una unión estable y solidaria, se transformó en una relación tóxica.

En general, para ilustrarlo de otra manera usando los términos de los filósofos Deleuzze y Guattari, en la relación de pareja de esta historia se conformaron un “*espacio liso*” y un “*espacio estriado*”. El *espacio liso*, representado en el trayecto en el que, al menos de mi parte, intenté construir una relación genuina, auténtica y liberadora. No obstante, a medida que avanzó la relación, luego de unos años, en los que nos fuimos conociendo y compartiendo, surgen otros intereses, deseos y expectativas individuales que se imponen (por parte de mi expareja, el tener un hijo propio y, por parte mía, mantener el apego a ciertos principios y valores acerca del matrimonio y del amor). Cuando aparece la infidelidad, la mentira, el ocultamiento de información, la ira y las peleas, las tensiones llevan a un “*espacio estriado*”, que es la trasmutación en otros sentimientos, actitudes y emociones que conducen a la ruptura matrimonial y después se prolongan en la separación. En este espacio están presentes la duda, el desencanto y el desamor.

El momento inicial. “*Confiar en la desconfianza*”

Como la mayor parte de las relaciones amorosas en nuestro entorno cultural, el inicio se caracterizó por la ilusión de estar juntos, la alegría de compartir sueños y experiencias, la pasión, las caricias y el afán por conocerse. Momentos llenos de expresiones o frases hechas como “deseo caminar contigo, ver el infinito con tus ojos y reflejarme en tus sonrisas”. Digamos que escuchar continuamente estas frases activó en mí el circuito del amor romántico, en ese momento me sentí plenamente identificada con él, con sus palabras y su invitación a vivir esa experiencia amorosa. Me convertí en receptora activa de aquellas palabras y frases de amor. En ocasiones no eres consciente de lo que está sucediendo en el contexto de lo que para nosotros significa “estar enamorado”. Él me decía:

“Cuando estás enamorado no te atreves a decir toda la verdad por miedo a que el otro se desilusione porque en el fondo sabes que el enamoramiento sólo se alimenta de ilusiones e imágenes idealizadas... Sin embargo, muchas veces decimos la sincera verdad

sin algún presagio, pues confiamos y actuamos libremente, de acuerdo a la relación establecida. Yo te amo sin los cristales de mis gafas, te veo tal cual eres y no como quisiera, y así te quiero, te admiro mucho más, te amo”.

Y así siguió escribiéndome a diario sus sentimientos e invitándome a asumir el riesgo, su discurso sugería que yo tenía que “liberarme” de algo que no me hacía feliz y eso implicaba romper con mi vida de ese momento:

“Te propongo que superes tus deseos; el deseo que te hace ser esclava de tu felicidad y el deseo de poder ser libre y que depende de ti. ...dicen que “el que no juega no gana ni pierde”, entonces se trata de arriesgar, de hacer la apuesta. Acuérdate que en el amor no hay perdedores, solo ganadores.

En la vida querida, no hay preguntas sólo respuestas a las que cada quien busca sentido y causa. Esas respuestas están dentro de ti; tú tienes la felicidad, el amor, el dolor, la alegría y la dicha. Anda, desprogramate y verás cuán fascinante es saber amar y vivir sin tiempo.

Te pido me disculpes los malos ratos, las malas acciones y mis amorosas osadías; contigo aprendí a ser un poco más extrovertido. Ojalá puedas pronunciar muchas palabras... Creo que dentro de ti habita una niña ingenua y un gran manantial de sonrisas, sería una lástima que esa sensibilidad se perdiera”.

En aquel momento yo estaba participando en otra relación. Tenía un hogar establecido y estaba comprometida con otra persona y teníamos una hija. De ahí que surgían muchas dudas, tomarle la palabra era romper con mi vida familiar. En ese entonces estaba pasando por muchas dudas. A veces sentía que debía seguir adelante y ser fiel a mis sentimientos. Estaba incómoda y descontenta, pero enfrentar una ruptura y comenzar una nueva relación era un desafío. En ese contexto de indefinición, de búsqueda y de vulnerabilidad emocional apareció mi pretendiente que después se convirtió en mi esposo. En un principio él era encantador, carismático y supo enamorarme. Salir de mi hogar, era un escape prolongado y frecuente. Aunque era una mujer comenzando una vida profesional, madre de familia, superando los treinta años, me comportaba a veces como una adolescente.

El simple detalle de pasar un rato tirándole piedritas al mar u observando la luna llena después de media noche era placentero. En ese momento en el que abandonaba el espacio seguro de mi casa, no pensaba sino en el disfrute. Era una manifestación de la falta de madurez emocional y de las carencias afectivas que tenía. Después de pasar por dos experiencias previas de unión en pareja, *quería seguir besando “sapos” en mi concepción de amor romántico. Mi pensamiento ideo-político y del amor eran lineales.*

El me decía: *“Necesito que estés conmigo, al lado de mis sueños, de mis alegrías y tristezas; pero deseo que busques tus razones de vivir y poder así crear lo que queremos, lo que anhelamos. No importa el pasado, importan las diferencias, nuestros defectos y virtudes, en fin, importa la vida; el mañana, nuestros proyectos”.*

Sus palabras me animaban cada día a comenzar algo nuevo a su lado:

“Hay que sostener la guerra más dura contra sí mismo: Es preciso llegar a desarmarse. Yo he sostenido esa guerra durante años. Es terrible; pero ahora estoy desarmado. No tengo miedo a nada, porque el amor arroja el miedo. Estoy desarmado a la voluntad de tener razón, de identificarme descalificando a los otros. Ya no estoy desconfiando recelosamente, ni tampoco crispado sobre mis riquezas.

Acojo y comparto, no me aferro a mis ideas, a mi proyecto. Si me presentan otros mejores o más bien, no mejores sino simplemente buenos, acepto de buena gana”.

No obstante, no fue fácil decidirme. Sentí que él representaba ese ideal de amor que yo buscaba. También me tocó escuchar muchas historias y episodios polémicos que rodeaban la vida de esta persona. Como señalé antes, veníamos de mundos diferentes, él se había pasado parte de su vida adulta estudiando en un seminario para graduarse de sacerdote. Yo en cambio vivía metida en la universidad, allí estudié, hice actividad política y luego laboral. Nos convertimos en confidentes y fue así como supe que poco antes de que empezáramos a salir, él había renunciado a su aspiración de ser sacerdote. Sin embargo, esta decisión no tenía ninguna relación conmigo, la institución católica era un espacio muy ajeno a mí. Supe que era un personaje muy polémico en este medio, manejaba mucha información respecto al funcionamiento

interno de esa institución. Escuché relatos que ponían en tela de juicio el proceder de algunos sacerdotes y seminaristas en el sitio donde había estudiado. Él era muy joven, pero se mostraba muy firme en sus convicciones, deseos de poner distancia y de asumir una postura cuestionadora de esa realidad. Me limité a escuchar e intenté comprender su mundo de vida. Esa fue una de las primeras facetas que él me mostró. Había roto con su apostolado religioso, pero entre sus planes también estaba irse al extranjero a otra congregación. Al final, tomó partido por mí y se quedó.

"...Hasta ahora he cometido dos errores: amarte sin importancia a mí mismo y escuchar tus susurros. He ahí el motivo de mi amor, de mi locura, un hasta luego. Deseo esconderme dentro de ti, como la novia a la luna y a su amor... No soy de hierro, simplemente realista y humano. No deseo quedarme con el "tiempo", me marchó a lo impredecible, a la incertidumbre existencia. Nunca esperes una mutilación, o una truncada de tu extraño amor... espera un cálido beso, un dulce abrazo y una verdad con doble filo; espérame a mí, aunque no haya cita, pues soy una contradicción, una quimera envuelta y viva de sonrisas. Mi consigna, la libertad del amor con tres borrones: la sinceridad, la dignidad y la certeza de sentirme perdido, pero no derrotado, sino con muchas esperanzas e inquieto por amar".

A pesar de sus palabras, algunas veces dudé y le dije que se alejara de mí, sabía que estar a su lado implicaba una ruptura de mi estilo de vida anterior y emprender un nuevo camino lleno de mucha incertidumbre.

"...Me pides que me aleje... ¡Acepto tu propuesta! Durante mis pasos por la vida me ha tocado despojarme de todo, de mi infancia, de mi familia, y hasta del amor de una mujer. A eso yo no logro acostumbrarme, pero respeto la decisión de quien lo desee. Recuerda que por ahora me alejo y no puedo acostumbrarme. Te veo en mí, a mi lado y sobre mi cuerpo; de todas formas seguiré con mis sueños, pues desperté y tengo que perderte".

Luego nos volvíamos a encontrar y compartíamos pensamientos y vivencias. Me sentía confrontada e interpelada. Poco a poco se convirtió en mi amigo y confidente y pasó a ser una figura importante en mi vida:

“Sé que apenas soy una bruma o quizás una brizna, te confieso que mi vida ha sido una aporía y que he tenido muchos tropiezos en el itinerario que me ha tocado. Sin embargo, día a día trato de construir ese mundo que anhelamos y todos deseamos. Cuando me encuentro con alguien como tú siento que me faltan muchas cosas por vivir o descubrir, del otro lado está la fantasía. Qué hermoso es poder ser cómplice de ella!

Anda, camina desnuda y encuéntrate a ti, te aseguro que cerca de allí estaré yo.

Develar la verdad produce ánimo y satisfacción. Yo he pagado muchas cuotas y hoy me toca sonreír, reírle a la vida, a los sueños; aunque no tenga puerto, mi mar se vuelve impaciente y sereno, la paradoja de la existencia, he ahí donde reside.

Por qué tú no la buscas en lo recóndito de tu ser... En donde no hay ataduras, sino dicha y tranquilidad. Qué cobarde somos, mejor es la comodidad a la incertidumbre de ser nosotros mismos.

Nunca te niegues la soledad, pues mueres tú; destruyes sin saberlo tu fantasía y tu cuento.

Despierta y cierra los ojos ante el sol, ante una muerte feliz. La maternidad del hombre es fascinante y productiva. Yo cada día doy a luz lo más hermoso de mi desconocido ser; por siempre seguiré pariendo y a eso no me niego, claro, me he descubierto... Aún vivo”.

En ese enamoramiento casi pierdo la vida

Yo me enamoré de este hombre y él me dio un “bombardeo” de amor. Se comportaba de manera detallista, escribía poemas, me daba regalos, me llamaba con frecuencia e incluso a altas horas de noche me invitaba a salir para comer, pasear y contemplar la luna. No sé si esta puesta en escena fue un engaño desde el principio, pero con el tiempo las máscaras fueron cayendo paulatinamente. La experiencia en ese entonces encaja bien con un enamoramiento ciego, o como le llaman los expertos una “alteración de la realidad”, una conexión ilusa que en los años posteriores, en la convivencia diaria, no se dio la realización amorosa que yo esperaba. Así que en

esta etapa tenía a mi lado a una persona que me parecía encantadora y cuya presencia disfrutaba mucho. No obstante, ese momento tampoco estuvo libre de problemas, debido a que ocurrieron situaciones en las que ya se notaba que estaba perdiendo el control de mi vida y las consecuencias se pagarían a largo plazo.

A continuación describo brevemente dos episodios que me ocurrieron en esa época, los cuales revelan la forma cómo, en esta etapa de enamoramiento, a veces me dejaba llevar sin suspicacia y con poco sentido común.

Era una tarde con el sol brillante, llegué a su apartamento y me encontré que él estaba con otras personas: su sobrino y la novia de éste. Su presencia allí tenía un propósito. El sobrino no era cualquier familiar, este joven fungía como consejero o guía espiritual. Se autodefinía como un “médium” (o “materia” como también le llaman en Venezuela). Según la creencia en la secta espiritista, a través de su cuerpo fluían los espíritus o entidades invocadas, para hacer contacto con los humanos. De igual modo, el chico también presumía de sus habilidades paranormales. Para mí era un mundo desconocido, por tal razón era una espectadora pasiva. Pero para las demás personas allí presentes aquello era importante, al punto que hacían preguntas personales y consultaban diferentes cuestiones durante las “sesiones” del culto espiritista.

En algún momento, mi entonces pareja y el sobrino decidieron ir al río. Era el lugar indicado para realizar el ritual de “bajar” los espíritus. Nos fuimos todos. No recuerdo qué pasó en el camino, el trayecto era corto ya que el río quedaba en las afueras de la ciudad. El carro se internó montaña adentro. En un área solitaria nos detuvimos y bajamos del vehículo. Comencé a charlar con la novia del sobrino. Nos ubicamos a un lado de la carretera y los chicos en el lado contrario. Lo que pasó después fue rápido y aterrador. En pocos minutos empezó a llover de forma intensa haciendo que el lugar se inundara. De pronto la vía ya no se veía y la chica y yo estábamos rodeadas de agua. Ante el llamado de los hombres, nos tomamos de la mano y empezamos a caminar entre las aguas que ya llegaban a nuestras rodillas. Para reunirnos con ellos había que cruzar, así que avanzamos lentamente, la noche también cayó sobre nosotros. A los pocos segundos escuché que ella dijo: *¡Ay me cai!* y acto seguido soltó mi mano y sentí el movimiento de su cuerpo que se deslizaba bajo las aguas y desaparecía. No la vimos

más nunca. Mi mente se nubló y de ahí en adelante me parecía estar viviendo una pesadilla. La primera reacción de los hombres fue lanzarse al río a buscarla, no obstante, el cauce había crecido mucho y la fuerza del agua amenazaba con ahogarlos a ellos también. A medida que el tiempo avanzaba, mi angustia era mayor ya que me invadía el pensamiento de que esa chica estaba muerta.

Unos minutos después fuimos por ayuda y llegamos a un puesto policial. Yo me quedé en el carro por un largo rato y luego de una angustiante espera volvimos a la ciudad. El cuerpo de la novia del sobrino fue rescatado al día siguiente. Posteriormente, fui a dar declaraciones en la oficina policial.

La vivencia de esa experiencia traumática me afectó mucho. Pasé varios días sintiendo tristeza, culpa y mucha pena por la familia de la víctima. Me encerré en mi casa. Estar involucrada en esa situación era parte del enamoramiento, el comienzo de una etapa de mi vida en la que sólo me dejaba llevar por las circunstancias y los deseos de otros, siendo una espectadora pasiva de vidas ajenas. Con el tiempo, y luego de conocerlo mejor, el sobrino resultó ser un personaje oscuro, con tendencias mitómanas, sufría de delirio de grandeza y esto lo hacía actuar de forma dañina con las personas que le daban confianza. Durante esta etapa, hubo otros episodios en los que este familiar de mi entonces pareja, afectó negativamente la vida de otras personas. Afortunadamente, después se alejó y ya no lo volvimos a ver.

Otro episodio de peligro que sucedió en esta etapa inicial fue un día que estaba sola en mi casa. Comencé a sentirme mal y pensé que eran cólicos porque me dolía mucho la parte abdominal, en un momento dado me desvanecí y perdí el conocimiento. Tengo vagos recuerdos de lo que pasó después. Entré en un estado de salud crítico. Para mi fortuna, mi entonces pretendiente llegó de visita y me encontró en malas condiciones. Minutos después, cuando recobré el sentido estaba en un centro médico, acostada en una cama ginecológica. Al frente, mirándome con preocupación un reconocido gineco-obstetra de la ciudad. De inmediato me dijo que tenía que hacerme una cirugía de emergencia, ya que presentaba un embarazo ectópico. Mi sorpresa fue grande. Pero debido a las circunstancias no hubo tiempo para procesar esa noticia. Me hicieron una cirugía y a los pocos días me enviaron a casa. En este triste episodio, además del embarazo interrumpido, perdí parte de

mi aparato reproductor. Esta pérdida marcó un precedente en los cambios posteriores que empezaron a presentarse en mi cuerpo, afectando su funcionamiento en todos los sentidos.

En esa época yo estaba viviendo sola y no había establecido aún ningún acuerdo formal en mi incipiente relación de pareja. Tenía muchas preocupaciones, conflictos y muy poca estabilidad. Además esta relación era de bajo perfil y salíamos casi en secreto. Sin embargo, este evento de salud nos colocó en otra realidad. En este postoperatorio recuerdo sentirme muy sola, cometí muchas imprudencias en cuanto a las indicaciones médicas y además el inesperado suceso de la pérdida del embarazo y la cirugía eran consecuencias del estilo de vida, al no tener los debidos cuidados en cuanto a mi salud sexual y reproductiva. A pesar de ser una persona con experiencia, formación académica y profesional, el inmediateismo, la falta de visión y de planificación llenaban mi vida de ese entonces. Yo sólo me dejaba llevar. En general, en este enamoramiento sólo me enfocaba en pasarla bien, pasear y divertirme en el aquí y el ahora.

La paradoja del amor: “Amar es un arte y un riesgo”

De esa paradoja quizás viví más el riesgo que la edificación de un camino de bienestar y felicidad. El día de mi cumpleaños mi entonces enamorado me escribió:

“Saber que cada ser sobre la tierra tiene historia es superfluo, pues lo importante no es tenerla por inercia, sino tener conciencia de que la historia se “hace y se construye...” así pues, el único ser que posee esa facultad es el hombre y la mujer. Hoy has recibido muchas congratulaciones, eso espero, tu joven vida experimenta otra oportunidad para crear y lograr construir su historia, inédita y peculiarmente distinta.

Hay dos verdades en la vida de todo ser humano que nunca o casi nunca ha entendido: amar y morir. Estos son dos aspectos irreversibles para él, por lo que se empeña en amar a la vida, o a una mujer y al final sólo resignación ante la muerte. Creo que amar es un arte y un riesgo; y que la muerte es sólo el paso a la desconocida esperanza.

Hoy en tu día quiero regalarte mi amor, a veces hay que ser osado, por lo que has sido conmigo; también te doy mis besos y mis abrazos porque sólo tú los recibes, quizás me equivoque. Así como el mar espera sus olas, así como tus ojos me observan... mi corazón está por ti. No estoy dormido, tú eres la razón de que te diga todo esto”.

Poco a poco sentí que aquellas frases y deseos fueron llenando mi pensamiento:

“La historia apenas comienza y mi rol termina, decidí amar por siempre, asumiendo riesgos, tristezas y gozos... he ahí la verdadera historia de lo impredecible, la dialéctica de lo que es y no es. De aquellos que todos consideran como bueno... del Dios que castiga si se ama.

En verdad todo fluye, nada es estático, ni mis palabras, ni el odio. Lo mutable se hace eterno y lo finito se hace accesible. Ya no cabe ninguna definición, ninguna ciencia, sino la del Espíritu, la del Hombre. No hay cabida para experimentar tus pensamientos, no hay que perder tiempo cuando te besa el ahora y suspiras del pasado... sólo el devenir es futuro, procura de lo que no es, de la desconfianza y de la verdad. He ahí el secreto de la muerte o del placer de ver más este mundo o aquel”.

Para mí era cambiar una vida llena de una relativa seguridad, pero en la que ya no me sentía bien, por otra llena de riesgo e incertidumbre. Sin embargo, eran solo promesas que con los años caerían en el olvido.

“...Hoy, mañana y siempre será otro día, otra jornada que te concede la vida para emprender un nuevo camino y no para repetir viejos esquemas que sólo nos conducen al abismo y a la misma muerte. Te aseguro que es mejor vivir el riesgo y no la seguridad, pues en ella existen las fantasías, los encantos, así como muchas cosas más”.

La expresión del amor romántico, “escuchar al corazón” como él lo pedía era precisamente volver a mis antiguos anhelos e ilusiones. La chica ilusa y enamoradiza regresó y apostó todo en ese juego. Y me califico de ilusa porque lo que hice después de varios años en esta relación de pareja fue extrapolar esas promesas que ya habían perdido vigencia; *por tanto, en vez de hacerme consciente de mi nueva realidad amorosa, me aferré a un pensamiento mágico*

para continuar viviendo y sufriendo un vínculo traumático.

Él seguía escribiéndome:

“Cuántos escalones, bajadas y subidas en falso. Ilusiones que terminan en desgano, caricias que acaban amilanadas en el olvido del tiempo. ¿Por qué te querré tanto? Ayúdame a conseguir esa respuesta tan vital para mis huesos. Sé que soy lerdo, pero tu propuesta exaspera mis ansias de amarte, de decirte al oído que te amo. Soy más que un sueño, una vida. Una existencia que ha permanecido adormecida durante varias décadas.

No sufras en vano, escucha tu corazón, escucha tus rezos. Esa poesía que habita dentro de ti, sensación de camino cierto, nunca me arrepentiré de haberte conocido. No quiero que el tiempo tome la palabra en nuestra nimia relación, ni que sean los caprichos quienes trunquen este sueño, esta fantasía que vive en tu cuerpo.

Así como el poema de mis maldiciones quisiera detener el tiempo, pero despierto y solo estoy... Mi fiel compañera ¡qué más puedo hacer por ti! ... Dímelo”.

Sin embargo, deseo seguir caminando, construir utopías de esperanzas, creer en lo que nadie cree. Para ello necesito de ti, de tu amor, de tu esencia de mujer. Espero que siempre dudes, ese es el paso primero para pensar, ojalá puedas volar sin atávicos rencores; que sea diáfana como la poesía y un poco turbada como mi existencia.

Siempre ten presente mi cordura, mi sobriedad, mi rancho con unos viejos huesos y una poesía vagabunda y libre. Todo esto es el tesoro que te ofrezco, en fin, el amor y la amistad que habitan en mí. Hoy cuando nadie valora la dignidad del otro, yo apuesto todo por ella, me desvelo por la alegría y la libertad del otro; quizás ni yo mismo me comprenda.

Recuerda siempre este extraño amor; sabes, quiero ser la luna que anima, que te alienta, la brisa que bate tus cabellos, un enamorado.

De la crisis siempre queda algo positivo”.

Valga decir que al comienzo era claro que esta persona era un desconocido para mí. Yo sentía algunas veces sus palabras como un consejo y otras eran un enigma. Siempre me invitaba a dudar y a

cuestionar, se refería principalmente a mi entorno y estilo de vida en ese entonces. De su persona nunca tuve dudas. A veces me dirigió frases que en ese momento no logré entender. Sabía que tenía secretos que no se atrevía todavía a compartir. Y sí, efectivamente, después comprendí que su mundo de vida era completamente distinto al mío, había un cierto desbalance en cuanto habíamos crecido en mundos diferentes, respecto a su estilo de vida y su mundo mágico-religioso. Recuerdo la primera vez que visité su lugar de origen y la casa materna. Era un lugar en el campo, yo también crecí en una localidad rural, pero era evidente que yo no encajaba en aquel ambiente. Esa vez me sentí muy incómoda en ese grupo y por más que intenté disimularlo se pusieron de relieve las diferencias. Por mi profesión y origen familiar estaba habituada a los ambientes humildes desde el punto de vista material. Mi formación profesional me enseñó a buscar la mejor forma de inserción, actuando con discreción, humildad y empatía. No obstante, fue difícil el ingreso en el grupo familiar de mi pareja ya que se observaban muchas tensiones y conflictos que afectaban la convivencia. La comunicación era defensiva y había muchos celos entre hermanos con respecto a la madre que era la líder del hogar. Esa primera vez, sentí que no tenía temas de conversación, ni las habilidades sociales necesarias para ser aceptada en ese entorno familiar. Era un estilo de vida distinto al mío. Por ejemplo, yo no sabía jugar dominó, ni jugar a las cartas. Tampoco sabía bailar la música típica, ni entendía bien los juegos y chistes. En fin, habían otros códigos culturales que no podía descifrar. Por la noche estaba el tema de los muertos y/o culto al espiritismo, en ese contexto el ambiente de noche cobraba otro sentido. Con mucha convicción los familiares me describían hechos acerca de cómo las entidades espirituales se hacían presentes, visitando por las noches a las personas objeto de su interés. Considero que hay un acto de fe y un poco de sugestión. De mi parte, hubo sugestión y respeto por las creencias y tradiciones familiares. Por otra parte, la comida era otra dificultad, ya que me veía en la penosa situación de rechazar el sabroso hervido de gallina, o el guiso de otro animal propio de la zona. En fin, la diferencia cultural era amplia y en consecuencia mi condición de recién llegada que no come la comida típica, no sabe bailar al estilo local, no sabía mucho de juegos de envite y azar y tampoco bebía mucho alcohol, me convirtió en la comidilla familiar.

En cierta ocasión, estaba toda la familia de mi esposo comiendo en una amplia mesa, en el grupo estaba una chica amiga de mi suegra. Era la típica mujer coqueta y egocéntrica, capaz de todo con tal de captar la atención masculina. Valga decir que en ese lugar las mujeres tenían fama de ser muy abiertas y desinhibidas a la hora de lanzarse a la conquista amorosa. El detalle fue que ella puso sus ojos en mi pareja, esta vez a él se le ocurrió alabar la comida que ella preparó. De inmediato, ella le respondió de forma jocosa y vulgar, que así como cocinaba sabroso también le daba su sexo. Todos celebraron con risas el tono directo de esta mujer, menos yo, pero tuve que guardar silencio y callar mi malestar. Me di cuenta que ese tipo de comportamiento estaba legitimado en ese ambiente cultural aunque yo lo tomara como un irrespeto. Y el hecho de que mi pareja o alguno de sus familiares no tuviera consideración conmigo, me hizo sentir decepcionada. No obstante, también eran evidentes mis inseguridades y falta de valor para expresar mis sentimientos y postura al respecto. En otra oportunidad yo hubiera levantado mi voz, pero había cambiado. Aquella mujer que en otras épocas se caracterizó por su espíritu rebelde y contestatario se había convertido en una persona sumisa.

Como lo señalé antes, muchas situaciones fueron un desafío a mi razón, pero yo estaba enfocada en él; mi objetivo no era su pensamiento, creencias o prácticas. Es decir, yo estaba enamorada y, por tanto, idealizaba o proyectaba en esa persona mis sueños y anhelos.

La narrativa de mi ex durante esta primera etapa sugería una perspectiva en la que el amor es duda e incógnita. Me decía *“confía en la desconfianza”*. *“El intuir significa descubrir al otro”*, *“...sólo el devenir es futuro, procura de lo que no es, de la desconfianza y de la verdad”*.

Sin otras certezas, me quedé con lo que parecía su perspectiva ética del amor: *“Hoy cuando nadie valora la dignidad del otro, yo apuesto todo por ella, me desvelo por la alegría y la libertad del otro; quizás ni yo mismo me comprenda”*.

Vivir entre lo sublime y lo mundano

Leyendo estas cartas es fácil adivinar cómo era el balance de poder entre los dos: Él me representaba como la parte débil. Una mujer ingenua y sumisa que no se daba cuenta de los supuestos peligros que tenía a su alrededor, mientras que él se presentaba como un hombre visionario, arriesgado y fuerte que quería y podía protegerme. Es muy probable que la vulnerabilidad en ese momento me mostrara frágil ante sus ojos. Viéndolo en retrospectiva, estaba muy cansada, las tensiones de la vida laboral y familiar me afectaban hasta un punto en el que empecé a tener fallas constantes de la memoria, de forma reiterada dejaba olvidada la cartera u otros objetos personales en lugares públicos. En varias ocasiones, dejé el vehículo encendido con el seguro de las puertas activado. Andaba tan distraída que a veces no encontraba mi automóvil en el estacionamiento o me confundía intentando abrir un carro ajeno con características similares al mío. De igual manera, empecé a tener episodios de ansiedad y ataques de pánico. Quizás porque estaba lidiando con muchos problemas, por ejemplo, la relación conflictiva con el padre de mi hija, la reacción de mi pareja a estos conflictos, las exigencias laborales, entre otros.

Él me escribió:

“Estimada Confidente:

Un gran tesoro puede ocultar un falso valor, una amistad puede ocultar muchos intereses. Un simple saludo, un helado, una visita, puede resultar una gran amistad o quizás un gran engaño. Tú, más que nadie sabes que la vida es paradójica. Sabes que no sólo somos palabras, también sentimientos, acciones e intenciones, sin embargo, todo esto es relativo... he ahí mi intención.

... confía en la desconfianza, pero sabes qué es confiar en la desconfianza. Esa es mi divisa. La última vez que estuviste aquí hablamos de muchas cosas. A veces no quisiera parecerme a tu padre, pero considero que tus decisiones con relación a muchas cosas no son las más idóneas, o las más sabias. Recuerda que la vida no pasa por debajo de la mesa. El arriesgar significa ir con luces. El intuir significa descubrir al otro.

Esta semana estuve de visita en tu aposento, me pasé por los corredores de esa casa. Conocí a mucha gente que va allí. Subí donde vive tu amiga. Escuché hablar a la señora detenidamente. Te vi a ti, descubrí las intenciones de todos los que allí viven y visitan esa casa.

Qué misterio, verdad. Quizás sea otra bofetada a tu “inteligente razón”. SOLO QUIERO DECIRTE QUE TODO RIO BÚSCA SU CAUCE. Que tu razón deje hablar al corazón, a tu alma, a tu espíritu. Deja que hable la palabra sublime e irónica, deja que vierta la sonrisa cuidadosa de la observación.

Qué extraño es todo, qué misterio, qué risa, qué carcajada, y tú con tu “ingenuidad” que no logran verme, que no detectan ni a mi Padre, ni al aire, ni al Soplo del Espíritu.

Todo está relacionado y lograr hacerse de ese conocimiento no cuesta nada, ya lo ves, como río, como mi libertad olvida la tuya. Esa locura que habita en mí me hace volar, me hace ir hasta el más allá. Amiga estoy loco; pero soy feliz, difícilmente pueda vivir mucho tiempo. A veces quisiera partir al lugar de donde venimos. ... cuidate mucho, ya puedes volar muy alto. Sé capaz de descubrir al otro, así como ellos burlean todo acerca de ti.

Estoy aquí contigo, ahora y siempre... Por siempre, nunca jamás. Vine para quedarme. Gracias por darme tanta alegría. Gracias por hacerme tan feliz.

De veras no es un sueño o una ilusión, es amor real, concreto y sano Eres tú.

Tengo que dar gracias a Dios. Por todo lo que me ha dado. Por la vida, por el amor, por mi familia, pero principalmente por ti.
(subrayado del autor).

... te amo, a nadie más. Razonablemente he pensado que estoy loco...

Encontrarnos tú y yo, es lo más hermoso. Y saber que nos amamos, me vuelve loco.

En la carta anterior hay muchas expresiones de un hombre que aspiraba protegerme de los supuestos peligros que él observaba a mi alrededor. Supuestamente, en mi entorno familiar habían

personas que querían hacerme daño. Pero nada más ajeno a la realidad. A largo plazo, pude distinguir dónde estaban y quiénes eran mis verdaderos amigos y enemigos. Al contrario, con *el tiempo descubrí que él era un completo desconocido*. Cuando en su carta me invitaba a "descubrir el otro" mi esfuerzo debió centrarse en conocerlo a él. No daba puntada sin hilo y en su vida había aspectos oscuros. En nuestra relación en común fueron dándose episodios en los que se revelaba un personaje que fácilmente podía tener una doble vida. En una oportunidad, cuando todavía no estábamos viviendo juntos, él había ido de visita a mi casa, al poco rato se presentó una mujer, estaba ebria, yo sin saber la dejé entrar, porque ya la había visto antes.. Ella llegó exigiendo la presencia de mi pretendiente, acto seguido comenzó a decirme cosas, que lo dejaban a él muy mal parado, sugiriendo que entre ellos había una relación amorosa. Era evidente que ella estaba ahí movida por los celos. Ante su actitud irrespetuosa, enfurecí, la amenacé con violencia e hice que se marchara. Lo curioso del caso fue que él prefirió quedarse escondido en una habitación y no dio la cara para aclarar las cosas con aquella mujer. Ante eso sentí mucha confusión. La situación era extraña para mí. Lo interrogué pero no obtuve respuestas. Fue la primera vez que tuve dudas y pensé que el hombre que me pretendía guardaba secretos. No obstante, él se mantuvo en silencio. Tiempo después yo supe el papel que esta señora jugaba en su vida y la verdad, era una historia que me pareció retorcida. Ese fue el primer indicio de lo que después sería una acción recurrente: la evasión, el silencio y la actitud defensiva ante los conflictos.

Resultó que esa mujer lo protegía, en muchos sentidos. En apariencia había una amistad, pero su rabia y celos hacia mí, indicaban algo más. Le pregunté muchas veces, pero siempre lo negó. Se guardó muchos secretos y su relación con ella fue uno de ellos. Me enteré que ella era como una especie de "*suggar mon*", ya que le daba su vehículo para que se movilizara de forma continua, eran socios en un negocio que él atendía en su tiempo libre y él estaba viviendo en la casa de ella. Por aquellos días, él se mudó y se fue a vivir solo a un apartamento. De tanto que lo presioné, pasado mucho tiempo, admitió que quizás ella lo veía con ojos de mujer, pero nunca me contó más nada. Después, los vínculos entre ellos se debilitaron y hubo un alejamiento. Nunca supe los motivos.

He aquí una alerta temprana del patrón de comportamiento de mi entonces enamorado. Ahí comenzaban a aparecer las "red flags". Algunos rasgos de su perfil narcisista ya se hacían presentes. Pero yo no veía nada. Él ignoraba los conflictos y éstos se resolvían a su manera: por ejemplo, en el caso de la socia celosa, no importaba que yo me ganara una enemiga gratuita, él continuaba su amistad con ella y de forma pragmática le quitaba importancia a la situación. Lo digo porque en aquel momento hizo caso omiso a mis sentimientos y el malestar que me producía la cercanía de esa señora. Más allá de la supuesta relación clandestina que había entre ellos. A pesar de los señalamientos y acusaciones que ella le hizo en mi casa, él siguió como si nada, manejando el negocio en común y el vehículo de ella. Una muestra más de que cuando se trataba de alcanzar sus fines o la obtención de un beneficio personal, no importaban los sentimientos de los demás. Aquí se sentaba un precedente, ya que sutilmente me llevó a aceptar situaciones que en otros tiempos jamás hubiera admitido.

Lo que tuvo en común la experiencia antes señalada con otras que se presentaron más adelante fue su silencio o falta de comunicación, la indiferencia ante los conflictos, la evasión de responsabilidades y su afán de seguir adelante cumpliendo sus objetivos personales, sin importar el daño a terceros. Por mi parte, era muy reactiva, de forma momentánea me encolerizaba con mucha facilidad, lloraba de rabia, pero no pasaba nada. Al rato, todo volvía a la normalidad. Para esa época, el enamoramiento no me dejaba analizar de forma crítica este tipo de situaciones. De su parte, allí estaban las primeras señales del comportamiento narcisista que más adelante se haría sentir con toda su arrogancia.

Cabe destacar que nuestra relación se mantuvo por unos veinticinco años, aproximadamente. Desde que nos conocimos hasta que se produjo el cero contacto, en cada etapa de la relación lo que yo llamo la narrativa dominante por parte de él fue variando. Al comienzo, cuando apenas nos estábamos conociendo, su identidad era la de un exseminarista que después de muchos años de estudios sacerdotales había decidido cortar todo vínculo con la Iglesia Católica. En esa época tenía ante mí un joven con un discurso crítico de esta institución religiosa. Poco después, me mostró la narrativa "espiritista", un mundo mágico-religioso que, a medida que lo descubría, percibía que aquello era la guía y la "verdad" en sus asuntos vitales. El culto espiritista integraba

una tradición familiar que él adoptó como una parte importante de su estilo de vida. En este contexto, él se definía como una “materia”. Lo cual le daba ciertos poderes espirituales para acceder a “realidades” que otros seres humanos no podían llegar. Ese don, unido a la protección espiritual que decía tener, lo asumía como una condición de superioridad con respecto al desconocimiento que yo tenía de dicho mundo. Paralelamente, sus roles académicos le hicieron avanzar en la narrativa intelectual, la cual llamó mi atención y nos permitió compartir tareas, incluso en aquellos momentos de separación y divorcio. Casi al final de nuestra relación, el trabajo intelectual disminuyó y él estaba más interesado en participar en la vida política y realizar emprendimientos económicos. Aquí predominaba el pragmatismo y se notaban muchas contradicciones entre su pensamiento y su práctica.

El matrimonio

Ya no recuerdo el contexto en el que decidí casarme con este hombre con el que ya se avizoraban muchos conflictos. Hubo un evento que precipitó mi mudanza de la casa que había sido por varios años el hogar al lado de mi hija y su padre. Y es que yo estaba rentando esa vivienda y de pronto la dueña me empezó a presionar para que desocupara ya que había decidido vender dicha propiedad. Yo no tenía contrato de arrendamiento y resultó que un día mi casera vendió a pesar de que yo aún me encontraba viviendo allí. Entonces me vi obligada a salir de esa residencia, pasé unos días con mi pequeña hija en un hotel, pero después me mudé al apartamento con mi nueva pareja. Así iba yo saltando de una contingencia a otra.

Lo del casamiento creo que se debió más a la presión social y al sentimiento de culpa que tenía. Pensaba que lo correcto era formalizar la unión a través del matrimonio antes que vivir en concubinato.

Unos días antes del matrimonio, hicimos un viaje y en plena autopista tuvimos un accidente con el automóvil. Fue entrando a Caracas, en una curva, una camioneta pasó y literalmente nos lanzó fuera de la vía, el carro comenzó a rodar por la isla sin dirección y, al chocar contra un árbol, se detuvo. Fuimos afortunados, salvo por

el susto y los daños al vehículo, salimos ilesos. Sin embargo, era otra señal del inicio de una vida azarosa, no eran sutilezas, para él desde el punto de vista esotérico siempre había una explicación. Por mi parte iba pasando de una vida insatisfecha con mi anterior pareja a una nueva relación llena de contingencias. Todo se normalizaba mientras me dejaba llevar. Luego de esa eventualidad, regresamos a nuestra casa y nos casamos en una ceremonia civil muy sencilla.

Fue curioso, recuerdo que hice una lista con muchas invitaciones a mis amigos más cercanos, pero ninguno de ellos asistió. En la celebración de mi boda, tan sólo estuvieron presentes ciertas personas ligadas a nuestra vida cotidiana (el mecánico y el latonero), los recién conocidos vecinos, unos amigos de mi esposo, mi pequeña hija y mi madre. Mi suegra tampoco vino. De igual modo, en la organización de la ceremonia y de la fiesta estuve ausente. Recuerdo que me fui a una peluquería y me hicieron un peinado. Desde que estudiaba en la escuela y fui reina del carnaval, no me habían puesto tanta laca en el cabello. Luego me vestí con un traje largo color salmón. Me gustaba mucho ese vestido, además era un regalo de mi hermana que recién lo había elaborado como parte de su colección para graduarse de diseñadora de modas. No obstante, estaba muy cansada esa noche. La verdad, me sentía un poco extraña e incómoda. Siempre tuve esa sensación de miedo e inseguridad ante este tipo de situaciones en las que me parecía que no encajaba. Cabe destacar que ésta era la tercera vez que formalmente me unía en pareja y aunque siempre mantuve una postura leal y comprometida en mis anteriores relaciones amorosas, me asaltaban las dudas, a veces pensaba que ese no era mi lugar y que en algún momento todo terminaría, no sé por qué me perseguía ese mal presagio. Como en mis efímeras relaciones de la época adolescente en las que huía rápido y de manera silenciosa ante un eventual compromiso, esa vez por el miedo al cuestionamiento paterno. O cuando, todavía muy joven, con apenas un año de unión, me tocó sentar en la cama a mi primer esposo y decirle con toda sinceridad que nuestro viaje juntos había finalizado. La misma insatisfacción que por otras razones experimenté en mi segundo matrimonio, todas asumiendo la responsabilidad de la ruptura, pero con una carga de culpa al pensar que sin querer estaba haciendo daño o rompiendo el corazón de otra persona. Estaba sola, tomando mis propias decisiones sin ninguna orientación. Ya era, en apariencia, una mujer experimentada.

El apartamento era pequeño y resulta que cuando regresamos de viaje algunos familiares y amigos que se habían quedado allí, tomaron la iniciativa de acomodar el lugar para la boda. Ellos habían resuelto meter todos los muebles en los cuartos para despejar la sala y dejarla lista para la ceremonia. Así que el reducido espacio de mi cuarto se convirtió en un caos. Yo sentí que tenía muy poco control sobre lo que estaba sucediendo. Estas personas sólo estaban ayudando y la mayoría de ellas eran de poca confianza para mí, pero hacían las cosas a su manera. Ellos querían beber, bailar y celebrar como en toda boda. Contrariamente, yo quería estar sola y descansar.

Separación temporal

Unos meses después de casados tuve que separarme de mi esposo para irme a la ciudad capital a realizar estudios de postgrado. Él me apoyó y se quedó solo en el hogar. Para mí la formación académica era muy importante, quería compartir el tiempo con mis seres queridos, pero no podía. Por otra parte, también tenía a mi hija en casa de mis padres, en otro lejano lugar del país. Debido a ello, debía compartir mi tiempo libre en visitar a cada uno de ellos. Por tanto, viajaba de forma semanal, una vez al oriente y la otra al occidente del país, en cada caso pasaba 14 horas de camino en ida y vuelta. Incluso, llegué a cursar materias en las que asistía a clases y me regresaba por las noches. Fue agotador, él siempre me esperaba, en esa época mostró paciencia y consideración. A veces tenía que quedarse un largo tiempo en la calle para acompañarme en el momento de mi llegada a la ciudad. De igual manera, tuvo muchos detalles conmigo y seguía escribiendo sus notas amorosas:

*“Amante, amiga,
Mujer, hermana,
Compañera, madre,
Esposa, confidente...
Simplemente... mi sueño y realidad.*

*Esposa que guarda rectitud, coherencia, perseverancia y celo.
Andante y buscadora de todo lo que tu razón golpea. Madre y
amiga, de tu hija, de mí...*

... Te amo, no tengo palabras para decírtelo, no tengo razón para no hacerlo, no tengo prisión que me lo impida... Sólo te amo, así como eres, simplemente así”.

En sus escritos de aquel momento, siempre estuvo presente la promesa de construir juntos una vida en común, al menos yo lo entendía de ese modo:

“Tenemos la oportunidad de hacer un mundo más real y menos técnico, una vida más absurda y menos fantástica. Podemos hacer un hombre más humano y menos “social”. Pienso que tenemos muchos elementos que nos favorecen.

Te reitero que te ofrezco mi casa, mis buecos y mi poesía. No tengo otra cosa me dono a ti, sin nada a cambio, sin hipotecarme, solo por amor.

Hoy ya te vas, pues que Dios, que mi Padre del cielo te acompañe, te guíe. Recuerda, cuidate, tu divisa es confiar en la desconfianza, para no ser sorprendida por lo circundante.

Espero que la próxima vez podamos pasear en el carro, además de visitar algunos sitios que hablan de lo nuestro. Lee bastante, ahora tienes todo el tiempo del mundo, aprovéchalo. Construye con base sólida tus caminos, tus amigos, tus sueños y realidades...”

Durante los primeros años de matrimonio yo creía firmemente que tenía una excelente relación, al lado de un buen hombre, él mostraba un lado amoroso y yo me sentía amada y apoyada. No obstante, a medida que el tiempo avanzó nos fuimos conociendo y de su parte comenzaron ciertos comportamientos negativos: por un lado, el uso de la burla, el sarcasmo y la indiferencia como formas de evasión de los conflictos y de ejercer maltrato psicológico; en este sentido su comportamiento me resultaba muy molesto, pero al expresar mi sentir, él lo ignoraba. Era común el uso de frases peyorativas, por ejemplo, a veces me decía “cambio una de cuarenta por dos de veinte”, haciendo alusión de manera despectiva a la diferencia de edad entre nosotros dos. A veces se quedaba mirándome con una sonrisa y en tono burlón me decía: “¿De qué tribu eres tú? Disfrutaba causarme disgusto y además sentía un sesgo racista en esa broma. Por otro lado, la actitud severa

y autoritaria al momento de enfrentar los conflictos, en especial con mi pequeña hija. Inevitablemente, la convivencia me mostraba otro rostro de mi compañero que nunca imaginé. Los conflictos eran interminables, su actitud era la corrección con el castigo, dominaba todo el escenario, mientras yo guardaba silencio y de ese modo también me mostraba subyugada a su presencia.

Cabe destacar que mi hija ya era una adolescente y estaba pasando por momentos muy difíciles producto de la separación entre su papá y yo. Para empeorar la situación, la relación entre mi pareja y ella se volvió tensa e insostenible. En vez de comprender el contexto, él se tornó autoritario y controlador, llegando incluso al maltrato físico y verbal. Era su manera de responder ante la actuación de una adolescente confundida y quizás desorientada. Sus argumentos eran que ella era una niña manipulada por su papá. Por tanto, había que “corregir” según su estilo y convicciones. La reacción fue amarga, mi hija se fue de nuestro hogar y rompió todo vínculo de comunicación conmigo. Se fue a vivir con su papá. Creo que nunca me había sentido tan infeliz como en aquellos días posteriores a ese distanciamiento, al verla llegar cerca de la casa vecina y que no me dirigiera una sola palabra. Evidentemente, las dos sufrimos mucho. Ella, porque se sentía incomprendida y no apoyada por mí; yo, por mi parte, sentí un dolor inmenso al ver que ella se alejaba. Mi aparente mundo feliz de pronto se vino abajo. No cuestioné en aquel momento las razones de cada uno, pero hoy en día, puedo ver que no estuve a la altura de las circunstancias con respecto a la atención de mi hija. Simplemente, ella me necesitaba, estaba en una transición en la que debí brindarle mayor apoyo y orientación, pero no lo hice. Ahí empezó un debilitamiento de la relación de pareja, no pude integrar a mi hogar a una de las personas que más amaba y entonces empecé a tener un sentimiento de inconformidad, sentí que le había fallado y que tenía una deuda moral con ella y fue un duelo que me acompañó durante mucho tiempo.

Por otra parte, en sus escritos mi pareja aparentemente reafirmaba sus criterios, sus ambivalencias y sus sentimientos:

“Quizás sea posible que nuestro cuento azul termine por los altibajos del tiempo. En ti y en mí solo existe el ahora, la única filosofía es la del otro. Aquella que desemboca en el amar libremente al prójimo. El tiempo aquí ha perdido esencia, lo único cognoscible

entre los dos es el inefable amor... En verdad es un reto, de veras, también produce miedo pero he ahí a mi corazón; su sangre fluye y se derrama en tus labios...

No quiero ni deseo que esta misiva sea continuación de las demás, pues en cada una te digo algo distinto; con amor diferente, pero siempre hacia ti. A veces eres como la verdad, creo tenerte tan cerca que me confundo. Otras veces estás tan lejos que creo que no eres tú. ¿Por qué te me das y otras tantas veces te me niegas? No temas, no quiero vivir contigo las aventuras de la vida, de pronto esas fantasías que para mí fueron prohibidas.

No sé qué pasa conmigo, te confieso que a veces no logro controlarme, quiero amarte, estrechar tu frágil cuerpo al mío y dejar que el susurro nos despierte, un trago, dos tragos y sigues muy dentro de mí. Sabes, me da mucha confianza aunque seas claroscuro. Cuando estoy en tus brazos siento que soy un niño una vez más, que mis sonrisas vierten igual que el riachuelo, ¿qué suspiros se tornan rápidos cuando me besas? Al acercarme a ti logro verme en tus ojos y tu deseo corre por mis venas.

Sólo soy una canción, unos simples huesos y una humilde poesía, además de ser una barca sin puerto, sin capitán y sin mar; solamente soy una barca llena de peces y de arrecifes. Cuando me preguntas si te quiero, quisiera volar contigo, anheló nadar a tu lado las arenas del mar y ver desde lo alto la sultana de esa cordillera. Eres la gota de azúcar que da sabor a mis besos, a mi manera de ser, a lo poco que siento.

No me juzgues, no mires mis desaciertos, sólo fijate en la libertad de mi alma, de mis sonrisas y amores que me robas, que se lleva tu corazón. Otro trago y ya veo tu cuerpo. Escucho una canción y también estás tú. Cuán satisfacción estar contigo y dormirme en tu pecho, respirar tu aire y estar despiertos...

...cada día debo corregir, con mis virtudes que cada jornada están al servicio de los demás, y también soñé contigo, con tu extraña vida, con tu libertad un poco trastocada por las injurias y egolatrías. Otra noche ya no estábamos los dos, quizás en otro espacio muchos deseos se juntarán para formar una linda sinfonía o policromía de ternura en donde cada quien estará a los lados del corazón e irá de la mano de Dios. Ya no es de noche, ésta me obligó a caminar en dudas,

a confiar en la desconfianza. Otra vez la esperanza baña mi cabeza y me unge de oloroso perfume. Volveré a comer el pan de los ángeles y estaremos sonriendo apocalípticamente sin menoscabo o temores. Abi vas tú, sobre aquella nube ilesa de lágrimas y llena de proyectos existenciales. Llegará el barco a buscar otros pasajeros y tú quedarás allí observando plácidamente, deleitándote con tu propia vida, con tus días y noches; en fin con el claroscuro de ambos... dios te bendiga ayer, hoy y siempre.

Una última palabra –YO NO TEMO- el temor vive en mí. Esta utopía se escapa de la vida, no hay parámetros ni esquemas, no hay memoria, no existen los juicios, no hay posibilidad para ser infeliz, pues lo más importante es vivir en el amor, quizás en el sueño. Así de sencillo, confía en la desconfianza, fíate de lo incierto, de la bofetada de la existencia y de la fortaleza de tus tobillos.

Es más valioso un beso fugaz que mil tesoros. Es más importante lo que fluye entre los dos y no lo que alguien desea, se parece a lo claro de las aguas, a lo diáfano del viento.

Pareciera tan difícil conocer al ser humano. Qué complejo es, qué extraño. Esa parece ser toda la verdad sobre el HOMBRE. Sin embargo, no es así, el hombre es más que eso, es más que una pasión, es más que un error, que una virtud, ante todo y por sobre todo es misterio, es certeza, es amor, infinitamente amor, amor inefable. En fin, de carne y hueso...

Al pasar las distintas centurias, todo se ha vuelto confuso, todo es un problema, un capricho, una justificación, un riesgo. Nadie coloca una lámpara debajo de la mesa... sino sobre ésta, para que alumbré a todos los de la casa. El hombre es amor conjugado siempre en presente, ES.

Estimada amiga, la vida tiene muchas opciones, se puede mirar desde varios ángulos y sólo el ser humano puede hacerlo. No hay determinación posible, ni relativizaciones, mucho menos cabida para discursos unidimensionales. Tú eres misterio. Misterio no quiere decir algo inaccesible o ininteligible, o ilógico, sino más bien eternamente humano, lo que somos, lo que llevamos dentro.

Ojalá no te confundas, ojalá no te equivoques creyendo que eres dueña de la verdad, ésta no importa, es más importante la

comprensión, el diálogo, el amor. Recuerda que soy una casa ahora habitada, huesos con policromía musicales, extraño y fuera de sí, loco y enamorado de la vida, tu hermano, tu amigo, tu confidente, tu servidor y quizás tu amante...

No temas, es contra lo que piensas, es un atentado contra lo que sientes, por eso soy asertivo, peligroso. Ama libremente, habla con la voz del alma. Recuerda que sólo tienes esta vida. O te pase como a Borges "si yo pudiera". No hay tiempo, éste cada día se acorta más.

Pon en práctica el Plan: Amor, Fe, Estudio. Los alter ego, te darán mucha satisfacción, mucha seguridad.

Hoy iré a ver algunas cosas que me trasnochan, te deseo un feliz día, una jornada llena de trabajo y alegrías. Es bueno algunas veces acabar con los mitos, con esas leyendas que nos atan, una buena historia es la del ave fénix "renacer de las cenizas..."

Con tantos deseos y sufrimientos emanamos del ayer, nacimos para amar profundamente la esencia de la vida, lo más recóndito del ser. Es verdad que entre el hombre lo que ha perdurado por siempre ha sido el odio y el pseudo-amor; quizás sea esa una característica de nuestra esencia. Confundimos el amor con la obsesión, la presencia por la frustración, la verdad con la mentira; en realidad vivimos una falsa dialéctica, el verdadero preámbulo del ayer y del hoy. No podemos dudar que hay seres que nacieron para amar. Estamos a las puertas de una revolución. La revolución del amor. No tenemos más armas que la verdad y el afecto, más estrategia que el vivir y la pasión, más consigna que el claroscuro y lo impredecible, en fin; somos soldados de la dialéctica del amor y del sufrimiento de la alegría.

Con deseos y sufrimientos, he de morir, seguramente partiré sin equipaje y provisto de alimento, me bastará tu amor, tu deseo y tu cálido cuerpo que me aboga. Él traspasa como lanza a mi mostrenco..., lo seduce sin engaños y miramientos. Entre tú y yo, la sintonía es inmensa e inevitable, ella debe ser fructífera y placentera, no debe herirnos o amedrentarnos...

Hoy más que ayer pienso en ti, en tus labios, en tus lágrimas. Muchas veces la impotencia desata en mí, rabia y frustración, sólo tengo la misión de amarte, de mostrarte el amor en su esencia, sin tiempo y espacio. Cuando veo tu sonrisa, mi alma gime de alegría,

cuando tus ojos me miran recobro la confianza de seguir viviendo, cuando estoy dentro de ti, no existe el mundo, sino tú; cuando te beso, la llama que llevo dentro se convierte en gozo y las lágrimas en poesías.

El primer quiebre: la pérdida del hijo

A los 3 años de casados hubo un evento muy doloroso, similar a lo que me había ocurrido antes de casarme. Me estaba costando mucho lograr un embarazo y estaba ilusionada por tener otro hijo. Todavía estaba haciendo el postgrado. De pronto me di cuenta que lo había logrado. Estaba esperando un bebé. No obstante, luego de algunas semanas empecé a sentirme mal, cada vez que me acostaba sentía un dolor abdominal intenso. Me trasladaron a una clínica. Recuerdo que llegué a una sala de emergencia y apenas me acostaron me desmayé y luego, al despertar no resistía el dolor. Me hicieron algunos análisis y, para mi pesar, la especialista que me examinó nos dijo que lo que tenía era un embarazo ectópico. Por tanto, mi abdomen estaba lleno de sangre y los exámenes clínicos indicaban que mis valores estaban en un nivel crítico, había que hacer una cirugía de inmediato, mi vida corría peligro. Pensé: *¡vaya, sucedió de nuevo!* Estaba asustada. Lo que vino después fue que yo sentí que caí en un pozo oscuro y profundo, hasta que me desperté y ya la cirugía había concluido.

Luego de mi recuperación, la obstetra me explicaba lo que había hecho en la cirugía, según ella había quitado una de mis trompas y un ovario. Me decía que estaba viva de milagro. Yo apenas entendía sus explicaciones médicas, estaba aturdida y débil. Lo único que tenía claro era que había salvado mi vida y se había perdido mi embarazo. A los pocos días salí de allí, estaba apesadumbrada, algo más que el saco de gestación se había roto dentro de mí, la gran cicatriz en la mitad de mi abdomen era apenas una muestra.

Con el pasar del tiempo me fui recuperando, al menos físicamente, volví al postgrado y procuré olvidar ese episodio. Sin embargo, fueron días difíciles por la presión que sentía entre las exigencias de los estudios y el acercamiento a mi esposo e hija. Los viajes continuos afectaban mi estado de salud, pero yo intentaba ignorarlo. El duelo no pude procesarlo ya que estaba más

pendiente de avanzar en el postgrado, ser una buena madre y una buena esposa. De vez en cuando me asaltaba la idea y la inquietud, acerca de cómo haría para tener a mi hijo. Luego de eso, hice varias consultas con especialistas de renombrada trayectoria, según lo que ellos me planteaban, la única opción que me quedaba era la inseminación artificial. No obstante, era un tratamiento costoso y ameritaba mucho reposo. Así pasaron varios años. Cada vez que se avecinaba un período de vacación, pensaba que podía emprender esa tarea, pero las circunstancias siempre me superaban e impedían seguir adelante.

Yo sabía que él quería tener un hijo propio. Me lo había dicho muchas veces. Durante mis problemas de salud relacionados con la maternidad fallida, él se mostró empático. Sin embargo, pasado un tiempo me planteó la idea de buscar una mujer sólo con el propósito de procrear un hijo con ella que luego como pareja nosotros dos pudiéramos criar. Aquí comenzó a fijar una postura, a consolidar un objetivo personal planteando una ecuación que me dejaba al margen. Era parte de su juego de ganar-ganar. Obviamente, aquella propuesta no estaba nada clara para mí. En Venezuela, no es común la práctica de un vientre de alquiler. Por tanto deduje que deseaba buscar una mujer, tener un hijo con ella y seguir su matrimonio conmigo. Yo lo rechacé de plano. Fui sincera, le dije que no estaba preparada para eso. Iba contra mis principios, no me adecuaba a la idea de “compartir” a mi esposo con otra mujer, mientras ésta le daba un hijo. Y después ¿cómo sería eso? Me llenaba de incertidumbre, generalmente discutíamos, porque él me decía que yo era egoísta al pensar así. Siempre me manifestaba que quería tener un hijo, pero a la vez no quería que eso fuera motivo para separarnos. Lo del hijo era algo que escapaba de mi control, después de los intentos fallidos sentí que ya de mi parte no había más nada por hacer. A partir de ese momento, la palabra separación comenzó a formar parte de nuestras discusiones y angustias. Considero que éste fue el segundo momento difícil, después de la separación de mi hija. Él estaba claro en su objetivo, quería ser padre. Yo fijé posición respecto a su propuesta. Considero que fue otra oportunidad que tuve de ir más allá respecto a proteger mi integridad personal y mi bienestar emocional, pero no actué. La factura vino después. Como dicen por ahí, uno se queda con lo que quiere escuchar y lo que quiere creer. Yo en aquel momento me quedé con la idea de que a pesar de ese deseo no realizado de tener un hijo, él aún me amaba. Pero no fui capaz de poner en una

balanza ambas cuestiones. El tiempo más adelante iba a decirme cuál de ellas tenía verdadera importancia para él.



Autora: Betzabé Gómez Mendoza.

Años después de la pérdida de nuestro hijo, la relación mostraba señales de agotamiento. El príncipe encantador de los años iniciales había desaparecido. A veces, era incomodo verlo en esa faceta cuando quería ser simpático apelando a la burla y al sarcasmo. O cuando yo quería dialogar y empezaba a reírse y no se tomaba nada en serio. Era como hablarle a la pared, él sabía muy bien cómo evadir una conversación. Mantenía de esa manera la distancia emocional para evadir los conflictos o situaciones embarazosas. Al comienzo me agradaba, me parecía gracioso y carismático, lo veía como expresión de una persona con alto sentido del humor. No obstante, luego se volvió una incomodidad cuando esa ironía, burla o sarcasmo era una ofensa y su uso reiterado escondía un maltrato hacia una persona conocida, un familiar o hacia mi propia persona. Me sentí víctima muchas

veces de ese comportamiento que fue una barrera que él usaba para colocarse por encima de sus interlocutores y salir bien librado de los conflictos.

Ahora que tengo otra visión de ese período, me doy cuenta que yo andaba a la deriva, viendo por los ojos de él, siguiendo sus planes, sin voluntad para decidir mi propia forma de vivir. Aquí la narrativa pragmática por parte de él se imponía, el fin justificaba los medios. Comenzó a realizar emprendimientos económicos en los cuales le di mi apoyo, aunque nunca participé de forma directa. Igual sucedió en la parte política, aunque aquí sí me involucré en las campañas electorales, a pesar de que no me agradaban algunas alianzas políticas que lo acompañaban. Podía notar que en estas nuevas facetas como empresario y como dirigente político había mucho pragmatismo y, en especial, la práctica política a veces se distanciaba de lo que había sido su trayectoria y producción intelectual como investigador en el campo de la sociología política.

A su modo, el final ya se avecinaba. Empecé a escribirle. La carta que muestro a continuación refleja el malestar que ya había tomado cuerpo en nuestra unión:

“Voluntad, se requiere voluntad, motivación de querer compartir con el otro, interés, placer, gusto. No me das muestras de eso. Al contrario, cuando te hago esta propuesta estoy tratando de hacerte ver que necesitamos alimentar, nutrir, compartir para poder mantener una relación de pareja con alguien, y no sólo relacionarse a través de asuntos académicos, intelectuales y domésticos.

Parece que yo debo “aprovechar” los momentos en los cuales tú decides estar disponible o “libre”, cuestión que yo no debería desaprovechar. Qué bonito sería si nos pusieramos de acuerdo, si la comunicación se aprovechara para fortalecer esta unión. Pero tus respuestas son lapidarias. No dan tregua para construir lo que yo deseo construir. Parece que no hubiera voluntad o que se quisieran hacer las cosas al modo o en el momento en que tú decidas.

Oye, con la idea que hoy te expresé de ponernos de acuerdo para “dejar un tiempo para nosotros”, sólo pretendí que esta dinámica de trabajo que tenemos no nos asfixie, no nos arrope, que no se siembre o se profundice la distancia entre los dos y acabe por anular la motivación a estar juntos.

No es difícil suponer que la cotidianidad, el no pensar y compartir con el otro y muchas cosas más acaban cualquier relación, por mucho amor que se tenga. Yo sólo trato de que no sea así, intento ser coherente con el compromiso que un día te hice de amarte, intento ser coherente con mis sentimientos, con mi manera de entender una relación que, aunque no es tradicional, necesita de momentos, necesita de locuras y también de corduras. Esto lo digo porque hasta ahora no he tenido el deseo de terminar contigo a pesar de que en momentos de pasión y de rabia lo he manifestado. Sólo quiero cambios, a favor del amor, a favor de la unión espiritual que un día nos prometimos, a favor del amor que nos profesamos.

Si bien es cierto que han ocurrido muchos problemas, en mis meditaciones, siempre escucho una voz que me dice que no me vaya, algo me detiene, me impulsa a seguir luchando y me dice que ese es el camino correcto. Entonces, tomo aire y sigo caminando al lado tuyo.

No obstante, en ese intento a veces me siento agobiada, actúo torpemente, eso sucedió hoy cuando te hice esa solicitud, eso de “dejar tiempo para nosotros”. Realmente, no sé cómo hacer para que me entiendas. Me pregunto: ¿Por qué no podemos ponernos de acuerdo sobre algo tan sencillo, y para el trabajo u otro aspecto sí hay disposición? ¿Es que acaso no es nuestro matrimonio la razón más importante por la que estamos juntos? ¿O es que ya no lo es y sólo estamos juntos por otras razones?

Percibo que lo tuyo y lo mío pasó a un segundo plano y honestamente no me conformo con esa respuesta tuya de hoy. Para estar juntos se necesita la voluntad de dos (2) personas, se necesitan acuerdos, consensos, disensos y también buscar la oportunidad, construir los momentos. No es sólo cuestión de tener una intimidad. ¡No! se trata de cómo seguir despertando el interés en el otro, de demostrarle afecto, de compartir.

Siento que he despertado de una situación de adormecimiento en la que me encontraba hasta ahora, de pasividad. Pero, lamentablemente para mí, abrir los ojos me enfrenta a una realidad en la que no encuentro eco a mis palabras, éstas se pierden en el vacío, a no ser que genere una discusión o me ponga brava.

¡Mi querido amigo y hermano! No es fácil, no soy una persona conformista, ni pasiva, a pesar de que lo parezca a veces o actúe

como tal sin darme cuenta. Mi vida la he caracterizado por no hacerle concesiones a la mediocridad, a las medias tintas, la única vez que considero lo hice, lo pagué muy caro y sucedió porque estuve ilusionada y engañada. Esta vez tengo claro lo que siento y cómo quiero vivir la vida que me queda.

Quiero aclararte que cuando me acerco a ti y te hago ver las ganas de estar contigo, trato de ser coherente con el tipo de relación que un día soñamos, por la que tanto luchamos y sufrimos, eso te consta. Lo hago porque aún estoy aquí contigo, no soy un fantasma, no me he marchado.

No puedo evitar las interpretaciones y una de ellas en relación a ti es que, últimamente, te muestras esquivo o en el peor de los casos te me niegas, tengo la impresión que me han cambiado a mi esposo, a mi amante.

Ya no veo la complicidad de los amantes, los detalles, las invitaciones a lugares imposibles, ya no se escucha la risa sin motivo, no está la mano que estrecha la otra al cruzar la calle, las caricias se han esfumado, los besos apasionados no llegan. Me veo entrando en un letargo y torpemente trato de salir pero no encuentro la manera.

Tú dirás que eso ya te pasó a ti, que ese fue tu reclamo de hace tiempo. Pero no es con el pasado como se enfrenta esta situación. El pasado ya no existe. Para mí es el presente que quiero construir. ¿Dime qué debo hacer? ¡Observar, sentir y callar! Eso es morir un poco cada día. Mis fuerzas se acaban, el sueño por el que tanto he luchado: estar al lado de una persona íntegra que me ame, que me respete, que me haga vivir, que me haga reír, que me haga sentir que la vida no es sólo comer, dormir y trabajar.

¿Será que este sueño mío se acabó? ¿Por qué estoy escribiendo sobre esto?, ¿por qué sólo tengo ahora lamentos y reproches? ¿Por qué este desasosiego, estas ganas de huir de la realidad? Siento que me estoy despersonalizando, que la rutina de trabajar y trabajar, ya no me satisface plenamente, empiezo a tener el vacío de antes de conocerte. Intento darle sentido a mi existencia contigo, este amanecer juntos cada día, me pregunto la razón, me pregunto tus motivaciones, busco respuestas y sólo termino llorando, termino sintiendo que algo se fue de mi vida y no me percaté a tiempo.

Ya no quiero sentarme a conversar lo de siempre, a contestar la clásica pregunta: ¿Qué piensas hacer? o ¿qué propones? ¡No y mil veces no! Es una escena ya trillada de una obra mala y patética. Es un papel que ya no quiero representar porque no tiene público que lo escuche.

Sencillamente, ya sólo quiero vivir como un ser libre y feliz. No deseo seguir atrapada entre lo que mis sentimientos piden y lo que la realidad me presenta. Mi deseo es construir otra realidad. Hacia ese horizonte caminaré de ahora en adelante”.

Esto último fue un deseo no realizado.

El segundo quiebre: solicitud de divorcio e infidelidad

Al cabo de unos nueve años de matrimonio, en cierta oportunidad él se marchó solo, supuestamente se iba de vacaciones a la casa de su familia. Era común que al viajar pasara tiempo sin comunicarse, por tanto nunca supe cuál era su verdadero destino de viaje. La costumbre durante el matrimonio era que daba muy poca información de su vida personal, sólo sabía lo que él había seleccionado a conveniencia. Además de mis inseguridades, yo sentía que existían cosas ocultas respecto a su persona. Pero en ese aspecto también hice concesiones. Lamentablemente, en esta salida que hizo fuera de casa se materializó otra traición –al menos la primera infidelidad de la cual tuve conocimiento-; pienso que para él fue fácil ser infiel, actuó con mucha frialdad con respecto a mí. Con una relación devaluada –como la nuestra- tenía mayor capacidad de maniobra y su espíritu calculador estaba en acción. En ese corto distanciamiento, la mentira, el engaño y la infidelidad acabaron con la confianza, el respeto y el amor que yo le tenía. Lo que vino después fue sufrimiento. Estaba psicológicamente enganchada, sin saber qué hacer. En aquél momento, mientras yo me quedaba sola en casa, creyendo que estaba visitando a sus familiares, él consumó la traición y armó su conspiración presentándose ante la otra mujer como un hombre que se estaba divorciando, a pesar de que eso aún no estaba acordado entre nosotros.

A su regreso, estaba yo sentada al borde de la cama, él se acercó y me dijo: *Quiero tener un hijo, vamos a divorciarnos*. Obviamente, lo de tener un hijo se refería a estar con otra mujer. Lo dijo con un tono de frialdad. No vi en él ningún signo de abatimiento. Yo, por el contrario, me sentí muy mal. Pero en ese instante no dije nada, no reproché, no discutí. Estaba en shock, dolida y decepcionada, las palabras no me salieron. Como el verso de Vallejo en su poema “Los Heraldos Negros”: *Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!* Este fue un golpe certero y creó el instante preciso para salir de una vez y para siempre de la vida de este hombre. Lamentablemente, en ese momento yo no tenía fuerzas.

Ese fue el segundo punto de quiebre. Otro motivo más para abrir los ojos ante una nueva realidad que se abría delante de mí. Sentí que todo había cambiado. Y efectivamente, era así. Le tomé la palabra y le dije que aceptaba eso. No pedí explicaciones. Mi orgullo herido no me lo permitía.

Luego de unos días descubrí que estaba saliendo con otra mujer. En estas circunstancias, yo no lo podía creer, seguía con mi creencia bajo una concepción de amor romántico: ese era el mismo hombre que me había hecho aquellas promesas de amor. Como suele pasar en muchos casos, dichas promesas eran falsas o en todo caso me crearon falsas expectativas con respecto a sus sentimientos. Para mí, era el problema de siempre: la falta de comunicación. Sabía que lo de la infidelidad o el deseo de separación eran hechos que podían suceder en una relación de pareja, pero esperaba que él me lo dijera oportunamente. Eso era todo lo que yo necesitaba, su sinceridad. No obstante, llegué a pensar que había vivido en una mentira. Lo confronté y al momento él lo negó todo. Para ese momento, yo era incapaz de poner los hechos en una perspectiva que me permitiera analizar en forma crítica dicha situación, su origen, causas y los efectos que traía a mi vida. Aún no me daba cuenta del tipo de hombre con el que estaba viviendo.

Lo que pasó después puso de manifiesto una vez más la manipulación y el engaño. Yo le pedía a gritos que se sincerara conmigo, pero nunca lo hizo. Recuerdo que estábamos en la sala del apartamento, él estaba sentado en un sofá y yo me coloqué en el piso frente a él. Empezamos a discutir, motivado a que una mujer desconocida lo había llamado por teléfono. Yo tenía mis sospechas e hice preguntas, sin embargo, él no quiso contestar, su actitud

como siempre fue evasiva. Esa vez, no sólo me mintió tratando de ocultar su infidelidad sino que siguió adelante sin importarle mis sentimientos. Por primera vez, la imagen que yo tenía del hombre sincero, fiel y honesto, se vino abajo. El paradigma de amor que me había inspirado a unirme a él, se había derrumbado y se le vieron todas las costuras al tejido. El engaño fue grotesco. Intentó esconder la realidad con mentiras mientras yo esperaba que dijera la verdad. Deduje que para él las cosas eran sencillas, quizás pensaba que haberme pedido el divorcio le exoneraba de darme cualquier explicación, respecto a sus aventuras amorosas. Pero yo no pensaba así. Aún estábamos viviendo bajo el mismo techo, todavía era su esposa y merecía respeto. No obstante, estaba en sus manos, la dependencia emocional no me permitía ir más allá del malestar y la ira.

Al pasar los días me di cuenta que a cierta hora de la noche, él se encerraba en el baño para charlar por teléfono con la otra mujer. Luego, admitió su existencia, pero alegaba que era una persona con la que sólo tenía una relación de trabajo. Pero las evidencias lo delataron. En la cámara filmadora -la misma que usábamos en el trabajo de investigación- encontré muchas imágenes en las que aparecía esta mujer y estaba grabado ese momento en el que ellos habían compartido juntos. Yo pensaba que su actuación era cínica por el detalle de usar mi cámara filmadora para dejar testimonio de su infidelidad.

En vista de que seguía negándose a hablar y por ende a sincerar las cosas, conseguí el número de teléfono de la desconocida mujer. Supe el lugar donde trabajaba y me dirigí hasta allá. Fue incómodo, nunca en mi vida había hecho algo parecido. Pero estaba decidida a aclarar las cosas por todos los medios posibles. Tenía un nudo en la garganta y el estómago me dolía. Ese día puse especial atención en mi arreglo personal, me vestí con un pantalón ajustado al cuerpo y me puse una chaqueta de cuero negro que me encantaba. Quería causar una buena impresión. Para mi sorpresa, la mujer tenía ciertos rasgos físicos parecidos a los míos. Era un poco más alta, morena clara, de cabello largo, negro y lacio. Después supe por referencias que ella era la típica “mujer florero”, frívola y vanidosa. Tenía un puesto gerencial, pasé a su oficina, me presenté y al identificarme ella se dio cuenta de quién era yo. Al inicio puso atención en mi imagen, recuerdo que me dijo que yo era bien parecida, como dando a entender que esperaba otra cosa. Yo ignoré el halago y

me enfoqué en mi objetivo principal. Para ese momento, en todos los años de mi vida, nunca había confrontado a otra mujer por motivos de un hombre que fuera mi pareja. Había estado en la lucha política, tomado la palabra en un auditorium, interpellando públicamente a las autoridades universitarias. También había confrontado a mis profesores en el aula de clases y ante cualquier situación que consideraba injusta me sentía motivada a tomar posición y exigir. Pero esto era distinto. Me considero una persona tímida y ahora enfrentaba una situación incómoda. Aquel día fui directa y le pregunté qué pasaba entre ella y mi esposo. Ella no evadió el tema aunque estaba sorprendida de mi presencia allí. Admitió que él le había dicho que se estaba divorciando, de allí que ella le creyó y efectivamente estaban saliendo y tenían planes juntos. Luego de esa conversación, la mujer aceptó que hiciéramos una reunión los tres para aclarar las cosas. Como yo sabía que él no iba a aceptar, acordamos traerlo bajo engaño. Lo citamos a una cafetería que estaba en la planta baja de un conocido centro comercial de la ciudad. Era un sitio al aire libre, al lado se veía un muelle marítimo decorado con el intenso azul del Mar Caribe.

El día acordado llegué, estacioné mi vehículo al frente y en un momento dado estábamos los tres sentados en una mesa. Él enmudeció, la sonrisa nerviosa se le convirtió en una mueca. Sabía que no tenía el control y que su reputación estaba en tela de juicio. Ella se mostró discreta y calmada. Las preguntas fueron directas, no obstante, una vez más él demostró su talante “guabinoso” y timorato, prácticamente se negó a hablar, estaba visiblemente incómodo y molesto. Esa reunión no llegó a nada, salvo que quedó en evidencia el engaño y la infidelidad del que para ese momento aún era mi esposo. Además de la solicitud de divorcio, el descubrimiento de la infidelidad fue otra oportunidad que tuve para salir de su vida, de una vez y para siempre, pero no lo hice. Digamos que aquí se marcó un precedente en esta historia. Era la primera vez que de manera directa aparecía un problema de este tipo y estaban a la vista todas las pruebas. Ahí estaba de manifiesto su desamor y el maltrato psicológico que causaba. Ese hecho creó un distanciamiento.

Esa noche me fui a dormir a un hotel. El ambiente en ese pequeño cuarto reflejaba muy bien mi vida de ese momento, lo percibía frío, solo y sin ninguna gracia. No tenía otro sitio a donde ir ni persona a quien acudir. Siempre he sido muy reservada con

mi vida privada. Estaba devastada. No quería estar bajo el mismo techo con él, pero tampoco tenía un lugar a donde mudarme. Pasé esa noche sola y asustada entre esas cuatro paredes, deseando que amaneciera rápido. Al día siguiente regresé de nuevo al hogar que compartíamos y me cambié de habitación. Comencé a dormir sola, tenía ganas de correr y dejar todo aquello. En este momento no tuve ningún apoyo. Desafortunadamente, su madre estaba de visita por esos días y, como era de esperar, su silencio cómplice hizo parte de una cultura machista donde la mujer tiende a normalizar la infidelidad masculina. Me sentí atrapada, lo que quería era irme de ahí, pero no podía, al menos eso era lo que yo pensaba en ese momento. De alguna manera, quizás de forma inconsciente, me justificaba para no tomar una decisión definitiva, aunque las circunstancias me estaban arrastrando. Era evidente que mostraba signos de dependencia emocional, pero no me daba cuenta de eso. Por eso me quedé, tenía una adicción al vínculo traumático.

Mis argumentos de entonces eran que mi esfera laboral exigía un sitio apropiado para vivir y no tenía el dinero suficiente para mudarme a otro lugar. Fueron días de mucho dolor. Aparte de eso tuve que actuar con disimulo. Él junto a su madre seguían cerca de mí. A pesar de que la iniciativa del divorcio vino de él, quien buscó el abogado fui yo y se comenzaron a hacer los trámites legales. Las cosas eran así, este tipo de detalles reflejaba quién mantenía el control en esta relación. Él creó la ruptura, estaba enamorado de otra y tenía nueva pareja. Sin embargo, no movió un dedo para salir de nuestro hogar e iniciar la separación. Por tanto, una vez más, no actuó con ética y responsabilidad. Contrario a eso, mantuvo una actitud fría e indiferente. Siempre fue así, en las peores circunstancias su semblante lucía tranquilo, como si nada lograra conmoverlo. Su coraza era grande. En el contexto de la relación, con estas acciones mostraba su ambigüedad y la intención de mantener una relación paralela, mientras seguía en nuestro hogar. En ese momento pasamos a otra etapa: se inició la separación legal sin separación física. De su relación con la otra mujer yo no supe más nada. Era otro enigma para mí porque de su parte todo se mantenía en un hermetismo.

La transición

Mientras la demanda de divorcio seguía su curso, vino una etapa de transición. En ese entonces, mi vida era caótica. Nada estaba en su lugar. No tenía vivienda propia, mis pertenencias estaban arrumadas en otra casa, seguía bajo el mismo techo con una persona que legalmente ya no era mi esposo, pero a veces actuaba como tal. En esa situación se pasó más tiempo del que yo hubiera deseado y eso jugó en contra de mi salud mental. Tuve que esperar la venta del apartamento donde vivíamos porque era la opción que tenía para comprar algo propio donde mudarme con mis cosas e iniciar una nueva vida. Esta venta se retrasó bastante. Luego de eso vino el proceso de compra de un nuevo apartamento. Mientras tanto nos vimos forzados a permanecer juntos en una casa que tiempo atrás yo había comprado. Ahí también vivía un familiar con su pareja y eventualmente él recibía a otros familiares. Para mí era incómodo, nosotros seguimos compartiendo la misma habitación. Se preguntarán por qué volvimos a mudarnos juntos. Lo que sucedió fue que no hicimos división de bienes, pero acordamos que yo compraría un apartamento nuevo con la venta del anterior y él se quedaría con la otra propiedad que teníamos. Se supone que yo debía buscar otro lugar para vivir temporalmente, pero no lo hice. Lo único estable en aquel momento era la vida laboral. Mientras tanto, las fronteras de nuestra relación eran opacas y eso me llenaba de angustia. Todo se prestaba para la ambigüedad y la confusión.

Lamentablemente, el tema del divorcio se puso en pausa y nos enfocamos en nuestro trabajo y en los proyectos académicos en común. La evasión tomaba fuerza. En el 2005 viajamos a la ciudad de Porto Alegre en Brasil al XXV Congreso Internacional de Sociología, los famosos eventos de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS). Como siempre, cada uno llevó su ponencia y la expusimos en dicho Congreso. De regreso, ya en el aeropuerto él compraba regalos. Después supe que uno de esos presentes era para la chica de la reunión en el centro comercial. Él era muy bueno con los secretos. Ahí me di cuenta de su doble vida. Ahora que lo recuerdo, pienso lo sumisa que fui, estaba validando su comportamiento infiel, seguíamos juntos y ni siquiera hicimos público lo del divorcio.

Habían transcurrido unos meses y él había continuado su relación con la que llamaré la mujer del centro comercial. Un día estábamos en la casa que compartíamos y él se derrumbó. Era de esos pocos momentos en los que a él le provocaba hablar de su vida íntima. Por lo general esto ocurría cuando tenía algún problema. Ahí empezó a hablar mal de esa chica, me mencionó algo de unos emails que supuestamente se relacionaban conmigo y esta mujer. Como siempre, todo lo que me decía de ella me sonaba confuso. De acuerdo a su versión de los hechos, mi nombre era referido en unos correos. Pero él con sus medias palabras, no explicaba nada, sólo sembraba dudas. Yo desconocía casi todo el contexto, no sabía qué había pasado entre ellos dos, pero por desgracia estaba ahí, en el lugar equivocado, todo lo relacionado con la vida amorosa de este hombre me salpicaba. En medio de eso, me di cuenta que la nueva novia lo había engañado, la mujer florero se había ido de paseo por el Caribe con otro hombre y dejó a mi ex desconsolado. Él no tuvo más remedio que admitirlo, estaba molesto y no quería saber nada de ella. En una gaveta vi una tarjeta en la que él le decía un “te amo”. Deduzco que esa traición lo decepcionó bastante, aunque delante de mí lo disimulaba. Yo pensé: *¡bien hecho, a éste le están dando una dosis de su propia medicina!* Me sentí bien con esa noticia, pero eso no cambiaba las cosas entre nosotros dos. Ya no era asunto mío lo que él hiciera con su vida, no obstante la cercanía me mostraba todo. Siempre me llamaba la atención el perfil de mujer por el que ahora se interesaba este hombre. Más allá de que quizás estaba buscando una “hembra reproductora”, algunos eventos que sucedieron me pusieron a reflexionar en su pragmatismo y cómo se alejaba cada vez más de aquel discurso filosófico, ético y humanista que había compartido conmigo acerca del tipo de pareja con el que supuestamente quería compartir su vida. Allí empecé a ver las inconsistencias de este hombre, en el fondo se trataba de la idealización que yo había hecho de esa persona.

Por otra parte, la demanda de divorcio seguía retrasada. A estas alturas, ya la relación tenía ingredientes para calificarla como tóxica. Él había definido una búsqueda ajena a mí, me había causado un daño moral, me había engañado y a pesar de eso, yo seguía a su lado. En este punto ya me estaba exponiendo al maltrato psicológico. Estaba sufriendo, todo se había venido al traste, pero yo seguía dándole el beneficio de la duda. En privado le dije infinidad de cosas, pero en público jamás cuestioné su proceder ni lo puse en evidencia. Psicológicamente, eran señales de la adicción al vínculo

traumático. Mantenía la apariencia de que todo andaba bien. En mi experiencia personal seguía anclada al pasado, mi referente seguía siendo aquel joven que un día se presentó como una persona de conducta intachable, luchando contra la corrupción en la Iglesia Católica –mientras fue seminarista- o cuestionando las políticas universitarias, mientras cursaba estudios en la Universidad. Pero los tiempos habían cambiado y su narrativa también.



Año 2005. En la universidad en el rol de directora del grupo de investigación.

El “espacio estriado” de la separación

En el año 2006, al fin pude mudarme sola a mi apartamento. Esa experiencia de comenzar a vivir en mi propio espacio no fue nada fácil, no tenía a nadie a quien contarle cómo me sentía. Hubo momentos de mucha tristeza y depresión. Era un duelo prolongado que no podía terminar. Muchas veces me senté en

la cama, cerré los ojos y sentí que mi cabeza iba a estallar. Por aquellos días, el trabajo me salvó, pues era una manera de olvidar y centrarme en cumplir adecuadamente mis responsabilidades. No obstante, algunas tareas también me vinculaban con mi ex, ya que compartíamos el mismo centro laboral, teníamos nexos en común (proyectos de investigación y la dirección de un grupo de investigación) y ese vínculo no se había roto.

Por otra parte, él nunca dejó de llamarme y de buscarme. A veces se comportaba como si no estuviéramos divorciados. Yo pienso que él estaba en una zona de confort, nunca dio muestras de lo contrario. Siguió haciendo su vida de manera muy normal y procuraba siempre mantenerse cerca de mí. Cuando me llamaba por teléfono, pasábamos largas horas charlando y se aseguraba de involucrarme en sus proyectos, especialmente en los de tipo académico que era donde siempre habíamos trabajado juntos. Reiteraba que me seguía amando y su deseo de no alejarse de mí. Aquí empezaba la inconsistencia, entre sus palabras y sus acciones. Es inevitable hacer juicios de valor. Creo que su plan era seguir haciendo vida conmigo y paralelamente construir una relación con otra mujer, esa ambigüedad no le causaba conflicto. Ya había probado en el tiempo que estuvimos casados que eso de la fidelidad se quedaba en el discurso. Decía que me amaba, pero nos estábamos divorciando y andaba en la búsqueda de otra pareja. Sus actos decían que ya no me amaba. No obstante, yo me quedaba con sus palabras, era incapaz de analizar su comportamiento. Mi dependencia era tan grande que siempre estaba disponible para él.

Cabe destacar que durante los años juntos fuimos una pareja bastante productiva desde el punto de vista intelectual, siempre estábamos desarrollando proyectos de investigación, escribiendo y presentando ponencias y publicando artículos científicos. Él también deseaba proyectarse académicamente y opino que yo representaba una pieza útil para alcanzar ese propósito. Desde el año 2000 comenzamos a viajar, nuestro primer destino fue República Dominicana, luego el 2001 fue uno de los años más destacados: en mayo asistimos a una Conferencia Internacional de Sociología en la Isla de Margarita; en junio del mismo año nos presentamos en la localidad de Santa Clara, Lima, Perú, a un Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales y Salud; posteriormente, en el mes de noviembre de 2001, asistimos a la ciudad de Antigua, Guatemala, a presentar un trabajo en el

Congreso Internacional de Sociología. Luego, volvimos a viajar al extranjero en el 2003 a la ciudad de Arequipa, Perú, y en el año 2004, fuimos a Madrid, España. Durante este período de cinco años hubo una buena conexión entre nosotros y estas actividades le daban mucho sentido a nuestra relación. Sin embargo, como lo mencioné antes, ya en el año 2005, en el viaje a Porto Alegre, Brasil, estaban presentes las contradicciones, de mi parte de las dudas y la desconfianza. Este año fue muy duro para mí porque fue como el despertar a una realidad que ya no era el idilio del enamoramiento, eran promesas rotas, descubrir mentiras y sentirme desplazada. Ese fue el año de la ruptura aunque no de la separación.

En el 2006, un día me llamó por teléfono para decirme que la sentencia de divorcio había salido y que yo debía acudir al Juzgado a firmar. Fue así como se terminó el matrimonio formal. Pero, la relación entre nosotros aún estaba lejos de disolverse. En diciembre de ese mismo año asistimos a la ciudad de Maracay a un evento académico que se hace anualmente y al cual siempre estábamos invitados; no sólo presentamos nuestras ponencias a nombre del grupo de investigación que dirigíamos, sino que estábamos juntos. El se mostraba inmutable, como si no hubiera pasado nada y yo le seguía el juego.

Así fue como, poco a poco, me vi envuelta en una relación ambigua y tóxica. Nos declaramos amigos, pero yo no supe poner los límites a esa amistad. A veces sentía que estaba muy cerca, otras me sentía completamente abandonada. En ocasiones actuábamos como esposos de nuevo, como si nada hubiera pasado. Una anécdota de esa época es que cuando me iba a presentar ante alguien, no decía mi nombre o el vínculo entre los dos, sino que apelaba a mi profesión: *“te presento a la profesora...”*. Un detalle más de la indefinición que existía entre nosotros. En aquellos días toqué fondo, enredada en la cuerda de mi propio “volador”. Había perdido la fuerza para decir *no* cuando me convenía hacerlo. Aquel hombre dominaba mi voluntad. Ahora que lo recuerdo, me resulta increíble cómo en ocasiones hechos tan triviales como una simple llamada telefónica, una frase que él pronunciara, una duda o un malentendido, me causaban tanto dolor. Y no hay manera de superar ese estado de sufrimiento mientras pensemos que la otra persona es la que tiene que hacer algo para que uno esté bien. Un día se presentó a mi casa y me entregó el manojito de cartas que habíamos intercambiado, junto a fotografías de nuestra vida

juntos. Estaba limpiando su casa de los vestigios o recuerdos que quedaban de la relación. Como siempre, me quedé callada. Según mi creencia, él debía disculparse, debía buscarme, debía mejorar su actitud, debía, debía... Y así, perdía el tiempo sin hacerme cargo de la situación y sin tomar el control.

Del contenido de algunas cartas, se deducen algunas características que tuvo esta nueva etapa que he calificado como el “espacio estriado” de la separación. Él empezó a cambiar conmigo y yo lo noté rápidamente. Era fácil detectarlo, él se alejaba. Se volvía misterioso, hermético con sus cosas. Se centraba en su trabajo y yo en el mío. Sin embargo, yo no me aguantaba aquello y como no lograba dialogar con él esa situación, opté por escribirle. Mostraba cierto orgullo, pero no era consciente de la necesidad de romper de manera radical todo contacto con aquella persona, para evitar así el sufrimiento al que estaba expuesta. Sin embargo, las correspondencias no lograron cambiar la dinámica entre los dos. Contrario a lo que había sucedido en la fase de enamoramiento, él ahora nunca respondía esas cartas ni quería hablar sobre su contenido.

Yo buscaba la manera de desahogarme, de tocar su espíritu, de hacerlo hablar, pero eso no sucedió. De modo que fue sólo un desahogo. “¿*De qué quieres hablar?*”, me decía. Por lo general, actuaba con indiferencia e intentaba hacerme sentir culpable. Su narrativa de ese entonces era que las cosas eran así porque yo lo había querido de esa manera. Era fácil hablar de otros temas, del trabajo, de la situación del país, pero de nuestra realidad como pareja nunca.

A casi un año de haber firmado la solicitud de divorcio, volví a escribirle.

Carta del 20 de enero de 2007

(Si todavía sirve de algo la comunicación escrita)

“Ayer en la noche sólo quería compartir lo que me pasaba con la única persona en esta ciudad en la que deposité casi toda mi confianza. Tarde después, me percaté que había cometido un error, ese supuesto amigo no existía. Supongo que no supo distinguir el contexto: no lo había llamado para atormentarlo, para fastidiarlo

una vez más, ese no es mi estilo. Lo llamé porque sentí que las cosas estaban fuera de control. Me sentía desesperada.

Sin embargo, se mostró completamente a la defensiva. Su actitud fue la de quien se siente fastidiado por el otro. Indirectamente me dio a entender que no tenía ninguna disposición a escucharme. Sus palabras fueron lapidarias y en vez de un consuelo sentí que me decía: ¡Ubícate! o es que crees que eres la única que le pasa eso, hay muchas como tú y no por eso andan llorando por los rincones. Luego la actitud fue de: no me interesa tu situación, tengo otras cosas más importantes que hacer. En toda la noche lo terminé de corroborar, no hubo ningún mensaje, ni una sola llamada que me permitiera pensar que al menos mi persona le importaba de alguna manera.

Me acordé del poeta Vallejo, donde dice que 'hay golpes en la vida', cosas que no se pueden expresar con palabras. He analizado ese momento de desencuentro entre los dos, buscando una explicación. Atiné a pensar que cuando una persona se muestra a otra en su dolor repetidas veces, cuando en vez de la sonrisa muestra la amargura o la grotesca imagen de su cara arrugada por el llanto, quizás llega un punto en el que el otro se satura de su presencia y logra despertar el bastío, esa parte humana en la que a nadie le gusta consolar al otro. Es cuando la gente "buye por la derecha".

En este punto expresaba mi sufrimiento y éste se fue normalizando en la medida en que tácitamente fui aceptando el estado de cosas en el que vivía. Poco a poco, entré en un círculo vicioso, reclamando un afecto que ya se había perdido.

En esta carta lo manifesté:

"...Como he puesto punto final a nuestra relación quizás ya no tengo derecho a perturbarte con mis problemas. Más o menos lo entendí de esa manera. Pero, ¡qué torpeza la mía! en no darme cuenta de cómo son las cosas en el "mundo real". En algo que mencionaste esa noche, te doy toda la razón: mi error está en creer que mis problemas pueden interesarle a los demás, el egoísmo de uno choca con el egoísmo del otro. No funciona la empatía. Ni la sensibilidad, ni la solidaridad. Es cuando te dan a entender: si dijiste que ya no quieres verme entonces para qué me llamas.

Nuevamente te digo, es verdad, pero era un momento de esos en los que uno no sabe qué hacer, ni qué decir. Solo quería que me vieras como a una persona que necesitaba un consuelo. Un abrazo hubiera sido suficiente. Más nada. Tampoco estaba jugando a la víctima. Recordé mi adolescencia, cuando no encontraba comprensión en mis padres y pensaba ¡qué crueles son conmigo! Fuiste cruel. Considero que ese breve momento que pasaste allí, tu actitud y tus palabras. Bastaron esos breves minutos para entender tantas cosas.

A veces, tuve destellos de sentido común en los que parecía comprender lo que estaba sucediendo:

“...Honestamente, no te estoy juzgando, me estoy juzgando a mí misma. Tanto idealismo puede acabar con mi existencia. Ahora me percaté que palabras tuyas del pasado eran totalmente razonables: no se puede apostar todo a las personas, creyendo que ellas siempre actuaran de buena fe, creyendo que son absolutamente buenas y perfectas. Más aún, defender las convicciones tiene un precio muy alto”.

Sin embargo, mi confusión era total. En esta parte del escrito puedo ver ahora cuán enajenada estaba, bajo una visión de amor romántico que había quedado en el pasado, me victimizaba y a la vez sentía culpa:

“...El interés egoísta de las personas es la madre de todas sus acciones. Lamento ahora y me juzgo severamente a mí misma por haber dado tantos traspiés persiguiendo un sueño, por confiar en el amor, por pensar que cuando se ama todo es posible. Esto era lo que quería expresarte esta noche tan desacertada, he vivido en una mentira, pensando que estaba rodeada del amor incondicional de un esposo, de unos padres y de unos amigos. Cultivé ese amor, lo juro, pero ahora sólo recojo el fruto amargo de la indiferencia y el egoísmo.”.

La resistencia a aceptar el cambio era aún muy fuerte en mí, la no aceptación de la realidad y la falsa creencia de que aún había un “amor” por el que yo tenía que luchar:

“...Solo Dios sabe lo que he luchado, creyendo que iba en el camino correcto. Ahora me es más difícil comprender por qué las cosas sucedieron de esta manera, no me conformo con una respuesta

tan trivial, tan etérea: “son así porque sencillamente las personas funcionan de esa manera o porque el mundo es así”. ¿Qué clase de mundo es éste? Que conste, que no estoy poniendo en cuestión las circunstancias que me ha tocado vivir. Pero, es que pareciera que nada ha trascendido, todo se fue quedando en el camino: los amores, las personas, los momentos, los hijos”.

Era visible el sufrimiento, de ahí que a veces proponía un alejamiento definitivo y lo expresaba en mis escritos, pero entre el decir, el sentir y el actuar había mucha discrepancia:

“...El proyecto de vida ha estado rodeado de azarosas y penosas situaciones. Casi siempre rodeado de malos entendidos. En los últimos años, puros desencuentros, pero por Dios que nadie me venga con una filosofía barata, porque vaya que si apelé a la psicología del crecimiento humano y toda esa baratija de “espejitos por oro” que promueve la idea de ser un “guerrero” para triunfar en la vida. Todo queda claro: cuando las personas que aman se convierten en la fuente de tu sufrimiento, hay una sola cosa que puedes hacer, marcharte muy lejos”.

Podía escribir una frase para cuestionar el contexto externo, la sociedad, el mundo real, pero no era consciente de la enajenación que tenía por un amor tóxico.

“¡...Todo se ha vuelto tan efímero!, de pronto son las señales de que debo cambiar y vivir el presente sin tantas pretensiones, así como viene: indefinido, vacío, individualista, efímero y con su carga de perversiones centradas en el cuerpo y los logros materiales. Solo lamento no haberlo hecho antes, haber permanecido tan desubicada en el tiempo. Al fin y al cabo, tengo algo que agradecerles a ciertas personas y es haberme traído a vivir en el “mundo real”.

Para este momento, mi vida estaba llena de conflictos y tensiones, en el trabajo, en la familia y, por supuesto, con mi ex. Yo pensaba que podía lidiar con todo eso, sin contarle nada a nadie, pero era evidente que necesitaba ayuda profesional. La tristeza y la depresión eran mis compañeras de infortunio. No era para nada feliz.

Las cartas expresan mucha desesperanza y desesperación. Me dejé llevar por el dolor y lo único que atinaba a decir eran

reproches. Me autocensuraba y juzgaba siempre en forma negativa a la persona que yo pensaba que más amaba en mi vida. A estas alturas ya había salido la sentencia de divorcio y cada uno estaba físicamente viviendo por separado. Yo no tenía nada que buscar con él, pero seguía increpándolo y a veces hasta le pedía perdón y le decía adiós. La dependencia emocional no me dejaba tomar una decisión clara al respecto:

“...Esa noche también te pensaba contar cómo había puesto a ciertas personas en su lugar, cómo había defendido mis decisiones con respecto a nosotros dos. También te quería contar que no me dejé manipular afectivamente. También te quería decir que prefiero la soledad antes de permitir que me lastimen, que me utilicen. Mi corazón no está lleno de odio, está lleno de amor. El dolor, la falta de fe, el escepticismo, algún día pasarán... Nuevamente, te pido disculpas por todas las molestias y los sinsabores que en nombre de un “malentendido amor” te he podido ocasionar. Ya no habrá más “tormentos”, te lo prometo... (La tacita de porcelana se rompió y es imposible ponerle parches)”.

Esta carta no llegó a su destino. No entregué la misiva del perdón. El me dejó embarcada y después me mandó un mensaje de texto diciéndome que estaba indispuesto. Tiempo después hablamos y no pude evitar la confrontación. Me sentí frustrada e impotente porque me había prometido el pago de una deuda y eso no sucedió. Sentí que actuaba indiferente, que no hablaba del tema. Por tal motivo, le pedí explicaciones y me dijo que me lo daba después. Eso me molestó más. Entonces le hice una crítica y le dije que me había mentido y que estaba faltando a su palabra. No se inmutó, entonces salí de ahí, más molesta todavía.

Luego le envié varios mensajes de texto, en los que le expresaba que su actitud era una muestra de mentira y de desdén. No obstante, él no reconoció nada de eso, sino que se quejó de mi maltrato. Ahí tenía ante mí, un rasgo de psicopatía: hacerse la víctima cuando se sentía presionado. Al final, de muchos mensajes en ese tono, le dije que yo estaba perdiendo energías debido a su actitud y que una vez que me entregara el dinero, no le perturbaría más.

La comunicación era difícil, yo siempre quería el diálogo. A él le funcionaban la evasión y la comunicación defensiva. Era como hablar con una pared y al final me hacía sentir culpable.

En este mismo mes, me hice el propósito de despedirme de él, de estar en paz. A tal fin, le invité a mi casa, compré helado e hice una comida. Me gustaba siempre ofrecer algo. Mostrar mi lado generoso y bueno. Así era yo. He leído que los hombres con trastornos de personalidad narcisista les gustan las mujeres buenas e ingenuas, con valores bien definidos. Siempre actué con honestidad y pensaba en su bienestar. Aquella vez, el helado se quedó en el congelador y la comida se enfrió en la cocina. El no pudo venir y yo sentí deseos de morirme. A la vez no entendía por qué experimentaba aquello, me superaba ese sufrimiento, ante un detalle como este. Yo pensaba en ese momento que estaba en un túnel, no veía luz. También me sentía triste porque no tenía una persona amiga con quien compartir mi pena. Aquel día, me tomé una pastilla para tranquilizarme, pero mi espíritu estaba abatido. Me puse a rezar antes de dormir.

Posteriormente, volví a intentar otro encuentro porque no estaría tranquila hasta hablar con él. Esta vez dio resultado. Nos vimos. Pero el momento estuvo inicialmente lleno de tensión, como siempre tuve un arranque de llanto y me puse muy triste a medida que hablaba. Le hice varios reproches. Esta vez, él se mostró más comprensivo y manifestó que deliberadamente había actuado así para retenerme. Esta fue una de las pocas veces que él hizo evidente su manipulación. Me dijo que él estaba tratando de ser consecuente con lo que habíamos acordado antes, es decir, de mantenernos distanciados. Al final, el clima de la reunión mejoró y terminamos charlando amistosamente, le dije que lo respetaba como persona, que seguía enamorada de él, pero que consideraba que lo mejor era continuar separados como hasta ahora y que cada quien hiciera su vida aparte.

Cabe destacar que esta escena de “terminar” la relación en la que yo le expresaba verbalmente ese deseo, se repitió durante mucho tiempo. Era como estar pasando una vieja película, el final de la misma era que después él volvía a mí en plan amistoso y yo echaba por tierra cada una de mis palabras. Él seguía manteniendo el control a pesar de todo lo que pasaba.

Por ejemplo, después de una discusión, volvió de nuevo a visitarme, pero esta vez estaba acompañado de otra persona. Se comportó de manera relajada y natural. Tocamos muchos temas y bromeamos. Yo había escrito una carta del perdón, pero no se la

entregué. Después que se fue, me sentí nuevamente perturbada, sola y triste. Entonces le envié un mensaje diciéndole que me marcharía de la ciudad por un largo tiempo. El inmediatamente me contestó con este mensaje:

“Aprende a confiar en la desconfianza. Aprende a vivir en una sociedad como ésta. ... Cuidate”.

Le respondí lo siguiente:

“Gracias por tu comprensión. La sensación de pérdida y la soledad me superan. Quiero refugiarme en el pecho de mi madre siempre”.

Al siguiente día hablamos por teléfono acerca de lo que me venía sucediendo. Me dijo que yo no podía seguir recreando la separación, que él intentaba ayudarme al proponerme ciertos proyectos para que trabajáramos juntos. Le contesté que no podía hacer eso porque todavía me costaba verlo como un amigo o compañero de trabajo. Me sentía como si estuviera pasando por una penosa enfermedad. Me sugirió salir, realizar otras actividades. Yo le respondí que la ciudad no me agradaba, que me costaba salir de mi casa. También me dijo que la solución no era salir huyendo, porque eso no arreglaba las cosas. Obviamente, él no podía ayudarme porque se había convertido en la fuente de mi sufrimiento.

Otra de mis cartas de despedida:

“Que te vaya bien con tu trabajo. Que el éxito colme tu vida de felicidad. Adiós a los diálogos imposibles. Adiós a las caricias que nunca llegaron. Adiós al amor que dejamos de celebrar. Adiós a nuestra vida truncada en un deseo imposible de realizar.

Adiós al hombre, adiós al hermano porque no puedo tener al amante que tanta alegría me dio.

Dejo sobre la mesa, la palabra suspendida, mi boca sobre la tuya en el beso que murió ¿Qué significa para ti seguir juntos? No lo sé. Quizás es compartir el silencio. Quizás es vivir, correr en el tropel de la subsistencia. Buscar el éxito. Trabajar unidos. Debatir sobre la sociedad. No lo sé.

Ya no me importa si sigues al lado mío. Ya no me enorgullezco de eso. Ya no te quiero al lado mío. Porque esta mutación de lo que era y ya no es, acabó con mi alegría y lentamente terminará con mi existencia.

Puedes seguir confiando en tu amado y fiel cuadrúpedo.... Él no te problematizará tanto como yo. Una vez más gracias por todo lo que me diste”.

Cuando leo de nuevo estas cartas me digo: *¡te estabas guisando en tu propia salsa!* Es que ahora veo mi caída y a la vez no comprendo cómo pude recrear tanto sufrimiento. Nunca busqué ayuda, no hablé con nadie, mantuve el hermetismo, pensaba que yo sola podía resolver esa situación, pero hoy veo que no fue así. Cometí muchos errores. Incluso, contradije mis propios argumentos o razones para divorciarme. Nunca quise quedarme en el medio entre él y otra mujer. Pero eso sucedió y a partir de allí me vi envuelta en una dinámica que considero mediocre, superflua, llena de diatribas y peleas domésticas. Entraron otras personas a mi vida, en un juego que yo nunca quise, pero en el que estaba participando. De pronto, me convertí en la tercera en discordia. De afuera parecía una lucha entre tres. Pero la única lucha era la que yo tenía conmigo misma.

En el 2007, el agotamiento emocional también afectó mi desempeño intelectual y académico. Dejé la dirección del grupo de investigación, uno de los logros más importantes de mi vida académica universitaria. Él me sustituyó en dicha dirección. Ese año tuvimos mucha proyección y considero que nos convertimos en una referencia en la Escuela de Ciencias Sociales donde estábamos adscritos como grupo de investigación. También se realizó con mucho éxito un simposio que logró reunir a una variedad de académicos, investigadores y profesionales sobre el tema petrolero en Venezuela. Yo participé en una de las ponencias principales, sin embargo, mi permanencia en el grupo ya era de bajo perfil. Este año también fue relevante ya que al fin pude presentar ante un jurado calificador mi tesis doctoral. Ese era otro capítulo que yo no había cerrado y lo fui dejando por muchos años. Él se portó muy bien ya que me prestó su ayuda y orientación, me acompañó a Caracas y estuvo presente en la discusión. Posteriormente, también hizo presencia en el aula magna cuando recibí mi título de doctora en Ciencias Sociales.

Carta del 23 de abril de 2008

“El miedo es la madre de todos los fracasos”.

A veces nos inventamos cuentos para no seguir andando o, mejor dicho, desandando la vida. No obstante, si tuviera la certidumbre de todo ¿qué sentido tendría mi existencia? Esa es mi paradoja, mi angustia. Me la paso buscando certezas que quedaron en el pasado, cuando sólo cabe la incertidumbre del presente.

Un buen día nos damos cuenta que el ideal no es suficiente para vivir, ni tampoco para morir. Necesariamente nos tenemos que involucrar en los actos de vida, afrontar la cotidianidad, construir los sueños. Luchar a lomo partido. E incluso, hasta dejar nuestra preciada vida al azaroso destino que otros construyen para nosotros.

Yo confieso que he tenido mucho miedo, me inventé muchos cuentos para no cruzar ciertos puentes. Me arriesgué, pero al llegar a cierto punto del camino me detuve a meditar, entonces, emprendí la huida nuevamente...

Quizás es hora de enfrentar que la perfección no existe. Al menos no en la dimensión idealista, como la he concebido.

A lo mejor empiezo a mandar todo al carajo, los juicios de valor ya no me interesan tanto, al fin y al cabo, el regodeo ético y las miserias ajenas que tanto critico, son las mismas que alimentan mis fracasos, forman parte del cuento mío, del miedo mío, del pretexto mío para quedarme a ver pasar el tren...

Quizás se acerca la hora de dejarse llevar por la aventura que significa vivir en este extraño y prostituido mundo...

Al final de esta carta, me defino como alguien que cuestiona y que quiere vivir alejada del mundo de vida imperante, pero en realidad al estar involucrada en esta relación tóxica, legitimaba los supuestos que yo creía estaba cuestionando: por ejemplo, me estaba comportando como una mujer tradicional, sumisa, disputando con otra el amor de un hombre que ya no tenía ningún compromiso amoroso conmigo.

Carta del 25 de julio de 2008

“Deseo de todo corazón que encuentres una persona que te ame de verdad, que te respete, que valore tus méritos, que comprenda tu sensibilidad, tu búsqueda como ser humano inteligente e inquieto. Que tenga la paciencia y la inteligencia suficiente para aceptarte tal como eres y no te juzgue sólo por las apariencias. Que te impulse a lograr tus metas y también acepte tus locuras.

Si la llegaras a encontrar, ojalá logres entender su sensibilidad de mujer, no le jures amor eterno, hazle ver que en el fondo de ti hay un espíritu libre. No le regales poemas ni le escribas palabras trascendentes. No le descubras el secreto de la poesía si no estás dispuesto a vivirla. No le hables de los ideales sino del sentido práctico que tiene la vida. Porque la mujeres amamos de forma diferente.

Cada palabra que digas, cada promesa que hagas, cada locura que se te ocurra, seguro ella mañana lo tomará en serio y esperará por ti. No le hagas sentir que eres su príncipe si solo tienes una condición de plebeyo. Si llegas a encontrar a esa mujer, no le hagas sufrir, no le hagas pactos de amor que no estés seguro de cumplir.

Descúbrela quién eres realmente. Tus misterios y tus contradicciones. Seguro así le darás la oportunidad de conocerte y de no idealizarte como persona. Recuerda que no todos tenemos la virtud, la dicha y la ventaja de haber sido preparados para la vida y para la muerte. Si encuentras a esa mujer no le hagas sentir el peso de tu vida, ella siempre será distinta a ti. Pero sobre todas las cosas, nunca la compares con ninguna otra mujer.

De todo corazón deseo que logres formar una familia, que tengas tus hijos y ellos te den la felicidad que te mereces. Ojalá que la vida cotidiana no te aleje de lo que en esencia yo pude conocer y valorar de tu persona.

Te deseo lo mejor”.

Leyendo ahora esta carta siento que actué de buena fe, no tuve malicia, nunca vi este personaje en su verdadera dimensión. La mayor parte del tiempo estuve sintiéndome culpable.

Carta del 26 de julio de 2008

(Tres días después, otra despedida).

“El motivo de esta misiva es decirte por escrito que me perdones si te hice pasar por algún momento desagradable o, peor aún, si te hice sufrir. Esta es una carta de despedida, no es para siempre, pero quizás es por un tiempo indefinido. He comprendido que no tengo ningún derecho a tratar de cambiarle la vida a nadie. Menos aún en pretender que los demás piensen o actúen igual a mí o según mis deseos. Creo que a nadie le falta Dios y atribuyo a su divino poder la posibilidad que hoy me ofrece de enderezar mi camino de vida y alejarlo de todo sufrimiento.

Y es que el tiempo de Dios es perfecto, quizás era necesario que yo pasara por todo esto y que trascurriera tanto tiempo para poder discernir el significado de todo lo que hemos vivido juntos, especialmente, entender lo que ha pasado en los últimos dos años. En ese proceso una de las primeras cosas que entendí es que he concentrado mis energías en forma indebida, tratando de ejercer control sobre vidas ajenas.

Como puede observarse en la lectura de la carta anterior, daba la impresión de que me estaba haciendo consciente de mi nueva realidad. Sin embargo, no era así ya que después terminaba mostrando la divergencia entre mis pensamientos y mis acciones. Tal como se evidencia más adelante, faltaba mucho camino para romper la dependencia emocional que sufría:

“...De igual manera, estuve estancada en el tiempo, anhelando que se repitieran cosas o se reconstruyeran eventos que forman parte del pasado. No tengo la culpa. No hay manuales para solucionar esto que me sucedió y aunque tengo experiencias previas, reconozco que cada una es totalmente diferente. Sencillamente, me equivoqué en muchas cosas porque no me percaté a tiempo de todos los cambios que estaban sucediendo entre los dos.

En forma ingenua quería a veces reproducir una dinámica de pareja de hace unos diez años atrás. Cosa que es imposible. Me estuve causando daño a mí misma, en forma consciente o inconsciente. En ese ínterin lo único que hacía era perder el tiempo, en medio de mucho dolor.

Hoy reconozco que la única existencia que puedo cambiar es la mía. De ahí que mi mayor deseo es hacerme dueña de mi propio destino, comprometerme en la tarea más importante de mi vida, la de construir todos los días el camino de mi felicidad. Para eso necesito la paz, el amor, la iluminación, la reconciliación con mí yo. Son muchas las cosas que tengo que hacer y estoy segura que para eso se irán abriendo todos los caminos necesarios para lograr mis aspiraciones. No tengo miedo del porvenir.

También deseo tu completa felicidad. Si alguna vez pensé o te manifesté que eras egoísta o que me ocasionaste algún daño, eso está perdonado de mi parte. De igual modo, si alguna vez te dije o te hice ver que tenías algún compromiso moral de estar conmigo en forma indefinida, eso está cancelado. No hay nada de eso entre tú y yo. Te quiero y te respeto como ser humano.

El final llegó, no es por orgullo, no es por soberbia o por resentimiento, sino porque, sencillamente, este es un ciclo de nuestras vidas que, por todas las circunstancias que han pasado, es necesario cerrar ahora. Si algún día Dios lo quiere y se produce un renacer del amor profundo que nos tuvimos y estamos dispuestos a renovar el compromiso que eso significa, si existen condiciones, ten la seguridad que abriré de nuevo mi corazón. Sin embargo, trataré de que la esperanza no me haga caer de nuevo en falsas ilusiones. Lo que cuenta ahora es el presente. Gracias por todo. Dios te cuida”.

Se podría pensar que aquí acabó todo, tal como lo manifesté por escrito. Pero, desafortunadamente, faltaban aún varios años para cerrar ese ciclo. A finales de 2008 volvimos a viajar a Maracay y realizamos la presentación anual de nuestros trabajos de investigación en lo que ya era una tradición en el Instituto de Altos Estudios “Dr. Arnoldo Gabaldón” y, luego en el año 2009, con una tarea similar viajamos juntos a Maracaibo a otro evento académico en la Universidad Bolivariana de Venezuela. Eran actividades en las que no marcábamos ninguna distancia, al contrario, teníamos mucha cercanía, a pesar de que, en lo que a mí respecta, la procesión iba por dentro. Yo me seguía dejando llevar y más adelante la corriente me arrastraría.



2009: Maracaibo-Venezuela en un receso del evento académico.

De cómo me convertí en la tercera en discordia

Habían transcurrido unos cuatro años de haber salido la sentencia de divorcio y yo me seguía equivocando al no trazar los límites adecuados en esta separación. El error lo pagué caro. Mientras él buscaba resolver su vida, darle curso a sus proyectos vitales, yo me estancaba. Y sufría, sufría mucho.

Una prueba de lo anterior fue la aparición de una nueva mujer en la vida de mi ex. Al principio tuvo la misma actitud de la vez anterior, lo mantuvo en secreto. Pero era fácil descubrir lo que estaba pasando. Él se alejaba, se desconectaba emocionalmente de mí y yo lo detectaba. Era su juego. De esa forma quería que indirectamente participara, yo sería la “amiga con derechos” y él tendría a su nueva mujer.

Esta vez, como siempre, lo descubrí de manera accidental. Eran mis vacaciones y él me había invitado a un paseo. Nunca tuve voluntad para decirle que no. En consecuencia, volví a equivocarme y acepté dicha invitación. Ya en el lugar, estaba disfrutando de un baño en la piscina y ya no me acuerdo ni cómo, fui a la cabaña donde me hospedaba y mi instinto me dijo que revisara su teléfono móvil. En su celular pude leer unos mensajes de texto dirigidos a otra mujer a la cual le decía que la amaba y ella le respondía amorosamente, aludían a hacer una vida juntas con otro niño que tenía esta mujer. Recuerdo haberle pedido, rogado miles de veces que me dijera lo que estaba pasando, pero él de nuevo entró en un mutismo.

Lo anterior fue como otro *dèjà vu*, otra confrontación que no me llevó a ningún lado, sencillamente él no habló, esa era su manera de estar en mi mundo, haciendo silencio y prolongando mi pesar. Yo me preguntaba, pero si está saliendo con otra, entonces qué está haciendo conmigo aquí, pero esa pregunta no tenía respuesta. Era parte de su juego. Por omisión, ahí venía de nuevo el engaño, la manipulación y, por ende, el maltrato psicológico.

Esa vez, volví a escribir porque era la manera que tenía en aquel momento de expresarme:

Carta del 01 de Febrero de 2010:

“Hoyes un día más en el que la vida discurre, con la cotidianidad y la rutina de siempre. Cada quien pensando cómo sobrevivir, cómo enfrentar su crisis permanente, o su modorra vital. Sin embargo, yo decidí hacer un alto para cerrar la conversación no terminada ya que por encima del inmediateismo, está la reflexión que nos permite tomar las riendas de nuestro destino.

En los párrafos que siguen a continuación puede verse cómo bajé a un nivel en el que mendigaba un amor que ya no existía, aceptando, incluso, el tiempo que ya había pasado y asumiendo que tenía un motivo por el qué luchar. La realidad nuevamente me golpeaba mientras yo seguía refiriéndome a un ideal de amor muy lejano e inalcanzable:

“...Una vez más te digo que estás en tu libertad de vivir de la manera que elijas, como ha sido siempre. Quizás el error estuvo en tratar de construir “algo” en lo que llamo “nuestras segundas vidas”, en alimentar, en promover una pasión, un sentimiento que para el caso mío, necesita del compromiso, de la presencia del otro, del fuego, de la pasión.

Mi amor es algo que no tiene espera y a la vez se ha ido quedando sin esperanza. Son circunstancias, ya es muy tarde para llorar sobre los errores cometidos. He pasado más de tres años debatiéndome entre lo éticamente correcto y lo humanamente deseado. Lo primero me dice que debo dejar que cada persona ejerza su libertad y haga su vida como pueda. Lo segundo, me clama que luche, que grite, que ame sin pensar en el futuro.

Finalmente, las cosas que sin querer leí, tu mensaje a otra persona, me llevan a pensar que es necesario y oportuno que me aparte de este camino. Que no haga ni diga nada, que sobran las palabras, que dejen que los hechos hablen. Dejar que esa palabra etérea que es el destino, hable por nosotros”.

A estas alturas, es evidente que estoy repitiendo el mismo discurso de despedida de hace unos años atrás. Ya llevaba más de tres años despidiéndome por escrito. La misma narrativa acerca de mi situación amorosa, legitimando falsas creencias, adoptando una mirada paternal e ilusa que en nada ayudaba a salir del atolladero

emocional en el que me encontraba.

“...Estoy exhausta, quizás estoy pagando el costo de vivir en un “esencialismo”, me perdí en las promesas de un “amor eterno y sublime”. Ahora debo aprender a ver los matices, la transmutación de lo que idealizaba como proyecto vital. Debo salir del caparazón, de esta isla en la que tercamente me he mantenido. Sé que afuera nadie espera por mí. Sin embargo, buscaré el reencuentro, mi reconciliación con todo aquello que he venido ignorando y apartando de mi existencia.

... Esta vez no diré lo que pienso de tu persona, tú lo sabes mejor que nadie. Mi corazón siempre será generoso en la palabra que hable de ti. Ni el dolor ni la rabia podrán apagar la luz de las buenas acciones. Lo único que deseo es que te cuides mucho, que cuides tu salud, que bajes de peso, que no cometas “tonterías pragmáticas”, que sigas cultivando tu espíritu y tu intelecto. Que logres tu estabilidad laboral. Que seas más flexible ante los errores humanos. Más expresivo y delicado con las personas que realmente te aprecian y te aman. Que no digas groserías y sigas siendo una persona extremadamente positiva y emprendedora como hasta ahora. En definitiva, que no pierdas tu esencia, esa que se forjó con tanto dolor, años de reflexión, de lectura, de lucha, de amor y de desamor. Esa parte genuina de ti. Te deseo todo el éxito en tus proyectos.

Sin más...”

Carta del 5 de marzo del 2010

Esta carta es la expresión de una persona que se humilla por una causa que no tiene sentido (el amor tóxico). Muestra resignación y pasividad ante un hecho (la presencia de otra mujer en la vida de su ex) en el que ni siquiera tendría que estar tomando posturas, ya que eso no forma parte de su vida. Parece que continúa despidiéndose, pero en realidad sigue enviando señales equivocadas que la exponen al abuso o maltrato psicológico. Seguía enajenada:

“...Te quiero reiterar que esto no es un castigo, retaliación o algo por el estilo. Es, simplemente, un “repliegue táctico” como dirían tus compañeros de partido. Es claro que tengo muy pocas o ninguna

esperanza de redimir el proyecto que con tanto esmero me plantee un día contigo. Lo siento tanto, que me duele decirlo, me duele todo. Y eso que han pasado tantos años. Tus palabras de hoy terminaron por matarme la esperanza, la ilusión de que "quizás algo se puede hacer o salvar". No obstante, agradezco tu sinceridad. Disculpa, si te parezco ambigua, en realidad no es así. Es duro escuchar la verdad, porque a veces uno vive de pura ilusión, amando si ser correspondido plenamente.

Cuidate y que Dios te acompañe".

En el mes de agosto de 2010 asistimos juntos a la ciudad de Cali, Colombia, esta vez a un Congreso Internacional de Trabajo Social. Era de mi área, pero participamos llevando nuestros respectivos trabajos, como siempre lo hacíamos. Este era otro nexo que tampoco se había roto, aparentemente era algo positivo, pero dada las circunstancias yo no podía avanzar.



2010 en Cali, Colombia. Conociendo la ciudad en un receso del Congreso.

A pesar de lo sucedido anteriormente, con los mensajes de textos descubiertos en el celular de mi ex, no hubo aclaratoria alguna y el tiempo siguió su curso. Estábamos relativamente alejados. Pero en el plano laboral aún seguíamos funcionando como equipo.

En el 2011 se presentó una convocatoria de un congreso internacional en la ciudad de La Habana y nos propusimos asistir para presentar un trabajo que era el resultado de los proyectos de

investigación que aún teníamos juntos. Es evidente que a pesar de las circunstancias, me mostraba incapaz de viajar sola y marcar la distancia en todo sentido. En este punto, él actuaba como si no estuviera pasando nada. Y así se hizo. El tema de la otra mujer nunca se volvió a tocar. Esa era su estrategia para seguir a mi lado con su doble vida. Una noche estando en el hotel donde nos hospedamos, llaman a la habitación y yo tomé el teléfono, del otro lado de la línea, la operadora que estaba comunicando menciona el nombre de mi ex y seguidamente me da el nombre de una mujer que lo estaba solicitando. Resultó que era la misma mujer de los mensajes de texto descubiertos anteriormente. El no atendió la llamada. Este evento no pasó inadvertido para mí, pero él se hacía el desentendido. No había forma de que fuera sincero y aclarara lo sucedido. Siempre enterraba la cabeza como el avestruz.



2011: La Habana, Cuba. Presentación de la ponencia.
Congreso de Trabajo Social.

Viendo las cosas en retrospectiva, mi ex no daba puntada sin hilo. Todo estaba fríamente calculado, tenía el control. Un día me invitó a comer, era un restaurante ubicado a la orilla de la carretera, en las afueras de la ciudad, un sitio muy discreto. Era

la ocasión elegida para hablar de su nueva novia. Yo hacía silencio y me limitaba a escuchar: “*Es una muchacha de buena familia*”, me decía –como si estuviera hablando con su mamá- y yo no sabía qué responder. Intentaba así que yo validara su nueva relación sentimental. Pero yo me sentía incómoda y dolida, teniendo en cuenta que la experiencia amorosa con este señor se había convertido en un vínculo traumático.



VIII Congreso Científico de la Universidad de Oriente. Cumaná-Venezuela, año 2010.

Luego que regresamos del viaje de La Habana, en otra ocasión estábamos viendo una película (“*Amar, comer y rezar*”) en su casa. Recuerdo que hizo un comentario acerca de la protagonista, es decir, se refería a Julia Robert, que le gustaba su boca y su sonrisa. Él iba soltando frases. Había que leerlo o más bien escucharlo entrelíneas. En realidad estaba tratando de comparar a su nueva novia con la mencionada actriz. Por otra parte, era casi normal que yo llegara a visitarlo por algún motivo, a llevarle algo pendiente o a ponernos de acuerdo sobre actividades relativas a los proyectos en común. En esa oportunidad, él me invitó a almorzar y después a ver la película. Así eran las cosas. De pronto, se escuchó a una persona gritando en la parte de afuera de la entrada de la casa. Era la otra mujer (la misteriosa mujer de los mensajes de textos y de la llamada internacional, al fin se hacía presente), estaba gritando como una histérica, lo llamaba a él. Lo vi muy nervioso e incómodo, no quiso abrir la puerta. La casa tenía una amplia entrada que separaba la

puerta principal de la entrada que daba acceso a la calle, él apenas llegó a la sala y se quedó parado en una ventana. Yo estaba en shock. La mujer gritaba a todo pulmón sus reproches hacia él.

Ahora que lo veo en retrospectiva, pienso que debí salir y preguntar, para ponerlo en evidencia. Pero siempre fui muy alejada de ese tipo de situaciones, no conocía esa mujer, no sabía cuál sería su reacción, no le tenía temor, pero estaba evitando un escándalo mayor. En ese momento ella estaba sufriendo también, aunque su proceder no era el más indicado, quizás también era víctima de las circunstancias, de la falta de sinceridad de aquel hombre, de la falta de claridad que existía en nuestra relación. No obstante, yo guardé silencio y con ello mantuve una especie de solidaridad con él. Otra oportunidad que tuve para aclarar las cosas en este trío que indirectamente se estaba gestando, pero no lo hice. La mujer se fue. Y después me fui yo.

El anterior incidente fue el preámbulo de lo que vino después, empecé a recibir mensajes ofensivos y amenazantes de aquella mujer. Incluso llegó hasta mi esfera laboral. Era una pelea estúpida, pero, sin querer, estaba envuelta en ella. No quería responder, aunque era un ataque intenso. Yo optaba por reclamarle a él. Estaba enojada. *“Controla a tu loca”*, le decía. Era evidente que esta mujer me veía como su enemiga. Ella peleaba por su hombre, se mostraba desesperada en su afán por hacerse un espacio en la vida de él. Yo no la conocía y quería mantenerme al margen de la relación entre ellos dos. Pero una vez más eso no fue posible.

Un día iba manejando camino a la universidad la mujer me llamó a mi teléfono celular y me dice que estaba esperando un hijo de mi ex y que ellos se habían casado. Le dije que si eso era cierto le deseaba mucha felicidad; dicho esto, le cerré el teléfono. Llegué a la oficina donde trabajábamos juntos y él estaba ahí. Lo confronté. Lo del hijo resultó cierto, lo del matrimonio entre ellos era mentira. Pero daba igual. Estaban juntos, eran una pareja y yo me tenía que enterar por boca de ella. Ahí pensé, este hombre primero lo matan antes que hablar. Para esa época nuestra relación era sólo laboral, pero, igual, el estar cerca me hacía vulnerable en este nuevo escenario.

Era mayo del 2012, mi ex perdió a su madre. En este mes nació su hijo, el cual también estuvo muy complicado de salud.

Fueron momentos muy difíciles para él. Yo estuve acompañándole como una amiga fiel. Después que murió su mamá, su bebé seguía hospitalizado y delicado de salud, él me escribió a mi teléfono diciéndome que si su bebé también moría él se iba de este mundo. Estaba desesperado y yo no hice otra cosa que darle consuelo. Recuerdo que me pidió que no lo dejara solo en aquel momento. Y yo le brindé apoyo fraterno. No obstante, esa fue otra coyuntura en la que me sentí muy vulnerable, ya que estuve expuesta a situaciones incómodas con el fin de mantener una supuesta amistad. Asistí al hospital donde estaban reclusos su agonizante madre, su nueva mujer y el hijo recién nacido. Esa vez mantuve la mano de su madre mientras la vida se le iba. Ahí estaban los familiares de él y de su nueva familia. Yo no tenía nada que buscar en ese sitio, pero estuve presente y también lo acompañé en la funeraria. Tiempo después, su bebé se recuperó y él se enfocó en su cuidado, formando un hogar con su nueva pareja.

Otro día yo estaba en mi casa y él me llamó por teléfono pidiéndome que saliera hasta la calle donde estaba estacionado su vehículo, cuando lo hice, tenía al bebé en el carro y quería que yo lo conociera. Recuerdo mirar el rostro de ese niño, me sonrió de una manera tan inocente. Era lo único genuino en esta situación.

En esa época, el trato entre nosotros era absolutamente fraternal. Sin embargo, me convirtió en su confidente y me contaba los problemas que tenía en su nueva relación de pareja. Me convertí así en su consejera y amiga fiel. Este rol me volvió a colocar en el centro de la polémica, pues en los conflictos con su nueva mujer yo salía a relucir como la causante del disgusto y las peleas entre ellos. Al menos eso era lo que él me contaba. Yo seguía exponiéndome y, por ende, los problemas entre ellos me salpicaban continuamente. *“Ella está obsesionada contigo”*, me decía. En ese momento, por primera vez, lo noté irritable y tenso. El motivo era la custodia compartida de su hijo y los continuos conflictos con la madre de éste.

Mi ex rompe con su nueva pareja

Las cosas con la nueva pareja no resultaron bien y se separaron. El me seguía llamando a diario y cuando nos reuníamos me contaba

los problemas que tenía con esta mujer, ahora relacionados con la crianza del hijo de ambos.

Carta del 07 de Junio de 2012

“Uno de los problemas más notables en la convivencia humana son las expectativas que nos creamos con respecto a las demás personas, bien porque dichas expectativas resultan falsas, o porque no se cumplen de acuerdo a nuestros deseos. En todo caso es mejor entender que, la mayoría de las veces, esas expectativas no son reales o están sujetas a la voluntad del otro. El resultado es que nos sentimos frustrados y prolongamos la espera, sin darnos cuenta que nuestra vida no puede estar cifrada en el curso de los actos ajenos, aunque estén relacionados con valores, sentimientos e ideas compartidas.

Por ejemplo, hoy sólo quisiera ser un “tubo digestivo andante” y nada más, comer y dormir. Me importa muy poco lo que ocurre a mi alrededor. No quiero razonar, ni estar sensible ante nada. Pero eso sería un retroceso en mi crecimiento personal y humano. No se puede hacer. Lo que sí se puede es dejar de andar por ahí dando lecciones de buen comportamiento o juzgando la vida ajena. Así sea que invoques sentimientos, ideales éticamente correctos o buenos deseos. La mayoría de las personas evitan ser juzgadas y reaccionan defensivamente ante esa posibilidad. Entonces te van a decir: vive y deja vivir. O “dejar hacer, dejar pasar”.

Sentir la indiferencia ajena ante nuestra frustración por expectativas no cumplidas es duro, pero es parte del aprendizaje de vida. Cada experiencia vital debemos convertirla en algo positivo, despojándola de toda la carga de sentimientos negativos, tales como la ira, la rabia, el rencor, la tristeza, entre otros. En este proceso, primero escuchamos la perspectiva del otro y reaccionamos ante ella, es probable que haya peleas o desencuentros. Luego, reflexionamos, es el momento en el que debemos darnos cuenta que estamos sufriendo por el comportamiento del otro, por lo que el otro hizo o dejó de hacer. Vivimos asumiendo o pagando cuotas ajenas.

El hecho de que la otra persona no esté a la altura de lo que esperamos, no quiere decir que debamos sufrir por eso. La clave entonces está en la comprensión basada en la reflexión de los hechos.

Es lo que nos permite avanzar, superar el pasado y enfrentar adecuadamente los desafíos existenciales.

La reflexión anterior nos lleva a veces a pensar que el amor por sí mismo, sustentado sólo en manifestaciones verbales no es suficiente para mantener y fortalecer una relación. Se requiere un compromiso personal, lo cual va más allá de las palabras y de ciertos rituales sociales.

Es más fácil la convivencia si al menos intentamos comprender el mundo del otro. Eso implica salir de nuestra zona de seguridad para meternos en la complejidad y los desafíos de la desconocida e incomprensible conducta ajena. Por ejemplo, ¿por qué hace rato me dijo que me amaba y ahora me hace sufrir o me ignora? La mayoría de las veces la práctica no es consistente con las palabras. De nada sirve entonces juzgar, reclamar o denigrar. Indudablemente que la comunicación es necesaria, pero es mejor escuchar y, luego, evaluar colocando en perspectiva la situación”.

En el mes de Julio de 2012 él me escribió unas cortas líneas:

“Buenos Días claroscuro. Pablo de Tarso fue en busca de Jesús para matarle sin pensar que éste le cambiaría la vida para siempre. A mí, tú me la cambiaste para siempre y después me dejaste solo...”.

Esta última frase era muy común en su vocabulario. Me lo decía para tratar de hacerme ver que era yo quien lo había abandonado. Sin embargo, los hechos hablaban de su desamor. Aunque no venía al caso ponerse a buscar un responsable en todo esto. Él manipulaba y en su narrativa el culpable de todo era la otra persona, en este caso era yo.

Unos días después volvió a escribirme:

“Estoy escribiendo... sé que es complicado para ti. Pero no olvides que la pareja es la realización intelectual, emocional y sensitiva del ser individual. No te dejes quitar esa posibilidad. Lucha por tu felicidad y no hagas más concesiones”.

Como ven eran apenas unas tres líneas, pero este señor, luego de seis (6) años de haber firmado el divorcio, teniendo un hijo con otra mujer y con todo el disgusto causado, seguía refiriéndose a

nosotros dos como una pareja. No había otra persona en mi vida, él lo sabía, por tanto su percepción quizás era que yo era incondicionalmente suya y lo sería para siempre.

A finales de 2012, volví a escribir, el contexto de esta carta es el hastío que me embargaba ante el acoso que sufría por parte de la otra mujer. Después de todo lo sucedido, sentía mucha frustración, pues esperaba que él tomara cartas en el asunto y me evitara esta incomodidad. Sentía rabia e impotencia. Yo le reclamaba a él, le exigía que parara todo ese ataque en mi contra. Sin darme cuenta que yo misma me había puesto en la mira, en el centro del escenario y ahora estaba sufriendo las consecuencias.

Yo observaba una actitud ambivalente y un doble discurso por parte de mi ex: mantenía una postura crítica con respecto a la otra mujer, según lo que me expresaba era una persona conflictiva, histérica, superficial y materialista. No obstante, continuaba haciendo visitas a su familia y compartiendo con ellos, según las fotos que ella colocaba en sus redes sociales. Era su proceder, tenía un interés en esa familia y quizás por eso no le importaba relacionarse con ellos. Se repetía el mismo comportamiento de otras ocasiones: su objetivo era su hijo que estaba a cargo de esa mujer y su familia. Lo que a mí me hicieran poco le importaba.

Por mi parte, pensaba que mi ex manipulaba la realidad y eso me enfurecía. El desencanto había dado paso a la rabia. Lo que más me molestaba era lo que yo consideraba su falta de empatía y honestidad al ignorar la desagradable situación que yo estaba pasando. Contrariamente, él me hacía ver que eso era algo ajeno a su persona y que no le importaba. Yo quería que se disculpara conmigo, que aceptara su responsabilidad en el sufrimiento que me estaban causando. Pero eso nunca sucedió. Esta carta fue un desahogo. Podía ver que algo no andaba bien, era un comportamiento egoísta y narcisista, estaba harta de eso, pero faltaba una acción contundente de mi parte para romper ese estado de cosas.

Carta del 15 de Diciembre del 2012

“...No permitiré que me vuelvas a dejar con la palabra en la

boca: ya entendí tu actitud ante la vida. En algo tienes razón, no es problema mío lo que te pase, no es problema mío si metes la pata, no es problema mío si te hundes en el charco. Pero te amé, te amaba, por eso me involucré en tus cosas. Me tomé la libertad de preocuparme por ti, de opinar. Nunca me hiciste caso y, peor aún, hoy me irrespetas, dejándome como una tonta hablando sola.

Es el mismo desprecio que sentí la noche que me entregaste el dinero, el mismo desdén, el mismo atrevimiento de compararme con el lado de la obsesión, la mentira y la manipulación. La misma arrogancia de igualarme en el trato. Con esa misma ligereza que no admite una reflexión, ni agradece en nada.

¿Sabes una cosa?: sigues teniendo mucha razón en algo, hay un punto clave en esto. Yo no tengo ninguna necesidad de soportar tu maltrato, tu desdén, tu desprecio hacia el diálogo. Yo no tengo que aguantar el descaro tuyo en compararme con otra persona.

Ojalá tengas razón también en cuanto a lo que dijiste esa noche en el carro: que el único cuerdo en toda esta historia eras tú.

Eso sí, a mí no me molestes más para nada, no quiero saber lo que te acontece, si tu pragmatismo te sigue dando buenos resultados para ir por el mundo repartiendo tu paternidad, sigue adelante.

No vuelvas otro día con la manipulación a decirme que no te deje solo, no me vuelvas a decir que te abandoné, porque ya es demasiado tarde...

Te lo voy a decir por última vez: lo único que he hecho en esta vida es darte mi amor sincero, desinteresado, honesto y puro. Lo único que he hecho en esta vida es rezar todas las noches por tu bienestar, por tu felicidad. Lo único que he hecho es sacrificar mi felicidad para que tú estuvieras bien con tu hijo. No he movido un dedo para molestarte, ni a ti ni a nadie. Hasta me he apartado físicamente, no te he molestado por teléfono, jamás te he acosado. Te he brindado mi palabra de apoyo y de aliento en todo lo que has hecho, te he defendido ante propios y extraños. He amado a tu hijo aún sin conocerlo. He sido discreta y fiel. He tratado de comprender tus momentos de angustias y los de felicidad. No esperé nada a cambio. Todo lo di con amor.

Sin embargo, hoy comprendo que no se puede hablar de ciertos temas, aunque sean recurrentes los comportamientos obsesivo-compulsivos. Porque hoy es un día lindo, no te lo voy a echar a perder, todo lo que está sucediendo es parte del pasado. Me imagino, que si encuentras una amiguita, de esas que pocas neuronas tienen, tú serías feliz. Disculpa mi sarcasmo. Lo aprendí de ti. Cuando tengas tus problemas, cuando sientas que el mundo se te viene encima, busca a otro tipo de persona diferente a mí. Que no reflexione, que no tenga conciencia de nada. Que no enturbie tu happy day. Mejor dicho, que no diga absolutamente nada.

Disculpa, mi vida contigo fue distinta, yo te cuidé, tú me cuidaste. Fueron muchas horas que pasamos dialogando. Eso se perdió, siempre crees que te estoy juzgando, en el fondo tienes miedo de fracasar, pero no te das cuenta que hace tiempo que eso sucedió. El fin no justifica los medios, ¡al menos en lo humano no!

Dejo todo en manos de Dios

El contexto de esta carta es que ya estaba harta del acoso y del maltrato de la madre del hijo de mi ex. Yo no tenía ningún trato con esta persona, pero lo que sabía de ella me hacía pensar que era otra “*mujer florero*”, debido a su frivolidad, pendiente de ir a la peluquería, a la manicura, de lucir impecable para conquistar un hombre con dinero que la pudiera apoyar en lo económico. Su ataque inicial hacia mí fueron mensajes de texto a mi celular. “*Eres una vieja*”, me decía. Ese era su estilo de atacarme y demostraba así sus inseguridades y complejos. Y confieso que más de una vez me pregunté cómo el que una vez había sido mi esposo había entablado una relación amorosa con una mujer tan problemática. Pero lo estaba sobrevalorando, la realidad era que él no era diferente a ella. Con el tiempo entendí que a pesar de su mal proceder, esa mujer también fue una víctima de mi ex.

“No se puede actuar o pensar en función de lo que hagan los demás. No hay que dejar que el comportamiento equivocado de otras personas nos hagan infelices. Si el mundo se está cayendo, lo que cuenta es la importancia que le demos a ese problema.

Todo lo anterior es cierto. Pero, esa perspectiva no niega la reflexión.

Te pregunto: En el caso tuyo ¿hasta dónde puede llegar una persona, por amor, por defender sus intereses? Cuáles son los límites (si es que piensas que los tienes).

Yo intento entender tu situación, lo que amas, lo que te interesa, lo que necesitas en este momento, busco una explicación al por qué estás donde estás o por qué actúas de una determinada manera en un momento dado. A veces no entiendo nada, a lo mejor a ti te parece obvio aquello que yo no logro ver. Quizás te incomode hablar de ello o lo consideres una pérdida de tiempo.

De cualquier manera, te voy a expresar mi sentir: no se puede vivir entre gente loca y desquiciada, actuando como si nada pasara. Tratando de evadir el fondo del problema, con una grosería, una burla o un sarcasmo. La filosofía de “yo estoy bien, los demás están mal”, aquí no cuenta. No puedes enfrentarlo enterrando la cabeza como el avestruz o pegando gritos de arrogancia. Estás mal ubicado. No hace falta que te diga lo mal que vives, el nido de víboras que te rodea, donde lo único que brilla es la sonrisa de un inocente. Tampoco puedes seguir ignorando el daño que por omisión causas a las personas que como yo sólo piensan en tu bienestar y felicidad.

Se trata de que desde hace ya mucho tiempo le has dado cabida en tu existencia a una persona que no te respeta, ni te aprecia. Que odia a tus amistades, que me odia a mí, sin yo haberle hecho nada. Que te vigila, que está obsesionada.

¿Crees que aunque yo esté a distancia, puedo ignorar eso? ¿Crees que eso no ha destruido nuestra relación, el afecto inmenso que nos hemos tenido? ¿Te parece que se puede convivir así?

Todavía hurgo, pienso en todas las premisas de vida que aprendí contigo, en los valores, en el respeto, en la dignidad, pero no logro entender por qué has llevado todo a este punto. Es verdad que no podemos responsabilizarnos por los actos ajenos, pero ¿qué has hecho tú por cambiar esa situación?

Lo único que veo es impunidad, complacencia, irrespeto. No veo otra cosa. Es frustrante que yo me haya alejado y, aún así, esa señora desquiciada siga viendo fantasmas y molestando. Por eso te pregunto, ¿cuáles son los límites de la tolerancia? Con ella no hay estrategia que valga, no hay nada. Lo más doloroso para mí es que no sólo la dejaste entrar en tu vida, la hiciste madre de tu hijo, sino

que ahora no tienes suficiente valor y dignidad para ponerla en su sitio, en el único lugar donde debe estar: lejos, muy lejos de nuestras vidas”.

Como puede observarse al final de esta misiva, yo seguía anclada al pasado de una relación inexistente y tóxica. Luego de más de siete años, estaba en el mismo punto, en este caso esperando que él me defendiera o me reivindicara ante esta mujer que me estaba atacando. Por otra parte, mantenía una distancia, pero no había cortado de forma radical los lazos que nos habían unido en el pasado.

A pesar de mis quejas, la pareja de mi ex nunca se cansó de molestarme. Estaba obsesionada conmigo. Él se lo tomaba a juego y me decía que quizás era que ella estaba enamorada de mí. Siempre apelaba a la burla y al sarcasmo. Yo estaba cansada de esto, por tal motivo busqué un mediador o Juez de Paz y presenté una demanda en contra de ella. Fue así como tuvimos que dirimir nuestras diferencias delante de un tercero. Yo estaba realmente molesta y recuerdo que ese día me paré al frente de ella y la miré detenidamente. Ella no dijo palabras. Delante del juez, me di cuenta de su capacidad para mentir y manipular. Sabía que ella era así, pero no me imaginaba la dimensión. Dijo muchas mentiras al juez. Y fue su palabra contra la mía. Cada una salió por su lado, al final de esta entrevista lo que obtuve fue un papel con una orden de alejamiento y de no agresión. La acción judicial frenó temporalmente la agresión de esta mujer hacia mí. Sin embargo, yo seguía con un sabor amargo en la boca. En el fondo de mi corazón sabía que estaba en el lugar equivocado. Por eso estaba atrayendo a mi vida este tipo de personas.

Un día me di cuenta que estaba en un limbo con respecto al control que hace unos años pensé que tenía en mi vida, me involucré en una relación tóxica y así perdí el tiempo. A veces, él me invitaba a comer y, estando juntos en la mesa, me soltaba un comentario acerca de que tendría otros hijos y justo ahí me daba cuenta que a esta persona no le importaban mis sentimientos. He aquí una de sus manifestaciones narcisistas, no le importaba si sus palabras herían. En este caso, la empatía era nula. La maternidad era un tema sensible para mí. Nadie más que él sabía por lo que yo había pasado en mi afán por tener un hijo: embarazos fallidos, exámenes dolorosos, intervenciones quirúrgicas en las que estuve al borde de

la muerte, todos fueron episodios que me habían afectado desde el punto de vista físico y psicológico. No obstante, este dolor era solo mío, a él parecía no importarle o había olvidado todo eso. Esperaba que al menos fuera delicado y considerado conmigo. Pero su falta de empatía era evidente y yo guardaba silencio. Sencillamente, él iba por la vida cumpliendo sus objetivos. Yo era un periódico de ayer. Nunca se detenía a reflexionar acerca de las consecuencias de sus actos. No se disculpaba por sus acciones, siempre el culpable era otro. Él se sentía superior a los demás y era inmutable ante el dolor ajeno. Ayer te decía que te amaba, hoy te enterraba una puñalada. Siempre con una sonrisa imperturbable. Una muestra de su egoísmo es que no se alejó de mí por su propia voluntad, al contrario, como lo he descrito antes, sin importar el daño, quería tenerme cerca mientras gestionaba su vida en pareja con otras mujeres.

El alejamiento definitivo

Quizás el tiempo fue sanando mis heridas emocionales. Lo que más me ayudó fue el distanciamiento absoluto. Durante el período 2015- 2018 la crisis humanitaria en Venezuela era ya evidente. Estaba sola y me enfocaba en la supervivencia. Lamentablemente, todavía pensaba en él y me atrevía a llamarlo cuando tenía una contingencia doméstica que me superaba. En especial cuando el carro tenía alguna falla, entonces lo llamaba por teléfono y le pedía ayuda. Aún quedaba ese resquicio de apego. Nunca he sido buena para lidiar con los problemas domésticos y este período de la vida cotidiana estaba lleno de contingencias. En medio de esa realidad me di cuenta que no había hecho amigos a quienes solicitar ayuda, en caso de necesitarlo. Era el precio de la dependencia y el apego hacia una persona que ya estaba casi fuera de mi vida.

Mi hija no sabe el favor tan grande que me hizo. Me mando a buscar para sacarme de ese estado de vulnerabilidad en el que me encontraba. A principios de 2018 tomé mis maletas y me mudé de país, me fui, me alejé sin mucho ruido. Dentro de mí sabía que ahora sí era real, todo había llegado a su final. No necesitaba decirlo. No hubo despedida. Este sí fue un distanciamiento efectivo, no lo llamé más, tampoco le escribí ni lo molesté durante mucho tiempo. Era lo que necesitaba para pasar esta página. De ese modo fue cómo esta persona salió de mi vida.

Cabe destacar que, antes de salir, en la ciudad donde vivía en Venezuela me pasó un episodio muy desagradable con unos ladrones que me asaltaron (este suceso lo describiré más adelante). Fue algo atemorizante tomando en cuenta que los antisociales estaban armados. Recuerdo que yo le conté a mi ex por teléfono lo que me había sucedido, pero su reacción fue fría y apenas se interesó por el hecho. Eso me resultó extraño. Nosotros nunca nos despedimos y en los días anteriores al viaje nos mantuvimos distantes. En ese tiempo, quedarse sin teléfono celular ni tarjeta de identidad eran suficientes impedimentos para viajar. Nunca terminamos de conocer a las personas.

Por otra parte, al comienzo de mi estadía en el extranjero, mi ex me insistía en que le diera el número de teléfono de mi madre para hablar con ella. En ese momento, yo no quería que tuviera ese tipo de contacto con ella, por lo tanto ignoré su petición. Luego de eso, en un par de ocasiones le escribí para exigirle el pago de un dinero que me debía. En aquel momento, yo no tenía suficientes ingresos, tenía un trabajo precario y presentaba un problema grave de salud. A pesar de eso, su respuesta fue un mutismo y luego no se preocupó en saber de mi estado de salud. Este detalle terminó de confirmarme que ya no podía confiar en él.

En diciembre del 2019, a pocos meses de cumplir los dos años en Ecuador, regresé de nuevo a Venezuela. Con respecto a mi expareja, mantuve el distanciamiento y un bajo perfil. No me sorprendió el hecho de que ya él aparecía en las redes sociales con otra mujer -distinta a la madre de su hijo-. Estaba con otra mujer mucho más joven que él y fue inevitable pensar: *“anda buscando otra fuente reproductora”*.

En el 2021 regresé a mi antiguo apartamento, aún estaba vigente la pandemia del covid19, después de superar un trance de enfermedad respiratoria, estaba un día paseando con mis amigas cuando vi venir su vehículo, lo reconocí de inmediato. El carro pasó a mi lado y pude ver que iba acompañado de la mujer con la que salía abrazado en su foto de perfil en las redes sociales. Guardé silencio y después seguí conversando con mis amigas. Al llegar a mi morada, medité cada uno de esos hechos, esta vez en la calma y la madurez de mi nueva vida. La tristeza, la angustia y las ideas obsesivas que anteriormente me causaba su presencia habían

desaparecido. Ahora lo veía en otra perspectiva, sin ningún tipo de apego.

Descubrir nuestra verdadera realidad para construir algo nuevo

Salir de un estado de dependencia y frustración, luego de una separación amorosa, conlleva un esfuerzo individual que active los siguientes aspectos: reconocer quiénes somos (recuperar la identidad); reconocer las personas que nos aman y aprecian (ruptura del apego), reconocer nuestras capacidades y fortalezas (fortalecer el ego). Llegar a esta reflexión me llevó muchos años. No debería ser así. Pero sucedió. Para llegar a este punto tan importante tuve que probar cosas amargas, pero también aprendí unas cuantas lecciones de vida. Como se deduce de la historia que he presentado, fue un camino muy empedrado, lleno de vaivenes, pero si me preguntan cómo lo hice, diré que el punto clave fue la separación definitiva, cero contactos con esa persona que era el origen de mi sufrimiento. De igual manera, todo cambio implica una reconstrucción. Para avanzar se necesitan nuevos referentes que apoyen esos cambios. Mi fuente de apoyo fueron las lecturas, las que me ayudaron a identificar los problemas. En vista de mi resistencia a hablar, a compartir con otras personas o profesionales esta experiencia, las lecturas ayudaron a crear una nueva conciencia de mi situación. Por supuesto, los autores eran psicólogos, psiquiatras y orientadores. Fue una manera poco convencional de hacer una terapia, pero a mí me funcionó.

CONSTRUIR NUEVAS REALIDADES: EL PROCESO DE LIBERACIÓN

La resocialización

Reconocer quiénes somos

Cuál es nuestra identidad: soy un ser humano, soy una mujer, soy jefe de familia, soy profesional, soy intelectual, soy trabajadora,

soy ama de casa, soy parte de una familia que me ama, tengo amigos que se interesan por mí y me estiman, tengo una historia, pero también tengo una vida social que espera por mí, tengo planes, proyectos, ideas y metas que aspiro realizar exitosamente. Esa identidad es fruto de una acción vital, en cuya construcción se debe participar de manera activa y consciente, por tanto este reconocimiento implica romper con la pasividad, el sometimiento emocional y la enajenación.

Tal como se muestra en esta historia, pasé muchos años recreando el papel de esposa y después de “amiga” de mi ex. Era un rol que me enajenaba, ya que el apego y la dependencia emocional no me dejaban realizar mi vida de forma autónoma. Cuando, al fin, decidí alejarme en forma definitiva, recuperé mi identidad como mujer libre de tomar sus propias decisiones. Obtuve reconocimiento y me liberé de aquello que era ajeno a mi vida.

En mi caso, pude encontrarme o reencontrarme con personas y/o actividades que le dieron otro sentido a mi vida y con las cuales me comprometí por distintas razones y de diferentes maneras. De este modo, inicié una *resocialización* y salí del atolladero emocional en el que me encontraba. De hecho, me di cuenta lo alejada que había estado de mis antiguos amigos y que en muchos años había creado muy pocos lazos de amistad con ellos.

Reconocer a las personas que nos aman y aprecian

Se trata de crear y fortalecer aquellos vínculos de afecto, amor, respeto y lealtad que nos unen a otras personas. Nuestros hijos, nuestros padres, hermanos y amigos. Revisar el significado que ellos tienen en nuestras vidas y los beneficios que nos puede traer un acercamiento e interacción, incluso con personas que no hemos tenido la oportunidad para conocer y que potencialmente pueden darle un giro a nuestra vida. Aquí también se trata de “romper el celofán”, saliendo a la palestra, porque nos consideramos merecedoras de todo el amor, cariño y afecto que nos brindan nuestros semejantes. Por ejemplo, en lo particular me trajo muchos beneficios participar de manera activa en algunas redes sociales. Surgieron nuevos amigos, me reencontré con excompañeros de estudios, sentí el cariño de mis antiguos exalumnos y colegas de la universidad. También participé en reencuentros de compañeros

de la escuela primaria, los cuales tenía varias décadas sin verlos. Confieso que sentir el cariño y aprecio de esas personas me resultó muy gratificante. En ese momento dejamos a un lado la autocompasión y la percepción negativa que tenemos de nosotros mismos (“*soy un perdedor*” o la de “*pobrecita yo*”, o “*por qué a mí*”, entre otros.)

Borrar la idea de pérdida y la percepción de ser un perdedor o un fracasado, implica fortalecer el ego y disfrutar de los dividendos que -en el plano afectivo- hemos podido acumular hasta el presente.

Romper la dependencia emocional

De igual manera, valorar los afectos de los amigos y familiares más cercanos evita que concentremos la energía en aquella persona que ya no nos ama o que sencillamente ha dejado de compartir con nosotros. Además, la *resocialización* implica un esfuerzo de reciprocidad que seguramente nos abrirá un abanico de posibilidades para reorientar nuestra vida afectiva. Para ello se requiere saber cuáles son nuestras capacidades y fortalezas.

Anteriormente, la persona a la que estaba apegada era el centro de mi vida. Es por ello que en mis paseos, en mis vacaciones, la mayoría de mis llamadas telefónicas, en mis reuniones de trabajo, en mis proyectos y en mis viajes, el factor común era él. El resto de mis seres queridos no tenía tanto protagonismo en comparación con su persona. Recuerdo una anécdota, después del divorcio, a propósito de que él me pidió para quedarse en casa de mis padres, ya que tenía un viaje de trabajo hacia la zona donde ellos vivían. El iría solo, pero yo estaba muy incómoda, pues complacer esa solicitud implicaba pedirle a mis padres que lo recibieran de nuevo, después de que hacía tantos años les habíamos dicho que estábamos separados, era algo que quizás les confundía o cuando menos les causaba intriga e incomodidad, en especial a mi papá que ya no lo veía con buenos ojos. A pesar de que no quería, terminé cediendo a su petición y hablé con mi mamá. Él estuvo siempre muy despreocupado, mi papá no lo recibió y se aisló los días que él se alojó en mi casa. Todo aquello era una consecuencia de no poner límites por mi parte. Mis padres no entendían o no tenían claro qué tipo de amistad o de relación tenía yo con mi ex, pero eso a él no le importaba. Siempre se jactaba de no prestar importancia

a las formas, a las apariencias o al qué dirán. Yo en cambio estaba muy apenada con mis familiares, pero pagaba las consecuencias de no saber decir que no.

De igual manera, el apego y la dependencia a veces nos colocan en situaciones que amenazan nuestra seguridad personal. Un ejemplo de ello fue un suceso desagradable que me ocurrió en un viaje con mi ex. En mi caso, muy poco manejaba mi vehículo en rutas fuera de la ciudad o trayectos muy largos. De ahí que en los viajes era mi ex quien tomaba el control del volante y lo hacía muy bien. Sin embargo, le gustaba conducir en horario nocturno y dada la inseguridad y los problemas viales en nuestro país, eso me creaba mucha tensión. Siempre que nos tocaba viajar de noche le advertía de los peligros en la carretera, pero él me ignoraba por completo. Se mostraba con mucha confianza y me criticaba, calificándome de pesimista. En una ocasión, durante un viaje largo, el vehículo donde andábamos comenzó a fallar, era de noche, logramos salir de la carretera y también abandonamos el carro. Era un lugar boscoso que a juzgar por su ubicación y las noticias que había escuchado, presumía que era un sitio peligroso. Entré en pánico, a mi mente venían muchas historias de violaciones, asaltos y asesinatos ocurridos en tales circunstancias. No podíamos pedir ayuda, así que nos quedamos de pie, pegando nuestras espaldas, atentos a nuestro alrededor y sin hacer ningún ruido que pudiera delatar nuestra presencia en ese sitio. Luego de un rato, volvimos al carro y nos encerramos allí. En ese momento, escuchamos unos disparos, para nuestra fortuna, luego de varios intentos, el carro encendió y logramos salir de ahí, pero fue aterrador. Ese día me juré a mí misma que no volvería a viajar de noche por esa carretera. Esto es un claro ejemplo de lo que sucede cuando el apego emocional te impide tomar decisiones de forma independiente y terminamos siempre actuando para complacer a otros. Ese día mi vida estuvo en peligro y gracias a Dios no pasó nada que lamentar.

Es conocido que el ser humano es una entidad bio-psico-social. Los problemas emocionales tienen amplia repercusión o expresión en nuestro organismo. De igual forma, tuve un déficit hormonal como consecuencia de haber perdido una parte de mi aparato reproductor. Eso trajo varias manifestaciones negativas en mi cuerpo. Una de ellas fue que durante varios años estuve sufriendo de caída del cabello (alopecia). Yo tenía que ir a trabajar y para ocultar eso, andaba siempre con el cabello recogido. Mi cabello se

empezó a caer en círculos y eso no se detuvo. En el sitio del cuero cabelludo donde ocurría la pérdida, luego comenzaba a nacer un cabello con una textura gruesa e irregular. Un día estábamos mi ex y yo asistiendo a un Congreso, nos tocó hacer una fila, yo me coloqué delante de él y cuando vio mi cabello creciendo de esa manera comenzó a burlarse. Decía que yo tenía en mi cabeza unos “spoiler” (una pieza que se usa en la carrocería de los vehículos). Yo me sentí incómoda. Aparte de lidiar con mi falta de confianza por este problema que afectaba mi aspecto personal, esta persona, que supuestamente me apreciaba, era incapaz de actuar con delicadeza y consideración ante un evidente problema de salud. Era común esta actitud de burla y disfrutaba mucho cuando me veía molesta. Estas son señales que al momento no se identifican, pero que demuestran que esa persona que te acompaña no tiene empatía ni respeto por el otro.

Reconocer nuestras capacidades y fortalezas

Cuando decimos “*es que yo no puedo vivir sin ti*”, nos estamos declarando absolutamente intoxicados o impedidos por un sentimiento de dependencia afectiva que inhibe nuestra realización como ser humano. A medida que descubrimos nuestra realidad, nos damos cuenta que en forma errónea le hemos dado a otra persona el poder para limitar nuestra existencia.

Centrar nuestra atención en alguien que no nos ama es como invertir todo nuestro capital en un negocio que sólo da pérdidas. Aunque podemos cometer esta equivocación, siempre hay oportunidades para hacer un balance y rectificar. Para ello debemos hacer un autodiagnóstico, determinar quién nos roba la alegría, la paz y por qué. Revisar en esa otra persona sus atributos, cualidades y actitudes en relación a nosotros. Qué es aquello que posee esa persona que nos mantiene deslumbrados u obnubilados. Esta revisión consciente nos hará ver sus contradicciones como ser humano –y las nuestras también- dejando de lado el idealismo. No se trata de caer en la crítica destructiva del otro, ya que eso sólo revelaría una actitud resentida. Se trata de comprender nuestra realidad, el origen de nuestra frustración amorosa. Como ya lo mencioné antes, esta reflexión llegó a mí cuando al fin pude tomar distancia de la persona causante de mi sufrimiento. Este ejercicio de introspección revelará capacidades y fortalezas que quizás no sabíamos que existían.

A su vez, eliminar las falsas creencias es un paso importante. Por ejemplo, en mis momentos de contrariedad yo pensaba que él tenía una actitud egoísta conmigo. Luego me di cuenta que había estado idealizando a esa persona, esperando quizás que sacrificara sus proyectos personales para estar conmigo. Cuando eso no sucedió, entonces yo reaccioné con rabia, me hice la víctima y lo juzgaba continuamente. Es cierto que él me manipuló, me mintió, que no fue sincero. Pero yo no marqué el distanciamiento para evitar que eso sucediera. Por otra parte, las personas hacen elecciones vitales: él había decidido tener otra pareja, tener un hijo, había elegido cierto estilo de vida, entre otras cosas. Pero también me veía como una “amiga con derechos” siempre contando con mi consentimiento.

Por otra parte, no se debe caer en el maniqueísmo de satanizar o idealizar la ruptura o separación matrimonial, independientemente de las razones que hayan originado la misma. La ruptura trae un cambio, nuevas elecciones vitales. Sin embargo, estamos acostumbrados a pensar de manera lineal, la influencia “novelera” de buscar siempre el malo de la película. Es cierto que él me causó daño, pero no puedo pasar por alto mi propia responsabilidad, ya que por distintas razones me expuse de forma prolongada al maltrato psicológico.

Mis equivocaciones

Yo no puedo hablar por los demás, voy a hacerme responsable de mis actos. ¡Mis equivocaciones fueron muchas! Voy a citar las que considero principales:

1. No marcar la distancia física desde el momento en que se comenzó la separación legal

En mi caso, eso significa que no busqué el espacio para vivir de manera autónoma y libre en la nueva etapa de transición al divorcio. En consecuencia, en el momento oportuno no hubo un distanciamiento definitivo. Es uno de los peores errores que se pueden cometer. Cuando por distintas razones se sigue compartiendo el mismo espacio físico, sea en el hogar o en la misma habitación, a pesar de haber dialogado y llegado a un acuerdo

de separación y divorcio. Como he ilustrado en esta historia, no marcar desde el principio esos límites, te lleva a una zona gris llena de ambigüedades, de mucha confusión, engaños y desengaños. Durante esa convivencia forzada e inadecuada, de estar legalmente separados, pero física y emocionalmente juntos, pasé muchas situaciones incómodas en las que debido a la ambigüedad de mi nuevo rol, puse a un lado mi dignidad como mujer.

2. Aceptar el rol de “la tercera en discordia”

En otras palabras, sabiendo que tu expareja tiene una nueva relación con otra persona, quedarse allí, así sea de espectador o, en el peor de los casos, servirle de confidente ante los problemas con su nueva pareja o prestarse para su consolación emocional o física. Eso te involucra indebidamente en la vida de personas que nada tienen que ver contigo. Eso es como ponerse en medio de la vía para que te aplaste el camión. Aquí volvemos al asunto de los límites. Tiene que ver con el punto anterior, el error de mantener la intimidad, la cercanía con esa otra persona que por su conveniencia emocional no te ha sacado de su vida y te coloca ahora en el rol de la “otra”. Ese error me expuso al escarnio público, después de pasar años defendiendo valores como la honestidad y la fidelidad, ahora mi integridad estaba en tela de juicio.

3. Seguir jugando al papel de la “esposa engañada”

Cuando ya el vínculo matrimonial está completamente roto. Ello implica que las nuevas relaciones amorosas de la expareja se viven como una infidelidad. De ese modo se sigue recreando la relación tóxica y se mantienen las condiciones de la dependencia afectiva. Este rol es sumamente dañino. Por ejemplo, desde el comienzo de la separación, mi ex utilizó su situación de “separado” o divorciado para buscar una nueva pareja. Esa nueva identidad le permitió presentarse ante sus nuevas conquistas como un hombre libre. No obstante, esto era sólo para fines formales, ya que en la realidad no mostraba interés en cortar los lazos que le unían a mí. Él demostró no tener ningún conflicto con eso y en el transcurso de esta historia fue creando nuevas relaciones de parejas sin romper el vínculo conmigo. Yo, en cambio, nunca miré para los lados, nunca me involucré sentimentalmente con otra persona que no fuera él. Por tal razón, seguí hasta el final sufriendo desengaños y maltrato psicológico. Ni el divorcio, ni tampoco las sucesivas parejas que

posteriormente aparecieron en la nueva vida de mi ex, fueron razones suficientes para que yo dejara de jugar el tóxico rol de la “esposa engañada”. Mentalmente seguía casada.

4. Permitir la manipulación afectiva y que hieran tus sentimientos

Esta situación es una consecuencia de lo anterior. En vez de procesar el duelo por la separación, te quedas ahí en el medio, expectante. Esperando las migajas de afecto que él ya no te puede dar. Y si te las da tampoco responden a un amor genuino. Mientras pasaba por sus buenos momentos en sus nuevas relaciones de pareja, mi ex se alejaba y evitaba la intimidad o cercanía conmigo. A veces yo ni me enteraba que estaba con otra persona hasta el momento que por alguna circunstancia me tocaba ubicarlo, entonces era muy probable que no atendiera el teléfono ni mucho menos se dejara ver en su residencia. Leyendo ahora mis cartas de aquel momento, me doy cuenta que yo le otorgué el poder para que él tuviera control absoluto en la forma de relacionarse conmigo. Yo quería que hablara, que reconociera sus sentimientos, que fuera sincero. E incluso que le pusiera punto final a la amistad que nos unía, pero él nunca lo hizo.

Por el contrario, muchas veces me dijo lo que yo quería escuchar: que yo seguía siendo una persona especial en su vida, que no había amado a otra de la misma manera e incluso que estando con esas otras mujeres, llegaba a compararlas conmigo porque anhelaba mi presencia. Y yo me quedaba con esas palabras, eran suficientes para mi ego. Luego, venía el cruel desengaño, cuando por vía de facto constataba que en verdad estaba en un segundo plano ya que había una gran distancia entre sus palabras y la realidad.

5. Aceptar las mentiras y el ocultamiento de información

Si para seguir contigo tu amigo o tu pareja necesita mentir o esconder la verdad, entonces no vale la pena. Esta opacidad o falta de transparencia es fuente de sufrimientos. Esta persona miente, omite información, evade y con eso no te permite tomar una decisión con respecto a lo que está sucediendo. Peor aun cuando tú sabes que esas mentiras existen y no haces nada al respecto. Hacer

silencio cuando tienes dudas o cuando claramente sabes que hay una mentira, eso impide la confrontación y la toma de decisiones para salir de una situación de dependencia afectiva. Pero, no sólo toca descubrir la falta de sinceridad y honestidad, sino también tener firmeza ante eso que reivindique nuestra dignidad personal. La permisividad nos hace más vulnerables. Aceptar la primera vez el engaño, marca un precedente negativo en una relación. Cuando se actúa con sinceridad hay que exigir el mismo trato. Debe existir reciprocidad al respecto.

Por lo general, en un contexto de separación en el que existe frustración amorosa, se asume como egoísta la actitud del que abandona, y en respuesta nos victimizamos y respondemos con rabia. Sin embargo, se trata de elecciones individuales, de intereses divergentes, de prioridades o en todo caso de proyectos de vida diferentes, que hacen que una pareja se divida y cada uno tome su propio camino. Mientras no podamos entenderlo de este modo, vamos a vivir una relación frustrante, sustituyendo la antigua cordialidad por la rabia y el desencanto. En este punto, nos olvidamos que la relación se construye sobre la base de un acuerdo mutuo y voluntario. Por tanto, basta que una de las partes rompa ese acuerdo para replantearse si es válida o viable la continuidad de la unión. Así como inicialmente aceptamos el acuerdo de la unión, también hay que aceptar de buen agrado la separación, al menos mantener el respeto hacia la decisión del otro. Hace falta aquí el pensamiento flexible para eliminar la conducta defensiva y aceptar los cambios.

En relación a lo anterior, tenemos que dejar de pensar en forma lineal. Es probable que la persona que se va, nos siga diciendo que nos ama, que nos necesita. Pero la expresión de ese sentimiento no significa que va a regresar a la relación, al menos no en los términos originales.

ESCAPAR DE LA DEPENDENCIA AFECTIVA

La liberación va unida a la madurez emocional. Aunque sea difícil hay que conjugar la necesidad de seguridad que se busca a través de la pareja con la idea de mantener una relación que no fomente el excesivo apego afectivo hacia el otro.

A partir de la experiencia personal he podido constatar que puede ser dañino amar a alguien. En mi caso, he reiterado que en la relación de pareja se crearon situaciones mentales y emocionales que eran perjudiciales para mi salud. Hoy en día, aún vivo las secuelas de esa experiencia traumática. Existen límites para vivir la experiencia del amor y hay que actuar con sabiduría para construir una relación amorosa, saludable y placentera. No obstante, como ya hemos visto, no es fácil en esta sociedad vivir el amor sin caer en la adicción o dependencia afectiva. Estamos ante una sociedad que frecuentemente nos vende la promesa del “amor eterno” y nos lleva a practicar rituales que promueven y legitiman esa dependencia. Especialmente en el continente donde nací se puede afirmar que vivimos en una cultura que fomenta una visión idealista y, si se quiere, patológica del amor (el amor romántico). Esta visión se expresa en las dificultades que se presentan para ejercer la libertad a través del amor, como valor supremo en nuestra sociedad. Por ejemplo, la literatura, el cine, los medios de comunicación e información, la música, el estilo de vida, las religiones, la vida grupal, proyectan un patrón del amor que fomenta la dependencia. En ese contexto, cuestiones como: celos, contratos de “exclusividad”, amor perpetuo, falta de autonomía, distorsionan la vida en pareja. Todavía hoy, en pleno siglo de posmodernidad, es común pensar, por ejemplo, que los celos patológicos son una demostración de amor. Todo conduce a la construcción de lazos de dependencia, que se relacionan con el resto del tejido social, sus instituciones y formas de interacción social, en fin, con una sociedad que reproduce relaciones de dominación. Como bien lo plantea el sociólogo Michel Foucault, el amor es una construcción social que varía según los diferentes procesos sociales y relaciones de poder. Por ejemplo, en el amor romántico el discurso y las prácticas sociales legitiman y forman parte de un orden social basado en la coerción y el dominio.

Según lo anterior, la construcción de una cultura política de emancipación en toda la sociedad, va unido al proceso de liberación personal que supone romper el apego y la dependencia en el vínculo o relación amorosa. Esta cuestión es un proceso de aprendizaje que no está desvinculado de las transformaciones en la cultura política dominante, en las que juegan un papel activo las clásicas instituciones socializadoras y otras redes sociales emergentes. Lamentablemente, hay un mercado de consumo que le interesa vender la cultura tóxica-dependiente, amparada muchas veces en la mentalidad patriarcal y en actitudes sumisas o conformistas de los ciudadanos.

Pero veámoslo en una perspectiva micro, si como afirma Riso (2014), estamos influenciados por un “*paradigma distorsionado y pesimista*” del amor, entonces ¿cómo hacemos para vivir un amor auténtico, genuino y liberador?

Considero que el problema no sólo se refiere a la vivencia del amor en forma idealista, sino también a nuestra perspectiva ética, la falta de honestidad, de sinceridad, de transparencia, en fin, de sensibilidad hacia nuestros semejantes, en este caso viviendo en situación de pareja. En otras palabras, entra en juego lo que podría considerarse un aspecto de la *condición humana*. En este caso la incapacidad para dar amor en forma sincera, libre y desinteresada. A veces nos pasamos la vida creyendo que compartimos con alguien esos valores y principios, hasta que descubrimos con amarga decepción la falta de compromiso, la mentira y la manipulación. De ahí que *se sufre por amor no sólo por compartir un paradigma equivocado del mismo, sino también por expectativas no realizadas, producto de la incapacidad humana para amar*. Tal cuestión a veces se manifiesta en la falta de valoración hacia el otro o en la actitud pragmática y materialista de uno de los miembros de la pareja o de ambos, que los lleva a ir por la vida tomando y desechando personas, como si se tratara de objetos materiales. De ahí nos viene la siguiente reflexión: el sufrimiento que esto crea ¿será también el costo de una actitud ingenua ante el amor?, ¿debemos vivir el amor con cierto escepticismo?, ¿de qué manera nos “programamos” para evitar ser lastimados o sufrir el desamor? Hay que estar muy conscientes (“ojos bien abiertos”) y ser autocríticos de nuestra realidad.

Por otra parte, reconocer lo que está sucediendo y usar el perdón como herramienta de ayuda, es sólo el inicio del total bienestar y de la felicidad. Eso pasa por quitarle poder a todo aquello que nos causa daño, sufrimiento, llanto, en fin, que nos quita la paz y la tranquilidad.

Construir el camino hacia la felicidad requiere precisar la fuente de nuestro dolor y aceptar que no podemos cambiar el mundo de vida de las demás personas, ni siquiera de aquellas que amamos o tenemos cerca de nosotros. Sólo podemos actuar para cambiar y transformar cualitativamente nuestra propia existencia. Esto significa que es posible hacernos dueños de nuestro destino, comprometiéndonos en la tarea más importante de nuestra

vida: la construcción de ese camino. Ello amerita concentrar las energías en el logro de metas que forman parte del proyecto de vida, en aquellas realizaciones que elevan nuestra mente y espíritu. Devolver al universo una ofrenda por lo recibido. Por lo general, tenemos la tendencia a desviar la energía hacia realidades en los que intentamos controlar, evaluar o dirigir vidas ajenas.

La esencia del ser humano es el goce, el disfrute y la felicidad, el bienestar, todo lo contrario al sufrimiento. Sin embargo, en ciertos momentos de la vida le otorgamos tanto poder a otra persona al punto que lo que ésta haga o deje de hacer nos causa sufrimiento o pena. Esto es expresión de la distorsión que existe en nuestra mente acerca de las realidades o esferas que forman nuestra existencia. En este caso, el tener falsas ilusiones, no aceptar la separación amorosa, son cuestiones que evitan la liberación emocional, ya que te mantienen atado a un sentimiento o emoción que al no encontrar eco en la otra persona, crea frustración y dolor. O se convierte en una obsesión, que aleja o distrae a quien la experimenta de sus metas existenciales, de su proyecto de vida en general.

Otra explicación a lo antes expuesto es que, en ocasiones, nos dejamos llevar en la prolongación de la relación ante la ilusión de que se puede mantener la amistad. Pero, el apego trae mayor confusión de sentimientos y a la larga lo que hace es debilitar la posibilidad de dar continuidad o hacer la transición hacia una auténtica relación amistosa y fraterna.

La enajenación que se experimenta al pasar por un trance de frustración amorosa puede llegar a paralizarnos en nuestra vida social, conducirnos al aislamiento social, a episodios depresivos e, incluso, a otras reacciones patológicas que van debilitando nuestro ego y en una situación extrema, nos puede llevar al deterioro físico, mental y emocional e inclusive a la pérdida de la vida. Ante tal situación, se requiere nutrición mental, espiritual y física. Esto se toma su tiempo, ya que debemos iniciar la búsqueda de aquellos recursos internos y externos que nos motiven y nos lleven a retomar el control de nuestra vida.

La distorsión de la realidad y la programación negativa

El camino es construir una nueva realidad y encontrarnos a gusto con ella. Cabe destacar que la distorsión de la realidad y la programación negativa están asociados, como plantea Eric Fromm (1981), a que estamos programados para pensar el amor en términos de tener y no de ser. Dicha programación se expresa en que en uno o ambos integrantes de la pareja, predomina la percepción de la relación amorosa como expresión de un sistema o estructura de poder. En consecuencia, la relación es vivida como la búsqueda permanente de la posesión del otro y no como entrega de afecto, leal, sincero e incondicional.

En la programación posesiva las energías, lejos de dirigirse a la conquista de un espacio común que integre los intereses de los dos miembros de la pareja, se enfoca principalmente en la “invasión” del espacio vital del otro, sustentándose en estereotipos o concepciones que no tienen nada que ver con el reconocimiento y el respeto de la autonomía del ser humano. Por lo general, es propio de sociedades en la que los valores y la cultura democrática son débiles, en consecuencia, instituciones tales como la familia, la escuela y los medios de información, entre otros, tienden a reforzar relaciones humanas basadas en el control autoritario, la domesticación, la enajenación y la opresión.

En el caso de la separación o ruptura de la pareja, la programación posesiva hace que las personas muestren resistencia a aceptar tal separación. De ahí la distorsión de la realidad que ocurre en muchos divorcios o separaciones que después de profesarse públicamente grandes demostraciones de amor, durante la separación se convierten en los peores enemigos. La percepción posesiva en la relación de pareja tiene un impacto negativo en nuestras vidas.

¿Qué es lo que sentimos y hacemos cuando terminamos una relación amorosa?

En este punto, puedo destacar dos cuestiones, una, la tendencia a asumir una actitud de derrota o fracaso. La sensación

de pérdida puede llevar a la depresión y al sufrimiento. Pero, no se trata sólo de nuestras pocas fortalezas internas, el entorno social también lo propicia. Existe un mercado de consumo que se nutre del sufrimiento amoroso: la música, el cine, la publicidad, la prensa amarillista, cierta literatura de autoayuda, las telenovelas, entre otros, todos recrean y refuerzan ciertos estereotipos o conductas socialmente aceptadas, pero psicológicamente negativas. Este entorno es muy tóxico ya que tiende a victimizar, o a culpabilizar a las partes involucradas.

Y la otra cuestión es que en ocasiones la separación y/o divorcio no pone punto final a la relación amorosa, sino puntos suspensivos. Entonces, las reglas del juego que rigen la ruptura, trasmutan la anterior vida de pareja hacia una nueva relación, con mayor incertidumbre y conflictos.

Cada relación hay que ponerla en contexto. Pero no hay que llamarse a engaño, hay factores que condicionan una relación fraternal entre personas que ya se han divorciado. Se requiere que los integrantes de esta pareja rota sean personas independientes, con amor propio, honestidad y lealtad.

¿Qué pasa cuando no logran pasar la página de su relación anterior? Es probable que confundan sus sentimientos, y al estar juntos intenten recrear situaciones de su pasado juntos. En ocasiones, a uno de los involucrados les cuesta vivir el presente, el aquí y ahora. No admiten los cambios. Por tal motivo, pueden repetirse situaciones románticas, de celos, de peleas o desacuerdos. La relación tiende a volverse tóxica, por ende, no los deja avanzar en sus nuevas metas y proyectos de vida, especialmente en el plano amoroso.

Tomando en cuenta lo anterior, es probable que después de muchas lágrimas, rabias y desasosiegos, un día se tome conciencia de estar en medio de una relación tóxica en la que tienes que lidiar con el comportamiento narcisista o psicópata de tu ex y de sus posteriores parejas. A veces se guarda silencio ante el acoso o maltrato verbal, tratando así de restarle importancia. Sin embargo, los abusadores no salen de nuestras vidas hasta que decidimos confrontarlos, sin idealismos y sin victimizaciones. A veces, no se obtienen las respuestas esperadas, ni siquiera una disculpa, pero eso sólo puede interpretarse como una muestra de la falta de

empatía de esa persona a la que una vez le profesamos un afecto sincero o un gran amor.

Una excelente recomendación que nos hacen los terapeutas es que para *“poder ser libres, para vivir y relacionarnos mejor, necesitaremos sanar nuestra alma y nuestra mente, sabiendo siempre que tenemos capacidad de sobreponernos a todo”* (Stamateas, 2012). De ahí que lo indicado es asumir una *actitud vigilante y reflexiva*. No hay que ser conformista o permisivo cuando se trata de valorar o afrontar las relaciones interpersonales. Por tanto, si te das cuenta que estás involucrada en una relación mediocre, que da vueltas en un círculo vicioso, que sólo obtienes una respuesta timorata e indiferente, que no te conduce a ningún lugar; si eso no satisface tus parámetros en cuanto a una relación saludable y productiva, entonces decide poner distancia, sin discusión, sin ofensas, sin reproches. En forma breve, puedes exponer tus razones y decisión por escrito y mantener silencio verbal, si así lo deseas. No te disperses en largas y continuas argumentaciones tratando de mostrar tu punto de vista.

Si tienes la convicción de que estás en una relación que no te está dando ninguna ganancia, sino que te lleva continuamente a un estado de sufrimiento y descontento; si haces un balance y caes en cuenta que has hecho todo el esfuerzo posible por mantener una relación cordial, fraterna y solidaria con esa persona y aun así, nada resulta, no puedes permanecer postrada y dejar pasar el tren de la paz, de la tranquilidad y del amor. Comprende que es tiempo de dejar de sembrar en un terreno seco y contaminado que ya no rinde frutos.

Puedes consumir gran parte de tu vida peleando o continuamente descontenta con tus seres queridos hasta que todo cambia. Y eso sucede cuando las decisiones que tomes no estén movidas por el dolor, la ira o la tristeza. Liberarse de estas emociones y sentimientos negativos, permite ver la realidad bajo una perspectiva que te da mucha energía para afrontar los cambios que conducen a un estado de auténtica paz y felicidad.

Hay que revisarse

Volviendo a lo de la actitud reflexiva, para hacer una prospectiva de nuestra vida, hay que tener una mirada retrospectiva. *Volver al pasado para caminar en el presente y construir el futuro que queremos*. No es cliché. De mis lecturas continuas, una frase que quedó grabada en mi mente es la de: “*Hay que ir al pasado pero de visita*”. Es decir, para revisar lo que pasó y corregir en el presente. Suele pasar que perdemos mucho tiempo juzgando y evaluando a los otros, pero tememos hacerlo con nosotros mismos. Así que dediquemos mayor tiempo a conocernos y reconocernos.

Evitemos la culpa

La culpa nos lleva a sabotear nuestros vínculos o relaciones interpersonales. Pongamos el ejemplo: eres la hermana mayor y fuiste testigo del abandono constante del hogar por parte de tu padre, no sólo por razones de trabajo sino también porque vivía construyendo relaciones extramaritales paralelas. En ese contexto, te has pasado años escuchando el testimonio de sufrimiento de tu madre. Es posible que aparezcan situaciones vinculadas a la herida del abandono. No sería nada extraño entonces que en tu vida adulta, en tus relaciones de pareja se reproduzca un sentimiento de culpa, que se manifiesta en la privación. Y es probable que pases de una relación a otra (constantes separaciones o divorcios), sin saber por qué no puedes mantener una relación estable y feliz. Esa actitud aparentemente radical ante los problemas maritales, la poca disposición a luchar para encontrar soluciones o la huida, pueden ser formas de autocastigo, es la culpa la que habla por ti, la que te mueve a abandonar la arena de lucha, porque quizás no te sientes merecedora del amor y el éxito matrimonial que estuvo ausente en tu vida familiar, en la niñez y adolescencia.

Elaborar los duelos

La vida está hecha de pérdidas: muerte de seres queridos, hijos que se van de nuestras vidas cuando crecen o los que se van

antes de nacer, la pérdida emocional, las rupturas matrimoniales. Un elemento clave es lo que los terapeutas llaman el proceso de elaboración de las pérdidas. En ocasiones, el estilo de vida o el priorizar los compromisos familiares o laborales, impiden dicho proceso. En consecuencia, luego pasamos mucho tiempo recreando ese dolor, sin entender por qué seguimos sufriendo.

En mi caso, hubo muchos duelos. Perdí en forma trágica a dos hermanos, viví rupturas matrimoniales, pasé por la pérdida de embarazos que fueron de alto riesgo, me tuve que separar de mi única hija muchas veces por tiempo prolongado. Es indudable que esos fueron momentos de mucho dolor. Pero si ese dolor no se *“atraviesa”* no es posible curarlo. Y es necesario aprender a comunicarlo, expresándolo a las personas indicadas, sea un terapeuta, un amigo, un familiar o a alguien muy cercano. No buscar los atajos (de las fiestas, el alcohol, drogas, el trabajo, etc.). Guardar silencio sólo prolonga el sentimiento de dolor. Por ejemplo, cuando murió mi hermano mayor yo era una adolescente, un año menor que él. En ese momento lloré, lloré mucho. Aún recuerdo la lenta y dolorosa caminata con el féretro hacia el cementerio. Pude expresarme y dejar salir ese dolor. Pero años después, cuando también murió trágicamente otro de mis hermanos, el procesamiento del duelo fue diferente. Esta vez ya era una mujer adulta y tenía un bebé, recién comenzaba a trabajar. No tuve tiempo para salir de ese dolor, me integré de inmediato a la vida laboral e intenté de ese modo evadir lo que sentía.

Cada vez que el dolor toma fuerza, dejamos en pausa la construcción de una vida llena de placer, bienestar y felicidad. Al respecto, admito que muchas veces usé el trabajo y los estudios como mecanismos de evasión de la realidad. Creí que se trataba de seguir adelante, olvidando el dolor sin antes procesarlo. Pero, la tristeza y el dolor siempre aparecían. No hay fórmulas mágicas. Se debe buscar ayuda profesional. El objetivo principal es curar el alma y la mente. Construir relaciones sanas en todas las esferas de nuestra vida, lo cual implica dejar atrás la culpa y el dolor.

Hasta aquí he intentado describir en mi historia personal un sentimiento, una relación que al principio parecía genuina, pero a medida que se desarrolla, y aún después de la ruptura matrimonial, se va trasmutando en algo dañino. Destaco la necesidad de establecer límites, ejerciendo una actitud vigilante y

reflexiva. El cambio viene después de atravesar el dolor mediante la reflexión-acción. Por otra parte, reitero que la relación de pareja es un proceso que se construye desde un contexto de diálogo, solidaridad, amor, sinceridad y honestidad, por tanto no puede transitar a ciegas o bajo una supuesta incondicionalidad que se vuelve irreflexiva, hasta el punto de poner en peligro la integridad y la vida de quienes la integran.

PARTE II

MI VIDA DESPUÉS DE LA JUBILACIÓN

La crisis venezolana se llevó mis sueños. Comenzar de cero

Paralelo a mi vida amorosa, yo tenía una vida laboral que me gustaba, me hice profesional en Trabajo Social. A los 26 años ya estaba iniciando una carrera como docente universitaria. Convertirme en profesora de la misma universidad donde había cursado mis estudios significó un logro importante, aunque siempre lo sentí también como un desafío, ya que quería superarme y dar todo lo mejor de mí. Recuerdo que nunca dejé de usar mis pantalones de jeans ajustados y mi cabello suelto, entonces aparentaba menos edad de la que tenía, pero eso era a veces incómodo, pues los alumnos me decían que yo parecía una alumna. Las primeras asignaturas implicaban mucha supervisión de trabajo de campo. Había que ir a los lugares donde habitan las personas más vulnerables. Eran lo que en Venezuela se conocen como barrios, comunidades muy pobres, desasistidas, con mucha insalubridad y viviendas precarias. No obstante, el trato con la gente y sus atenciones eran gratificantes. Más allá de lo académico, y de las pautas teórico-metodológicas, epistemológicas y éticas que junto a los alumnos debíamos seguir, nuestra actitud tenía que ser amable, gentil y humilde con esas personas. Siempre pensé que necesitaba prepararme mucho, de ahí que la formación académica nunca la sentía suficiente para estar a la altura de esta misión trascendente, como lo es ser un educador.

A medida que me asignaban nuevas asignaturas o quería innovar las que ya había preparado, descubría lo mucho que tenía que aprender. Por eso, muchas veces prefería dejar un paseo a la playa u otra reunión festiva por quedarme en mi casa leyendo o estudiando, revisando el estado del arte en los temas que me tocaba exponer o discutir con mis alumnos. Por ende, en mi trabajo docente el camino más cómodo de elaborar unas láminas y tenerlas ahí para sacarlas cada semestre no era una opción para mí. Si de preparar una clase se trataba, me sumergía en una vorágine de contenidos que encontraba en forma digital o en textos de papel. Y luego me gustaba hacer mi propia síntesis de diferentes fuentes. A medida que hice mis estudios de postgrado fui ampliando mis conocimientos, especialmente dejé de ser sólo una docente para convertirme en investigadora. Eso me dio mayor seguridad en mi ejercicio docente. Fue así como elegí algunas líneas de investigación que aún hoy en día me siguen motivando. Temas como pobreza,

política social, salud, descentralización y, en general, la cuestión social en Venezuela, fueron focos de atención hacia los que incliné mi esfuerzo por conocer. Los escenarios de pobreza material estaban cerca: en la variedad de comunidades donde fui asignada como profesora de la asignatura de “Prácticas Profesionales de trabajo social”. De igual manera, la ciudad donde vivía y que me tocaba recorrer a diario era considerada de bajas condiciones socioeconómicas y la mayoría de mis alumnos provenían de hogares en esas condiciones. Pero en ese momento no me imaginé nunca lo que me tocaría vivir años después en mi país con respecto al gigantesco aumento de la pobreza, el empobrecimiento y las malas condiciones de vida.



1993: Panorámica de las condiciones físico-ambientales de un área urbana en Cumaná-Venezuela, escenario donde se desarrolló inicialmente el trabajo docente.

Muchas veces pensé cómo puedo escribir acerca de la pobreza en Venezuela; soy testigo y protagonista a la vez, soy una víctima también y es difícil sobreponerse y pensar desde otro lugar que no sea la sobrevivencia. Desde el año 2012 la situación social y económica del país fue cambiando, pero a partir del 2015 y hasta el momento que estoy haciendo este relato, la realidad es dramática. La llamada “*procura existencial*” del Estado casi ha desaparecido, ya que las políticas sociales se han sustituido por pequeñas transferencias monetarias focalizadas hacia los sectores y grupos

sociales más vulnerables de la población. El ciudadano común ha perdido el control de su *espacio vital*. Como parte de la crisis, al Estado le cuesta cada vez más garantizar dicha procura, y esto se ve reflejado en los bajos ingresos y en el suministro de servicios públicos básicos como agua potable, luz eléctrica y gas doméstico, que son esenciales para tener condiciones mínimas de subsistencia.

Comenzaba el año 2012 y yo anhelaba que llegara el mes de marzo para cumplir los veinticinco años de servicio. Había decidido jubilarme. Para ese entonces, mi carrera como docente universitaria estaba limitada y la de investigadora mucho más, debido a las restricciones financieras y a las debilidades institucionales que presentaba la institución universitaria en la que me desempeñaba.

Por otra parte, la motivación laboral se había agotado. El desgano y la apatía se habían apoderado de mí. A su vez, la matrícula estudiantil en las asignaturas había descendido bruscamente, las condiciones físico-ambientales en las aulas tampoco facilitaban el proceso educativo, los servicios estudiantiles y la seguridad social de los trabajadores universitarios estaban en declive. No obstante, yo seguía preparando mis clases y dando mi mayor esfuerzo en cada sesión. Los alumnos también mostraban una completa apatía y falta de interés por la asignatura. Un día hice una evaluación y una de las estudiantes me preguntó qué significaba una de las palabras que componían la pregunta escrita en la hoja del examen. Yo pensaba: si ni siquiera puede descifrar lo que dice la pregunta, ¿cómo va a encontrar la respuesta! Así era, yo me preparaba, buscaba información actualizada, sacaba fotocopia de los materiales de apoyo, los pagaba con mis propios recursos, hacía talleres, daba clases magistrales, pero el nivel académico que traían los jóvenes era muy deficiente. Ahora que lo analizo, me doy cuenta que no era algo personal, esa falta de comprensión que mis alumnos mostraban no era ajeno tampoco al estado de la cultura, propio de la época que vivimos. Mis alumnos estaban allí sentados escuchándome y sólo deseaban aprobar un requisito para obtener un título, era así de simple. Leer, interpretar o analizar y discutir, no formaban parte de sus hábitos de estudio. Así que la ley del mínimo esfuerzo imperaba en ellos y yo como docente estaba fatigada.

Se puede decir que en ese micro escenario del aula de clases se conjugaban las limitaciones del sistema educativo venezolano,

junto a un modelo político y económico en crisis y, a la vez, los cambios culturales típicos del nuevo paradigma dominante en el mundo. Esto último eran las señales del tiempo, tanto alumnos como profesores envueltos ahora en otros intereses, deseos y objetivos, en lo que el escritor Gilles Lipovestky hace unas décadas atrás denominó la sociedad del “*hiperindividualismo*” o sociedad de la *hipermodernidad*. Tendencias civilizatorias que llegaban a una parte del continente, a un país, a una ciudad y a una universidad previamente afectadas por una “*modernidad inconclusa*” y un “*Estado fallido*”. Sin embargo, estas categorías aparentemente abstractas eran tangibles en el espacio educativo y en la vida cotidiana de los venezolanos.

Al final del primer trimestre del 2012 me había jubilado como docente de la Universidad de Oriente (UDO), cuya sede principal está en la ciudad de Cumaná, en el oriente de Venezuela. Después de eso, me mantuve alrededor de cinco años literalmente encerrada en mi apartamento. Mi labor estaba truncada, quería seguir trabajando pero las circunstancias en la academia habían cambiado radicalmente. Recuerdo que un día preparé una ponencia para presentarla en un congreso internacional. El funcionario encargado de aprobarme los viáticos y pasajes para asistir al evento académico me dijo que el monto que yo estaba pidiendo era el equivalente al presupuesto de todo el año del departamento de investigación universitaria que él dirigía. Me devolví desilusionada. Era una clara señal que paulatinamente las funciones esenciales de la universidad estaban desapareciendo.

Cabe destacar que la jubilación se produjo en condiciones completamente distintas a las décadas anteriores, ajena a lo que debía ser un período de descanso, del disfrute del pago justo de las prestaciones sociales y de los beneficios de la seguridad social. El profesor universitario venezolano se empobreció tanto que empezaron a aparecer en las redes sociales los casos de colegas que no podían cubrir sus necesidades básicas (no tenían calzados, ni la vestimenta adecuada, así como tampoco el dinero necesario para pagar el transporte a su lugar de trabajo).

Mis primeros años de jubilada fueron entonces de encierro forzado, atrás quedaron los sueños de viajar y seguir investigando. Pero esto último era algo nimio comparado con la lucha diaria ante problemas como la inseguridad personal, la mala nutrición,

el alejamiento de mi núcleo familiar, la escasez de bienes e insumos de primera necesidad y otras situaciones que hacían desafiante la vida cotidiana y que afectaron notablemente mi estilo de vida. Por ejemplo, en el período 2016-2017, uno de los problemas más visibles fue la escasez de alimentos y medicinas. Mi tiempo de ocio transcurría en el sofá de mi apartamento, con la vista puesta en algunas series de televisión. Era como estar presa, pero en mi propia casa, ya que tampoco podía viajar a visitar a mis padres ya que la idea de montarme de noche en un autobús me daba terror, porque hubo un momento en el que la delincuencia asaltaba con frecuencia las unidades de transporte que viajaban de noche.

En ocasiones, un problema se unía a otro para convertir la vida cotidiana en una verdadera calamidad. Por ejemplo, tuve que privarme de usar mi vehículo ya que continuamente se quedaba averiado en la calle. Ante la escasez y el alto costo de los neumáticos y otros insumos, no tuve otra opción que dejarlo guardado en el estacionamiento del edificio donde vivía. Pensaba que estaba en un lugar seguro, nunca imaginé lo que pasaría después. Una mañana muy temprano sonó el celular y respondí toda extrañada, era una de mis vecinas que me avisaba que debía ir a dicho estacionamiento. Bajé las escaleras al sótano y me encontré con la grotesca imagen de mi carro torcido y desvalijado. Le habían robado tres neumáticos y forzado la parte delantera de la carrocería, tratando de robarse también la batería. Lo más curioso del caso es que este incidente ocurrió estando el carro muy cerca de donde se encontraba el personal de vigilancia del conjunto residencial. A estas alturas, ya tenía paranoia y desconfiaba de mucha gente cercana. Las autoridades policiales vinieron, cruzaron unas palabras conmigo y se fueron. Ni siquiera tomaron huellas dactilares ni revisaron el auto. Por su parte, los vigilantes del condominio armaron su versión de los hechos. No creía en sus palabras, pero no hubo ninguna investigación posterior al delito. Todo parecía indicar que debía resignarme y aceptar los hechos. Yo tenía que ir en los siguientes días hasta la sede del cuerpo policial a rendir declaración. Sin embargo, por esos días no había dinero en efectivo, ni siquiera para movilizarse en el transporte público, por tanto, no pude salir de mi casa y el robo quedó impune. Para ese momento era común este tipo de actividad delictiva e incluso se sospechaba que algunas bandas delictivas tenían conexión con residentes en el vecindario. Lo más grave eran la impunidad y la falta de atención de las autoridades competentes.

A su vez, el año 2017 pasará a la historia de Venezuela como uno de los más desafortunados ante el clima de violencia política-social y la total falta de entendimiento entre el gobierno y la oposición. Cada uno de estos bandos siguió adelante en el cumplimiento de sus respectivas agendas políticas. A finales del mes de marzo, el Tribunal Supremo de Justicia (TSJ) dictó dos sentencias en las que se dictaminaba que la Asamblea Nacional (AN) -para ese momento vigente y electa por el voto popular- estaba en desacato y que sus integrantes ya no tenían inmunidad parlamentaria, dejando a este organismo sin poder para seguir cumpliendo sus funciones. Acto seguido, dicho tribunal reglamentó la creación de un nuevo cuerpo legislativo denominado “Asamblea Nacional Constituyente” (ANC), cuyas elecciones se realizaron el 30 de julio de ese mismo año. Cabe destacar que las decisiones del TSJ generaron uno de los mayores climas de violencia política que se haya visto en el país en las últimas décadas. De acuerdo a investigaciones realizadas, en el período abril -agosto de 2017 se estimó un saldo de 127 muertes y miles de personas heridas (Llorens, 2018). La ciudad de Caracas fue al inicio el epicentro de las protestas, pero después se generalizó al resto del país. Recuerdo haber participado en una de las manifestaciones de aquellos días, luego vino el toque de queda, el miedo, la represión, todo era un caos. El panorama era desalentador: un joven dirigente que vivía cerca de mi residencia resultó muerto en esos incidentes, no teníamos comida debido a la escasez, ni tampoco podíamos salir de nuestras residencias. La situación era muy tensa. Se formaron barricadas por los alrededores del conjunto residencial, los vecinos subieron a las azoteas de los edificios. Desde allí, un grupo de jóvenes encapuchados se enfrentaba a otros grupos que se decían eran paramilitares. A veces había que salir de los apartamentos por el olor de los gases lacrimógenos. Por esa época era común el uso de armas de todo tipo. Un día descubrí un orificio de bala en la ventana de mi apartamento, eso me dio mucho temor. No tenía idea como había sucedido.

El 16 de julio asistí a un referéndum consultivo que había sido llamado por las fuerzas opositoras para fijar posición con respecto a la anunciada medida del gobierno de crear una nueva ANC. Se calcula que unos 7 millones de venezolanos votaron en contra de esa decisión. Sin embargo, ese proceso electoral y sus resultados no fueron reconocidos por las autoridades del poder electoral. De ahí en adelante, y a pesar de las protestas, saqueos, barricadas y

múltiples detenciones, lesionados y pérdidas humanas, el gobierno siguió adelante con su agenda electoral. Se celebraron los comicios para designar los integrantes del nuevo parlamento nacional, el cual se instaló en el mes de agosto de ese año. Posteriormente, se realizaron elecciones municipales y regionales en las que el partido de gobierno resultó victorioso y con el dominio absoluto de las gobernaciones y alcaldías.



Marcha popular en la ciudad de Cumaná. Año 2017.



Llegada de la concentración popular. Cumaná, 2017.



Estudiantes y profesores universitarios protestando.
Cumaná. 2017.

A principios del 2018 continuaba la escasez de insumos de todo tipo, tampoco había servicio de transporte y dinero en efectivo, así que era muy complicado resolver la vida cotidiana en el país. La dinámica de la ciudad cambió y con ello toda la vida citadina. El comercio estaba paralizado y los pocos establecimientos que quedaban activos habían modificado su funcionamiento. Los supermercados con sus anaqueles vacíos, restaurantes cerrados. Las personas en la calle parecían zombies, cabizbajos, con su andar lento, rostro demacrado y cuerpo muy delgado. Por aquellos días, en mi caso, se volvió común esta rutina: recorrer a pie varias cuadras desde el edificio donde vivía hasta llegar a un antiguo restaurant chino que ahora sólo vendía unas pelotas de masa elaboradas con harina de maíz, lo cual se usaba para fabricar las típicas arepas venezolanas. Después de comprar este producto, el siguiente paso era ir al mercado municipal. No había transporte público, así que había que pasar muchas horas en las paradas de autobuses para meterse en una de las pocas unidades que aún quedaban en circulación. Yo me vi obligada a hacerlo, íbamos como sardina en lata, el hacinamiento allí adentro era agobiante. No obstante, para mí era preferible esta opción antes que los nuevos “transportes” públicos, éstos últimos eran unos camiones de carga, con barandas e improvisados asientos, los pasajeros iban en la parte trasera como si fueran cerdos o reses al matadero.

Por los alrededores del mercado municipal se veían muchos buhoneros, algunos expendedores de pescado con su carga en las llamadas carretillas, dispuestas en forma de hileras por el borde de la avenida. La insalubridad era total, aguas negras estancadas, moscas, alimentos al aire libre junto a la contaminación y, a su alrededor, los perros con sus esqueléticas anatomías llenas de sarna. Pero aquel panorama había pasado a un segundo plano. Era una carrera contra el tiempo, contra el hambre. El sol era inclemente, el pescado se dañaba y los vendedores le rociaban con el agua de sangre que estaba en el fondo de la carreta. Yo me enfocaba en las ventas de sardinas o arenques (los “quita ruidos” como le llamaba la gente), que por su bajo precio, era uno de los pocos rubros alimenticios accesibles a la mayoría de la población. Compraba varios kilos y no permitía que los limpiaran en ese sitio. Ya había observado que los expendedores sacaban las vísceras del pescado en plena calle, al lado de la suciedad y aguas negras que la rodeaban.

De regreso, metida en el autobús, iba pendiente de todo, la ciudad estaba vibrante, el sol resplandecía en la piel de la infinidad de personas aglomeradas en los alrededores de los supermercados y otros comercios, intentando comprar algún tipo de alimento. Eran filas interminables. Aquellas miradas tristes y perdidas se quedaban grabadas en mi mente. Definitivamente, yo no quería estar ahí. Pernoctar en esos sitios o salir muy de madrugada para tener posibilidad de comprar era impensable. Algo dentro de mí se resistía, era como el último bastión de dignidad que luchaba contra mi propio deseo de sobrevivir.

A estas alturas, ya se me habían ido agotando los argumentos para no salir del país. De ahí que cuando mi hija me lo volvió a proponer, esta vez le dijo que sí. Llegó el mes de abril y recibí la visita de su novio, ella lo había enviado con el propósito de que me acompañara en el viaje a Ecuador. En los días previos a ese viaje, los dos salimos a sacar unas fotocopias de la documentación de los dos perros salchichas que también viajarían con nosotros. Después de esperar un largo rato, en una de las principales avenidas de la ciudad, nos dimos cuenta que no había transporte, así que decidimos regresar a pie. Veníamos charlando muy desprevenidos acerca de la situación del país. De pronto, dos hombres se abalanzaron contra nosotros. No sé de dónde salieron, todo fue muy rápido, uno de ellos nos apuntaba con un arma de fuego, de inmediato y bajo amenaza de muerte, nos obligaron a entregar las carteras, el bolso y los celulares. Yo tuve dudas y seguí por unos segundos abrazando mi cartera, hasta que escuché la voz de mi amigo que me dijo: "*Señora Irey, entregue la cartera*", fue casi como una súplica, en ese instante me di cuenta que estaba arriesgando nuestras vidas. Acto seguido, después de arrancarnos nuestras pertenencias, los antisociales emprendieron la huida en un vehículo que los esperaba en la calle transversal.

Aturdidos y asustados, comenzamos a caminar hacia una redoma en la que estaban alrededor de unos diez policías, le contamos lo sucedido, los agentes del orden escucharon, pero no hicieron nada y nos enviaron a la sede de un centro policial que quedaba unas cuadras más adelante. Pero en ese lugar ni siquiera nos dieron acceso. Nos dijeron que ellos eran una brigada antisequestros y no les correspondía este tipo de casos. Ahí decidimos marcharnos. Estábamos cerca de nuestra casa, comencé a llorar, de pronto recordé que no tenía llave del apartamento,

ni cartera, ni documentos, ni dinero, me preguntaba cómo iba a entrar a mi residencia. Luego de este lamentable episodio y una vez que pude resolver lo del acceso a mi apartamento, estaba muy asustada. Por las noches, bloqueaba la puerta principal con objetos pesados, ante cualquier ruido me levantaba y corría hacia ese sitio, pensaba que el ladrón tenía llaves de mi hogar y podía regresar.

Fue así como tomé la decisión de salir del país, a formar parte de lo que se ha calificado como la “diáspora” venezolana. Uno más de los tantos millones de ciudadanos que se vieron forzados a vivir esta experiencia de convertirse en migrantes. La diáspora no se inicia en el exterior, se gesta en tu propio país, cuando el desplazamiento, la exclusión, el ataque delictivo, la inseguridad, la precariedad económica, la ausencia de ciudadanía y otra variedad de problemas de distinta índole terminan por hacerte sentir que estás viviendo una realidad bastante diferente a la del país que conociste unos años atrás.

Antes de seguir este relato personal quiero hacer un paréntesis breve sobre mi perspectiva acerca de la situación venezolana. Para ello hago alusión a las posibilidades de movilidad social que tuve en mi juventud y es inevitable comparar con la etapa actual. Nací al inicio de los años sesenta, pasé mi infancia en un área rural que para esa época muchas viviendas, entre ellas la mía, no tenían servicios básicos como luz eléctrica, aseo y agua potable. Mi papá era un obrero de la construcción y el único proveedor de la familia. En esos tiempos el ingreso sólo alcanzaba para una vida muy modesta. No obstante, en los años setenta, con muchos sacrificios culminé mis estudios de bachillerato. Cabe destacar que nuestra casa quedaba lejos de la entonces carretera principal vía Coro-Punto Fijo, separada por una amplia laguna natural. La escuela estaba como a media hora de camino. Cuando llovía nuestra madre nos amarraba unas bolsas plásticas en los zapatos para así protegerlos del lodo, era la única forma de evitar que nos hundiéramos en ese fango presente camino a la escuela. Recordar ese detalle me conmueve porque mis padres son personas muy humildes, prácticamente eran analfabetos funcionales, pero tenían claro el valor de la formación educativa.

Mi madre no estudió, apenas lee y escribe pero ella sabía la importancia del estudio y nos apoyó a mis hermanos y a mí en el difícil proceso de formación académica en esa época. Ella nos

contaba algunos eventos que nos aproxima a las condiciones de pobreza crítica que rodearon su infancia y etapa juvenil. La vivienda era un rancho de bahareque, sin ningún tipo de servicios básicos, dormía en el suelo y a veces apenas comía una pequeña ración de arepa de maíz que le daban sus abuelos. En ocasiones, esa ración llegaba luego que el abuelo había hecho el recorrido con un burro hasta Coro, haciendo algún trueque para traer provisiones. Mi madre aprendió la lectoescritura reciclando pedazos de lápices entre la basura. Su vida cotidiana en ese entonces retrata las precarias condiciones de vida en la geografía paraguana. Los incipientes signos de “modernidad tardía” no llegaron para ella, ni tampoco para sus abuelos, los cuales vivieron o, mejor dicho, sobrevivieron a semejantes carencias. Visto así, aunque mi mamá no lo sabía, su actuación con respecto a la educación de sus hijos fue clave para romper la continuidad de este círculo de pobreza estructural.

Darle continuidad a mis estudios a nivel secundario también fue algo complicado. En aquel entonces no había centro educativo de ese nivel en el pueblo donde vivía. Por tal motivo, cursé el primer año en un internado de tipo agropecuario, dirigido por una monja. El colegio era de la red educativa “Fe y Alegría”. Pero fue una experiencia desagradable ya que allí se encontraban muchos niños y jóvenes de mal comportamiento. Yo tenía apenas 12 años y era la primera vez que estaba lejos de mi casa por tiempo prolongado. No obstante, pude terminar el año escolar. Para el año 74 apenas se estaba iniciando la creación de liceos o centros de educación secundaria en los pueblos más grandes del estado Falcón. Fue así que en los años siguientes pude estudiar en el recién creado Liceo “Josefa Camejo” de la población de Santa Ana, en la Península de Paraguaná. Este centro educativo me quedaba a varias horas de camino y no había servicio de transporte directo a esa zona. Había un autobús que venía de Coro y pasaba por la intercomunal hacia la ciudad de Punto Fijo, ese era el único vehículo que podía tomar bien temprano, para que luego me dejara a medio camino en un sector llamado “La Vía Santa Ana”, allí me detenía a esperar otro autobús que venía en sentido contrario, es decir, de Punto Fijo, y se dirigía hacia Santa Ana donde estaba ubicado el centro educativo. La jornada educativa terminaba un poco después del mediodía, pero a esa hora conseguir transporte era mucho más difícil que en horas de la mañana, por ende, el regreso a casa se hacía muy pesado. Había que pararse a la orilla de la carretera a pleno sol y esperar. Algunos

compañeros más extrovertidos pedían aventones o “colas”, como le decíamos nosotros, pero yo no me atrevía, era muy tímida y me daba temor porque mis padres me advertían que no me montara en carros con personas desconocidas. Así que yo siempre esperaba el autobús, llegaba a casa avanzada la tarde y estaba muy cansada. Esa misma situación hizo que me cambiara de liceo. Me mudé a la ciudad de Coro y me quedé en casa de mi abuelo materno para culminar los dos años que me faltaban. Para 1978 culminé el bachillerato y a principios de 1979 ya estaba matriculada en la Universidad de Oriente en la ciudad de Cumaná. Estaba a unas quince (15) horas de distancia de mi hogar materno.

Para mediados de los ochenta (la llamada “década perdida”) ya tenía una carrera universitaria culminada y un año después ostentaba un cargo de docente universitaria a dedicación exclusiva. En mis veintiséis años de vida ya tenía el trabajo como docente y me había convertido en madre de mi primera y única hija. En los años noventa realicé un postgrado y fui desarrollando mi carrera profesional, gozaba de seguridad social y había alcanzado un nivel de movilidad social a pesar de los problemas que ya estaban presentes en la economía venezolana. Incluso con mi estatus profesional en los inicios del nuevo milenio alcancé a comprar mi propia vivienda, cambié de vehículo e hice nuevos estudios de postgrado. Debido a estos logros, ésta debería ser una historia de superación personal que culmina de manera exitosa, pero como es del dominio público, en los últimos veinte años hay un punto de quiebre que trastoca la vida de todos los venezolanos, lo cual se expresa en los eventos de violencia política, crisis socioeconómica, inseguridad personal y falta de gobernabilidad que ya he mencionado, de los cuales he sido testigo y protagonista. Muchas situaciones que hemos vivido en los últimos años en mi país hacen pensar en una parálisis de la movilidad social, en un retroceso que nos recuerda a las condiciones de pobreza que años atrás vivieron nuestros padres y nosotros mismos. Es evidente que la crisis social se ha profundizado, echando por tierra todo el esfuerzo familiar para romper el círculo de pobreza antes mencionado.

La pobreza en Venezuela: crisis y pandemia

Venezuela tiene la particularidad de que en los últimos treinta años se intentaron aplicar dos modelos económicos radicalmente

opuestos, al menos en el discurso o narrativa de los gobernantes eso era lo que se proyectaba. Primero, cuando la crisis o agotamiento del modelo político populista del llamado “Puntofijismo” era ya evidente, surgió la propuesta de las políticas de ajuste económico de corte neoconservador (eso sucedió en la década de los noventa) y, segundo, a partir de 1999, en sustitución de dichas políticas, se impulsó el proyecto de la llamada “Revolución Bolivariana” o “Socialismo del siglo XXI”. No obstante, se puede afirmar que ambos modelos fracasaron, tanto las políticas de apertura a una economía de mercado (que intentaron aplicar reajustes según recetas de organismos multilaterales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional), como también las políticas provenientes del proyecto socialista que se inició a principios del nuevo milenio con el fallecido expresidente Hugo Chávez Frías y que mantuvo continuidad con Nicolás Maduro.

En la investigación de tesis doctoral que presenté en 2007 en la Universidad Central de Venezuela, estudié el caso venezolano durante el segundo período de gobierno del Dr. Rafael Caldera y los inicios del gobierno de Hugo Chávez Frías. En ese trabajo mi foco de estudio fueron los programas sociales contra la pobreza. En dicho estudio mantuve una perspectiva crítica ante los magros o nulos resultados sociales presentados por los planes económicos de orientación neoconservadora aplicados durante los segundos gobiernos de los expresidentes Carlos Andrés Pérez y Rafael Caldera (“El Gran Viraje” y “Agenda Venezuela”) en la década de los noventa. Por distintas razones, la discusión final de esta tesis de grado se retrasó y, antes de finalizar, ya estaba en auge el gobierno de Chávez, de ahí que le dediqué también un capítulo en dicha tesis a las llamadas “misiones sociales” del primer gobierno chavista. Es conocido que desde el 2003 se crearon muchos programas sociales contra la pobreza y, para el año que terminé mi trabajo de grado, el panorama venezolano era distinto al de hoy en día. En aquel momento la bonanza petrolera permitió el aumento de la inversión social, pero en lo que respecta a la aplicación de la política social, que era mi principal objeto de estudio, ya se veían muchas inconsistencias en la gestión social del nuevo proyecto revolucionario. Por ejemplo, a pesar del incremento de dicha inversión, se reprodujeron muchos de los clásicos problemas, en lo teórico-metodológico, en la gestión social, en la falta de transparencia y efectividad para evitar la corrupción y el uso político-ideológico de los recursos públicos.

Para cualquier investigador de la realidad venezolana estas preguntas saltan a la vista: ¿Por qué no tuvieron éxitos las políticas económicas ensayadas en los últimos gobiernos, cada una desde perspectivas ideopolíticas distintas? ¿Por qué, lejos de superar la pobreza, ésta fue en aumento hasta el punto de sumergir al país en una crisis tan grande que hoy se califica como “crisis humanitaria”? ¿Por qué la fórmula del Banco Mundial contra la pobreza no funcionó, pero, más de dos décadas después, aquellos que criticaron férreamente dicha fórmula también fracasaron? Son interrogantes que están en el debate hoy en día. Han pasado ya dos décadas de este nuevo milenio, Venezuela sigue en una crisis de grandes magnitudes, el principal factor que sostiene el mercado de trabajo y la asistencia social es el gasto público. Las formas de intervención del Estado son el empleo en la administración pública, algunos subsidios y las transferencias monetarias directas a ciertos sectores de la población. El monto de este gasto es desconocido, así como los criterios técnicos para su distribución. La falta de información oficial tampoco permite construir respuestas a estas preguntas. Investigar y/o publicar, mucho menos exigir rendición de cuentas, puede ser considerado un delito o tipificado como traición a la patria.

En lo personal, desde el 2014 dejé de asistir a eventos académicos con recursos propios. Después de mantener una ardua labor de seguimiento de las políticas sociales en Venezuela, elaborar artículos científicos y ponencias para su discusión en dichos eventos, mi tarea como investigadora se paralizó. Justamente, ocurrió porque el país comenzó uno de sus peores momentos, la falta de gobernabilidad aumentó debido al enfrentamiento entre las fuerzas políticas del gobierno y las de la oposición. Para ese momento, ambos sectores mantenían cuotas relativas de poder, el llamado gobierno chavista controlaba el manejo de las finanzas públicas y de la administración de los poderes públicos, así como sostenía importantes alianzas con dos ejes de poder mundial como Rusia y China. Por otra parte, las fuerzas opositoras mantenían cercanía política con EE.UU y otro grupo de países aliados, intentando mantener un gobierno paralelo, apoyando las sanciones financieras y políticas contra Venezuela por parte de este otro eje de poder geopolítico. Para algunos investigadores la naturaleza de esta crisis es institucional y política, pero principalmente económica, debido a una “*recesión y reducción sostenida de la producción petrolera*”, intensificándose a partir del 2013, es decir, antes de la

imposición del llamado “*bloqueo económico*” por parte de EE.UU y otros países (Ávila, 2018). Sin embargo, para el gobierno del presidente Nicolás Maduro los problemas que presenta Venezuela son el resultado de las medidas de bloqueo económico impuestas por Estados Unidos.

Durante estos años de alejamiento del ámbito universitario, siempre mantuve la ilusión de volver. De hecho, en plena pandemia me arriesgué y regresé a vivir a mi apartamento, pero me encontré con la terrible e insólita realidad que la sede de la Universidad de Oriente, aquí en Cumaná, lo que yo siempre consideré como mi segundo hogar, estaba completamente destruido. Las imágenes de la destrucción de las instalaciones y del saqueo del otrora hermoso campus universitario son dantescas. No se sabe si fue el hampa común, pero lo cierto es que fue un ataque sistemático y ahí, donde antes había laboratorios, oficinas equipadas, áreas verdes, salones de clases, ahora sólo quedan muchos escombros y basura. Este campus quedó desolado e inhabitable. Hasta las paredes fueron destruidas por manos criminales amparadas en la impunidad. Pero esto no llegó hasta allí, un día salí a caminar con una vecina por el centro de la ciudad y escuchamos la historia de cómo uno de los pocos museos que estaban en esa zona también había sido saqueado y destruido. Me di cuenta que este ataque delictivo contra la institucionalidad pública está fuera de control. Me siento en la orfandad académica, pienso en la juventud que está en proceso de formación, ¿qué esperanza tienen ahora? Pero no debemos claudicar, la educación y la formación son pilares del desarrollo social, de ahí que a Venezuela le espera un largo proceso de reconstrucción nacional.

A lo anterior se une el panorama sociopolítico de absoluta polarización y falta de gobernabilidad junto a las medidas de bloqueo económico, las fallas de las políticas públicas y el fracaso de la intervención del Estado por parte de quienes comandan el gobierno conocido como “socialismo del siglo XXI”. Una consecuencia de esta crisis es la parálisis en materia de inversión productiva, creación de empleos y de riqueza, factores necesarios para enfrentar de forma eficiente el empobrecimiento y la pobreza crítica en el país. A su vez, el desmantelamiento progresivo del aparato industrial se intensificó en el presente milenio, en el año 2018 ya se tenía una reducción aproximada del número de empresas a 2.500 de una cantidad aproximada de 12.700 que existían en el

año 1997. De igual manera, para ese mismo año, el salario mínimo se redujo a 8,8 Bs. S/\$ en términos reales internacionales, mientras que el empleo informal creció a 45,2% y la desocupación formal llegó al 54% (Lauriño, 2020).

Esta situación caótica y los problemas que he descrito antes, son una expresión de cómo el Estado se ha ido reduciendo en su capacidad para regular e intervenir mediante las políticas públicas los distintos ámbitos de la sociedad venezolana. Algunos lo califican como un “*Estado fallido*”. En su lugar, han tomado fuerza otras esferas caracterizadas por el manejo irregular de los bienes públicos, aumento de los negocios ilícitos, la acción impune de mafias y otros grupos delictivos. Por ejemplo, en el año 2021 se visibilizó en las redes sociales los enfrentamientos armados de bandas delictivas en plena autopista de la capital del país, las que luchan por el control del territorio en el oeste de Caracas, así como también, entre grupos irregulares y militares venezolanos en la frontera colombo-venezolana. Cuestión que trajo mayor inseguridad ciudadana, pérdidas humanas y aumentó el desplazamiento forzado de la población por los conflictos armados en estos lugares.

Una de las variables transversales en estos conflictos es la pobreza que, según una encuesta realizada por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) acerca de las condiciones de vida en el período entre noviembre de 2019 y mayo de 2020, afectó a un 96% de hogares. Aunado a ello, la hiperinflación en el período 2019-2020 alcanzó el 3.356%, la caída del PIB alcanzó un 70% entre 2013-2019, mientras que el ingreso promedio diario de los venezolanos fue de apenas 0,72 centavos de dólar (UCAB, ENCOVI, 2019). Por otra parte, no hay que olvidar que la pobreza es un fenómeno multifactorial, complejo, cuyas estrategias de solución deben considerar las diversas realidades de cada contexto sociocultural. Como lo he mencionado antes, en nuestro país las fórmulas homogéneas presentadas tanto en las narrativas neoconservadora de los años noventa como la versión revolucionaria en este nuevo milenio, lamentablemente no dieron el resultado prometido. Ante esta realidad, es perentoria la tarea de realizar nuevos diagnósticos que conduzcan al diseño de soluciones acordes a la dramática realidad que vive Venezuela en este nuevo siglo. Paralelamente, hay otros problemas colaterales que condicionan tales soluciones, entre ellas, una parte importante de la fuerza laboral calificada se ha ido del país. La fuerza laboral que aún queda tiene en su mayoría

empleos precarios, el nivel de salarios, como ya señalé antes, y su calidad, son muy bajos. Las condiciones del aparato productivo para ofrecer empleos de calidad y, a la vez, contribuir a la creación de riqueza social están muy comprometidas.

La salida de Venezuela: de cómo me convertí en migrante

“La migración está sujeta a un momento histórico, a la incertidumbre y la fragilidad de la existencia humana...” (Oliveros Rojas, A.R., Monasterio González, D.M. & Ortigoza de Durán, T.J. (2025).

A inicios del 2018 lo que había hecho era aplazar ese “*momento histórico*”, resistí el período crítico 2015-2017 no por valentía sino por temor a salir. Sin embargo, tenemos límites como seres humanos. Pasar semanas o meses consumiendo únicamente tres tipos de alimentos (arepa, sardinas y frijoles). Y no sólo por la baja disponibilidad sino por los obstáculos que debía superar para satisfacer una necesidad tan básica como es la alimentación. Entonces era predecible que no podía seguir postergando la salida del país. Tiempo después escuché testimonios de las estrategias de sobrevivencia en ese período crítico. Así surgió una nueva gama de “alimentos y bebidas”: café en distintas variantes (de maíz o arroz tostado y quemado; de plantas de origen desconocido), concha de plátano en tiras que en forma de guiso intentaban simular la carne de res desmenuzada, arepas de yuca y plátano, entre otros. Ante este cambio tan drástico en el estilo y condiciones de vida, las penurias dejaron huellas visibles en la gente. Sus anatomías lucían esqueléticas, la mirada triste y perdida y el andar como un zombie. Pasamos hambre y muchas necesidades. Y las secuelas, que a simple vista no se ven, son dramáticas. Tengo una anécdota familiar: estaba en Cumaná y me enviaron una foto de un hermano, al principio no lo reconocí, estaba muy delgado y envejecido, en poco tiempo había bajado unos 20 kgs de peso. Esa noche lloré mucho de tristeza e impotencia.

En 2018 salí de mi país con apenas lo necesario, eso sí, mis títulos universitarios los llevaba abrazados y los dos perros salchichas que por años habían sido mis fieles compañeros. El grupo estaba integrado por tres personas y la pareja de perros. Ahora estaba más

decidida a dejar Venezuela. No recuerdo si logré dormir la noche anterior, todo era incertidumbre, yo no sabía cómo iba a terminar aquella aventura. Ahora que lo pienso, aquellos asaltantes antes del viaje vinieron a ponerme todo más complicado de lo que ya era. El poco dinero en efectivo que había podido reunir para el viaje por el territorio nacional se lo habían llevado los ladrones y, junto a ello, mi documento de identidad. Mi otro compañero tampoco tenía solvencia económica para ayudarme. Tuve la suerte de haber dejado en el apartamento mi tarjeta de débito y otra cedula de identidad, era lo único que me quedaba, pero ya no teníamos teléfonos celulares para realizar las transferencias monetarias durante el viaje, que era el único mecanismo de pago utilizado en ese momento. En esos días, la modalidad de pago en el transporte público era mediante operaciones digitales hechas con el teléfono móvil. Tuvimos que pedir ayuda para que durante los distintos transbordos nos hicieran dichas operaciones. De ese modo salimos del oriente del país y llegamos a Caracas. Los perros iban en el piso del carro. Al más inquieto le habíamos dado un sedante. Desembarcamos y nos montamos en otro carro con destino a la ciudad de Valencia.

Llegamos casi a media noche a Valencia. Recuerdo que entramos al terminal de pasajeros, una parte del otrora hermoso centro comercial llamado "*Big Low Center*", el ambiente allí reinante realmente daba miedo, ahora era un sitio oscuro, por la falta de iluminación lucía tenebroso, casi todos los establecimientos comerciales estaban cerrados. Yo tenía hambre y fui al único sitio que vi abierto, parecía una panadería, pero los estantes mostraban muy pocos productos a la venta. No tenían punto de venta, así que no pude comprar nada. Ir al baño fue otro desafío. Los sanitarios quedaban bastante apartados del lugar donde había mayor iluminación, así que me puse alas en los pies e hice todo muy rápido. El lugar era deprimente, carecía de iluminación y sentía que en algún momento un antisocial iba a atacarme. Por fin, logramos montarnos en el único transporte que a esa hora estaba saliendo para nuestro destino que era San Antonio del Táchira. Nos ubicamos en los últimos asientos del bus. La espera fue larga, la ansiedad se apoderaba de mí. Las horas transcurrieron y el autobús no arrancó en el tiempo prometido. Poco a poco empezó a entrar gente, eran pasajeros que no tenían asientos y por tanto se sentaban en cualquier lado, incluso en el piso del vehículo. Todo era caótico. El único consuelo que tenía era que ya estaba montada

allí y en algún momento debía arrancar. Me decía a mí misma que fuera paciente. Este escenario solía ocurrir con mucha frecuencia. Las líneas de transporte suelen ofrecer unas pautas de servicio y después que el pasajero paga y se encuentra dentro de la unidad, cambian radicalmente las reglas del juego y te someten a todo tipo de incomodidades y retrasos. En caso de reclamo te amenazan con bajarte del autobús. Creo que pasaron más de dos horas en medio de ese desorden interno. Una señora mayor y una chica con trastornos mentales se sentaron en los únicos asientos vacíos que quedaban al lado nuestro. La jovencita quedó pegada de mí, me hacía muchas muecas y de su boca brotaban sonidos extraños. Eso hizo que durante gran parte del viaje llevara el cuello estirado hacia el lado contrario; con el paso de las horas ella se quedó dormida en mi hombro.



El grupo con el que partí a Ecuador a inicios del 2018.

Cuando al fin el bus arrancó, no había espacio libre por donde desplazarse. Menos mal que no sufro de claustrofobia. Me encomendé a todos los santos y deidades en los que deposité mi fe y les supliqué que nos llevaran con bien hasta la frontera. En el trayecto era imposible relajarse por unos minutos. Cada cierto tiempo se encendían las luces, el bus se detenía y aparecían los funcionarios militares, era la clara señal de que estábamos en un puesto de control, las famosas alcabalas, tan conocidas en Venezuela por sus prácticas de revisión de equipaje y cobro indebido de peaje. Yo había escuchado tantas historias al respecto. Que a las mujeres las metían en unos cubículos y las hacían desvestirse, le registraban

todas sus pertenencias y algunas veces hasta le quitaban sus objetos personales u otros artículos que ellos quisieran. En fin, este era uno de mis tantos temores. Es por ello que llegado ese momento, estaba muy tensa. La carga del bus se había aligerado por el camino. De ahí que los guardias se desplazaron hasta el final de la unidad. Ya no sé ni cómo, la viejita y su hija trastornada se habían convertido en sospechosas de ser “mulas”, ya que viajaban sin ningún tipo de equipaje. Se escuchaban los murmullos de los pasajeros. Nos mandaron a bajar a todos y a formar una fila fuera del bus con todo nuestro equipaje. Vi cuando metieron a la señora mayor en un pequeño recinto. El autobús reinició su recorrido, no supe más nada de lo que había pasado con la señora mayor y la niña. Después de chequear subimos nuevamente y continuamos nuestro camino.

Después de superar varias veces la prueba de las alcabalas, llegamos al famoso puente que separa las dos naciones: Colombia y Venezuela. Los alrededores de la aduana donde toca sellar el pasaporte era un ambiente surrealista. Miles de personas caminaban de un lado a otro, todos con maletas, ayudantes con carretas. Otros chicos con bolsos y maletas en la cabeza caminan muy rápido desde el puente o hacia el mismo. Detrás de ellos van los pasajeros. Las filas eran enormes. Podía observarse montañas de equipajes por todos lados. Habíamos llegado a la frontera con el territorio colombiano. Esa noche nos quedamos en Cúcuta ya que una amiga de mi hija tuvo la gentileza de hospedarnos en su casa.

Al siguiente día tuve que quedarme un largo rato cuidando el equipaje mientras mi yerno fue a buscar en Western Unión las divisas que necesitábamos para continuar el viaje. Fue una larga e incómoda espera. Este sitio era inseguro, lleno de buhoneros, pasajeros y otras personas que deambulan esperando un descuido para apoderarse de lo ajeno. Cuando levantas la mirada, hay mucha gente a tu alrededor. Estando ahí, una mujer se acercó y me ofreció unos dólares por mi cabello. Recordé que en esos días era una tendencia la compra de cabello humano. Rápidamente le dije que no estaba interesada y ella se alejó.

Tiempo después abordamos un autobús hacia la frontera colombo-ecuatoriana, el destino final era la ciudad de Quito. Ya dentro del transporte, el frío era intenso y el movimiento constante debido al recorrido de las montañas hizo que me pasara ese recorrido vomitando en el baño. Uno de los perritos también

enfermó de diarrea, su desesperación era tal que salía de su refugio en el piso y comenzaba a escalar sobre mi compañero de viaje. El olor era fétido y al tercer día de viaje ya no aguantaba la ansiedad por llegar. El señor que estaba en el asiento delante de nosotros fue tan comprensivo, nunca se quejó. Yo me sentía muy apenada. Intentamos limpiar pero sin desinfectantes en un espacio reducido como ese, el mal olor persistía. Las cobijas ayudaron a cubrirnos, en especial a mi yerno que tuvo que quitarse los pantalones sucios de excrementos y esperar que el autobús hiciera una parada para bañarse y cambiarse de ropa.

Ya en territorio ecuatoriano, después de llegar a la localidad fronteriza de Tulcán, abordamos otro autobús hacia la ciudad de Quito. Apenas habíamos recorrido unos metros, era de noche y el autobús se detuvo. En unos minutos unos agentes militares me pidieron que me bajara de la unidad con los animales. Les rogué que me dejaran seguir, pero uno de los agentes, muy mal encarado, me respondió que ya tenían suficientes perros en el Ecuador. Nos bajamos del autobús en medio de la noche, sentí una gran preocupación, estábamos en la calle, sin dinero porque lo habíamos agotado en la compra de los pasajes. Estaba desconcertada, no me esperaba este tipo de recibimiento. El temor y la tristeza me invadieron. Con ayuda de otro pasajero que también estaba allí logramos regresar nuevamente al terminal de Tulcán. Esa noche no había otra opción que dormir en el piso de ese terminal terrestre. Estaba cansada, agobiada y preocupada por la situación: no tenía teléfono para comunicarme con mi hija, tampoco tenía dinero para pagar un taxi. Ya sabía que no podía viajar de nuevo en autobús con las mascotas, habíamos extraviado sus jaulas que se habían quedado olvidadas en el bus que nos trajo de Colombia y por tanto no podíamos transportar de esa manera a los animales.

Esa noche tampoco pude dormir, otras personas que llegaron a ese lugar se echaron al piso a dormir cerca de mí. Los animales se quedaron quietos, todos lucían cansados. Mi yerno estaba también resfriado. Al amanecer pedimos ayuda a un agente policial, éste nos facilitó un celular y fue así como pudimos resolver la salida hacia Quito.

Y al fin, después de cuatro días, llegamos a la bella ciudad quiteña. Lo más grato para mí fue volver a abrazar a mi hija, luego de dos años de ausencia. Mi nueva casa era grande, espaciosa y

estaba ubicada en la zona norte de Quito, que es una de las áreas urbanas más tranquilas y cómodas para vivir en esta capital.

Una vez allí, los primeros meses adopté una actitud taciturna, salía muy poco, me daba cierto temor perderme en la ciudad. No fui del tipo de migrante que llegó buscando un trabajo. Sentía la necesidad de trabajar y revisaba constantemente las ofertas de empleo, pero mi escaso conocimiento en ciertos oficios y el no tener algunas habilidades necesarias para trabajar en el sector de servicios me limitaba. La mayoría de las ofertas laborales era en oficios como manicurista, peluquera, camarera y ayudante de cocina. Y la edad tampoco me ayudaba, ya que por lo general solicitaban personas no mayores de 35 años. Mi hija y su pareja trabajaban, pero estaban sometidos también a los vaivenes de la volátil situación económica ecuatoriana y de las limitaciones del empleo en la ciudad capital. No me faltaba nada y estaba relativamente protegida, pero sentía la necesidad de trabajar y brindar mi aporte a los gastos familiares. Metí mis papeles para su acreditación en el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de Ecuador. Mientras tanto, aprendí a depender financieramente de los que trabajaban. Después de ser una persona completamente independiente, que había tenido una posición económica solvente ejerciendo mi profesión de docente universitario, tuve que aprender a vivir sin una moneda en mi cartera. Aquí ya no tenía ni carro, ni casa propia, ni salario mensual, ni actividad profesional, era un ciudadano equis perdido en el universo de migrantes venezolanos en Quito.

Estaba en un limbo laboral, pero mentalmente me sentía tranquila. La angustia se presentaba cuando mis familiares se veían afectados por los problemas típicos del mercado laboral en esa ciudad. En Quito las transgresiones legales de los empleadores son muy comunes. Los trabajadores están a merced de los patronos, que fácilmente incumplen los requerimientos legales, por ejemplo, algunos no pagan el salario mínimo, violan el horario de trabajo convenido, no pagan en la fecha correspondiente la asignación mensual acordada, irrespetan el contrato de trabajo, a veces ni siquiera elaboran un contrato laboral. En consecuencia, la explotación laboral se vuelve común y debido a eso muchos trabajadores, especialmente los migrantes, no tienen ninguna estabilidad laboral ni protección social, viven saltando continuamente de un trabajo precario a otro. La mayoría opta por convertirse en buhonero o trabajador por cuenta propia.

Las principales avenidas de la capital ecuatoriana están llenas de personas, especialmente jóvenes venezolanos que venden botellas de agua, frutas, dulces, tortas y golosinas. Todo tipo de producto que sea relativamente fácil de transportar y se pueda ofrecer principalmente a los transeúntes.

Cuando llegué a este país era común ver a mis compatriotas montarse en las unidades del transporte público a vender chocolates, galletas u otras golosinas. Esta venta iba acompañada de una charla previa en la que contaban a los pasajeros una historia muy dolorosa de cómo y por qué habían salido de Venezuela. *“Buenos días, damas y caballeros, primero me disculpo por quitarles un poco de su valioso tiempo, es la primera vez que hago esto y me da mucha vergüenza, pero las circunstancias me obligan, soy venezolana, profesional, y como ustedes saben, me vi forzada a salir de mi país, porque mi familia y yo estábamos pasando necesidad, lo que ganaba no alcanza ni para comer, tengo apenas unas semanas aquí y aún no he conseguido un empleo...”*; después de este discurso venía la venta de los chocolates. Yo me retorcí en mi asiento de la incomodidad que sentía y pensaba: *...vendan el producto y dejen el lamento de lado*. Algunos de estos vendedores obsequiaban billetes de moneda venezolana que ya estaban fuera de circulación. Iba en silencio escuchando esas historias y observando la reacción de los pasajeros. Noté que a medida que avanzó el tiempo y fue llegando mayor cantidad de migrantes, las manifestaciones de solidaridad de los ecuatorianos fueron disminuyendo. Hasta se llegó a criticar una supuesta victimización del migrante. En las últimas incursiones que vi de estos buhoneros en los autobuses, ya se notaba la indiferencia e incomodidad de los pasajeros.

Por otra parte, para el migrante existe una presión constante por la subsistencia, por ejemplo, los gastos en arriendo mensual, servicios públicos y alimentación son una fuente de estrés y de mucha tensión en el medio familiar. Yo no trabajaba y algunas veces eso me creaba más inquietud. Ocurrió en aquellos momentos en los que los ingresos familiares no eran estables ni suficientes. Por fortuna, casi siempre lográbamos resolver los apuros financieros. Mi hija ejercía su profesión de médico y eso también le dio el acceso a mejores empleos y tuvimos cierta calidad de vida.

Mientras los demás miembros de la familia salían a trabajar, yo me quedaba haciendo los oficios del hogar. Me convertí en

ama de casa. Unos meses después comencé a vender tequeños y tortas por encargo. Yo no sabía nada de repostería, así que me pasaba largas horas revisando videos y tutoriales por internet. Las tortas a veces no quedaban bien, no sabía decorar, y cuando me hacían un encargo me llenaba de ansiedad. No obstante, poco a poco fui mejorando mis habilidades y conocimientos, al menos en cuestiones básicas, aprendí a elaborar la torta de vainilla, la de auyama y la de chocolate, además mejoré en la elaboración de la cobertura de merengue italiano. Con el tiempo, el oficio de hacer las tortas y los tequeños era también una terapia ocupacional. Esas horas en silencio, concentrada en esa tarea, me gustaban mucho y al ver mis productos listos sentía satisfacción.

Tiempo después llegaron a la casa unas paisanas que alquilaron una habitación. Eran dos hermanas con una niña de apenas unos meses de edad. La mayor de las hermanas era la madre de la bebé y era actriz de teatro, al tiempo con ella supe que una de la obras más importantes en las que había participado era en el rol estelar de la conocida mexicana Frida Khalo. De hecho, me dijo que una de sus inmensas maletas era de Frida, con toda la indumentaria para la escena del monólogo. Ella se refería a la maleta por el nombre de este personaje de la historia mexicana. A veces la escuchaba ensayando en voz alta su personaje de Frida. Su sueño era montar la obra en los teatros de Quito. Desde la planta baja podía escuchar a Frida. No obstante, este sueño se desvaneció cuando después de tener ya conversaciones con un importante teatro quiteño, se percató que los términos del acuerdo para la presentación eran sumamente desfavorables para ella. Luego de eso la vi muy desanimada y ya no hizo más ensayos ni mencionó nada al respecto. Frida se quedó en silencio. A los pocos meses preparó de nuevo sus maletas y se marchó de Ecuador.

Antes de que se marcharan las paisanas, nos aliamos y juntas comenzamos a vender raciones de torta, elegíamos el domingo en el famoso parque La Carolina de la ciudad quiteña. Algunas veces tuvimos que evadir el acecho de los policías. Estaban prohibidas las ventas ambulantes en ese lugar. Cada torta la dividíamos en 8 porciones y vendíamos en 1 dólar cada porción. Apenas podíamos elaborar y vender 2 tortas. El traslado era en el transporte público y a veces nos teníamos que movilizar con el bebé de mi amiga, lo cual no era nada sencillo. Aun así, las chicas eran muy entusiastas y ponían todo su empeño en el éxito de la venta. Al principio me

sentía algo cohibida para abordar a los clientes en este parque. Allí había todo tipo de vendedores de alimentos. Estando aquí, a veces toca hacer cosas que no nos gustan o que son completamente ajenas a nosotras, pero no se puede pensar mucho en eso, a veces escuchaba la frase: “*toca, es lo que hay...*” El Parque La Carolina es uno de los sitios más agradables en esta ciudad, en cuanto a parques naturales se refiere, tiene sitios para comer, lagunas naturales, canchas y amplias zonas verdes. Yo había ido antes de paseo. Pero ir a vender tortas o pasteles, como también le llaman, era algo distinto, ya no disfrutaba del lugar porque mi objetivo era cumplir la tarea prevista. Había que irrumpir en la intimidad de las familias que, tirados en la grama, compartían de forma muy relajada. Otras veces, estaban comiendo y con mucha delicadeza y educación le ofrecíamos nuestro producto. Ellos siempre nos respondieron con amabilidad, de ahí que fui ganando confianza en la venta. No obstante, las ganancias eran exiguas en comparación al esfuerzo realizado.

En cierta oportunidad, fui a vender las tortas acompañada de la más joven de las inquilinas. Ese día no resultó fácil la venta, pero al final cuando quedaban apenas unas tres raciones de torta, se acercó un señor de origen ecuatoriano y nos pidió dichas porciones, nos pagó con un billete de 20 dólares, por tanto tuvimos que darle como vuelto todo lo que habíamos logrado reunir en la jornada. Estábamos muy contentas, ya que por fin podíamos retirarnos del lugar con el fruto de la venta total de ese día. Camino a casa, decidimos pasar por el supermercado, no obstante, al momento de pagar, notamos que la cajera se quedó mirándonos y acto seguido llama a otro empleado. Resultó que el billete que nos había dado el último comprador de torta en el parque, era falso. La mirada acusadora de la cajera no dejaba lugar a dudas respecto a que ella pensaba que nosotras éramos estafadoras. Nos retiramos del lugar, la pena y la frustración me invadían. Luego de eso, no hubo más ventas de torta en ese lugar. Me limité a la venta de tequeños por encargo.

Paralelo a mi emprendimiento informal, hice todos los trámites correspondientes para regularizar mi estadía, así como el registro y validación de mis títulos universitarios. No obstante, el empleo formal nunca llegó, bien porque mi perfil no encajaba en las solicitudes realizadas o porque sencillamente como me dijeron por teléfono la última vez que pedí trabajo: “*no deseamos contratar*

extranjeros". El rango de edad exigida en los perfiles no superaba los 35 años, otras veces se solicitaban personas muy jóvenes, recién graduadas, sin experiencia, cuyos salarios eran casi equivalentes al sueldo mínimo del país. La falta de acceso a empleos estables y bien remunerados es uno de los grandes problemas que enfrentan los migrantes y los residentes en este país. Siempre escuchaba las historias de mis paisanos acerca del maltrato laboral, de la paga al fin de mes que nunca llegó o el despido injustificado. No dejaba de sorprenderme cuando algún amigo cercano nos contaba: *"Estuve en un trabajo y la jefa se escondía para no pagarme...hace varios meses, me tuve que ir de ese trabajo porque nunca me pagó"*. Mis expectativas de seguir ejerciendo mi profesión y generar ingresos para ayudar a mi familia se fueron apagando. Estaba afiliada a varias páginas web de empleos y a diario leía los anuncios y perfiles. En varias oportunidades envié mi hoja de vida, pero nunca recibí una respuesta.

En el 2018 mi hija aceptó un empleo en una zona alejada ubicada en la selva ecuatoriana, en el cantón Taisha, a unas ocho horas de Quito. Por esos días uno de los perritos enfermó. La perrita marrón que llamábamos Mayi comenzó a vomitar con frecuencia. En vista de que no mejoraba llamamos a un veterinario que la vino a ver a la casa. Le recetó unos medicamentos y le administró un suero. No obstante, Mayi seguía mal. En ese momento no buscamos otra ayuda médica porque no teníamos los recursos necesarios. Yo comencé a cuidarla con mucho esmero. La metí en mi cuarto y le preparaba cremas de pechuga de pollo con auyama. No obstante, cada día su situación empeoraba. No quería comer. Recuerdo que tenía que abrirla las mandíbulas para darle unas pequeñas porciones de comida. De noche vigilaba su sueño, pendiente de ella. Era un animalito muy dulce y leal, yo la amaba y mi hija también la adoraba. Esos días estaba muy angustiada al ver que Mayi seguía enferma. La acosté en mi cama para ver si le aliviaba su dolor. Sabía que ella estaba sufriendo y no poder ayudarla me hacía sufrir a mí también. Ese día le pasé la mano por su abdomen y la acaricé, ella suspiro aliviada y así se quedó dormida. Luego de unos días, la llevamos a la Facultad de Veterinaria de la Universidad Central de Quito. La tenía cargada en mis brazos mientras esperaba el momento de la consulta, ella se veía muy mal, una sustancia sanguinolenta cayó en mi pantalón, era de la perrita. Tenía la cabeza echada en mi regazo. Cuando por fin nos atendieron, recomendaron llevarla a otro lugar donde pudieran hospitalizarla. Eso hicimos.

Comenzó a caer una lluvia ligera mientras avanzábamos a tomar un taxi, yo quería que actuáramos rápido, sabía que Mayi estaba grave. Me monté en el taxi y la llevaba en mis brazos, en un momento dado ella levantó su cabeza y volteó a verme. Su mirada era triste, pero no hizo gesto de dolor, estaba muy débil. Volvió a echar su cabeza sobre mi brazo. Sentí que ella me estaba comunicando algo. Al fin llegamos a la clínica, rápidamente un veterinario la recibió y la examinó. Yo estaba a su lado, ella ya no hacía contacto visual. Se dejó examinar y el diagnóstico del médico fue más preocupante. Tenía un cuadro de anemia crítica y su estado era de gravedad. Inmediatamente le mandó a realizar un ecosonograma. Este sencillo examen debió realizarlo el veterinario que días atrás fue a verla a la casa, pero no lo hizo. De ahí que quizás ya era muy tarde para salvarle la vida. La llevaron a otra sala contigua y rápidamente la hidrataron. Ahí no quise entrar a verla, sentía que ya esa era nuestra despedida y no tuve el valor para hacerlo. Me quedé sentada en el pasillo y comencé a llorar en forma descontrolada. Al instante, llegó mi yerno y nos fuimos a la casa. Por el camino no dejaba de llorar, sentía un dolor inmenso. Los días siguientes seguíamos a la expectativa. Rezando por la salud de Mayi. Estaba sentada en mi cama como solía hacerlo cuando no estaba haciendo oficios en la casa, de pronto mi yerno se paró en la puerta y me dijo: “*Sra. Irey, Mayi se ha ido*”, nos abrazamos y juntos lloramos. Fue uno de los momentos más tristes que pasé en esa casa.

Casi al año de estar viviendo en Quito me tocó mudarme a la zona remota del país, al cantón donde estaba trabajando mi hija, ubicado cerca de la frontera con Perú en la selva ecuatoriana. En Taisha, las calles no están asfaltadas y las condiciones de acceso al cantón son difíciles. Saliendo de Quito, después de recorrer 7 horas por vía terrestre había que penetrar por otra ruta y atravesar ríos y caminos no pavimentados. Luego de abandonar la localidad de Macas, que era el último centro o capital urbana, se abría una carretera de piedras, eran alrededor de 4 horas en autobús en los que el vehículo no podía superar los 20 kilómetros por hora debido a las malas condiciones de la vía y los peligros que se encontraban en ella. Si bien Taisha es un pueblo geográficamente aislado en comparación a otros centros poblados, presenta una vida comercial e institucional como cualquier ciudad ecuatoriana, aunque a menor escala. Eso sí, todo acorde a las características del poblado, algunas tiendas y sitios de comida rápida o típica eran

improvisadas viviendas fabricadas con madera. Uno de los déficits de urbanismo más visibles es la falta de pavimentación de sus calles, la mayoría sin cunetas ni aceras. Tampoco hay sistemas de red para aguas servidas. Pero tiene un hospital que sirve para que los médicos hagan su internado rural. Aquí también está ubicado el edificio que sirve de sede a uno de los Distritos sanitarios del país y existen centros educativos de nivel primario y secundario.



Mi inolvidable y dulce Mayi.

En el recorrido de la población de Macas hacia Taisha, a medida que el autobús se internaba en aquel bosque, iban apareciendo algunos asentamientos de la población indígena y mestiza que habita en los alrededores. Este era su medio de transporte, incluso para movilizarse dentro de la misma selva de un lugar lejano a otro. Se volvió común verlos y escucharlos, hombres y mujeres que iban y venían de hacer trabajos agrícolas, con sus botas altas de goma y sus machetes. Siempre se sentaban juntos y

comenzaban a conversar en su dialecto ininteligible para mí. Me parecía que estaba en un país asiático. Los hombres se mostraban serios y respetuosos, las mujeres con sus largas y negras melenas, me parecían muy bonitas, incluso las señoras mayores, aunque su aspecto era a veces descuidado. Cada vez que hacía este trayecto me pasaba observando todo aquel paisaje lleno de verdes matices. La intervención humana con sus chozas o viviendas improvisadas, las canchas con líneas imaginarias donde los jóvenes juegan fútbol y voleibol, a veces se observaba una antena de televisión satelital. Había escuelas de edificaciones pequeñas, pero bien conservadas y limpias. Los alumnos también usaban el autobús para trasladarse a esos centros educativos.



Una vista de la plaza central de Taisha. Cantón Taisha, Ecuador.

Durante los recorridos para salir y luego entrar al pueblo descubrí que ese inmenso pulmón vegetal, aparentemente deshabitado, era todo un mundo lleno de caseríos, unos más desarrollados que otros, con una dinámica de actividades económicas de subsistencia por parte de los jefes de familias. Por ejemplo, la tala y venta de madera es una actividad económica de importancia. De igual modo, en las casas no faltan las plantaciones de plátano, papaya, piña y, por supuesto, de yuca. Algunas actividades eran tradicionales como el lavado de la ropa al borde de los ríos o riachuelos. Algunas viviendas con un solo ambiente o una sola puerta, con materiales típicos de la zona, los niños siempre jugando y corriendo por los bosques, a veces con poca o ninguna ropa. Los jóvenes cumpliendo con su vida escolar o haciendo

deportes en las improvisadas canchas. Tampoco les falta el celular que los conecta con el resto del mundo.

Estando en Taisha encontré un trabajo, era para cuidar la bebé de una pareja amiga de mi hija. Dije que sí y eso se convirtió en unos de los momentos más gratos que viví allí, ya que aquella niña era un encanto y yo adoraba cuidarla como si fuera mi propia hija. Estefanía era una bebé de apenas unos cuatro meses. Al inicio fue un desafío atenderla, pues sus padres me habían advertido que la bebé era muy inquieta y bastante fuerte. Yo tenía más de treinta años sin realizar esos menesteres y tenía mis dudas acerca de si tendría las habilidades necesarias para cuidarla. Pero ese trabajo se convirtió en una experiencia gratificante. Sus padres eran unas personas trabajadoras, sencillas, responsables y apreciaban mucho el hecho de que yo pudiera atenderle a su hija. Yo lo hacía con mucho gusto, cuidar la niña hacía que me olvidara de cualquier preocupación que tuviera.



Vivienda en la que residí en el Cantón Taisha, Ecuador.



Modelo de vivienda ubicada en la zona selvática hacia Taisha.



Panorámica de la vía Macas-Taisha.



Pasajeros a punto de tomar el transporte. Vía Taisha-Macas.

Todas las tardes, Kirenia, la mamá de Estefanía, volvía del trabajo y antes de retirarme ella me ofrecía un café. Ese café era, en versión cubana, negro y fuerte, a mí me encantaba. Así nos quedábamos un rato charlando mientras ella lactaba a su hija. Kirenia se convirtió en mi amiga y su sincera amistad fue una fuente de apoyo en aquel momento. Ella siempre estaba pendiente de mí y me trataba con mucha consideración y respeto. Junto a su esposo Luis Alberto, ambos médicos provenientes de Cuba y con muchos años en el Ecuador, eran una pareja muy trabajadora, con sensibilidad social y eran buenos amigos. En esa casa siempre me sentí a gusto y podía conversar de muchos temas. Cuando estuve enferma, Kirenia me dio mucho apoyo moral y estuvo pendiente de mí. Casi siempre hacíamos referencia a la situación de nuestros lugares de origen, como migrantes, profesionales, provenientes de países con muchos problemas socioeconómicos, nuestra conversación siempre tenía puntos de convergencia. Especialmente nos unía la común preocupación por nuestras familias. Yo le hablaba de mis padres ya octogenarios, solos en su

casa de Venezuela, enfrentando las dificultades propias de la crisis en ese país. Y ella me comprendía, pues también tenía su familia en Cuba a la cual tenía que brindar apoyo económico de forma permanente.

Lidiando con un problema de salud: venciendo mis fantasmas

Estando de paseo con mi hija en la ciudad de Cuenca, aprovechamos para ir a una consulta de control ginecológico. Unos días después mi hija me trajo el resultado de la citología que me habían enviado por correo electrónico. El examen decía que tenía una lesión cancerosa en el útero. En aquel momento no supe ni cómo reaccionar, era algo extraño, difícil de asimilar. Inmediatamente comencé a pedir citas médicas para realizar los exámenes de rigor. De pronto sentía que mi mundo había cambiado, aparecía un problema de salud que yo desconocía y sentía que mi vida estaba en peligro. Creo que mi mente ha borrado los pensamientos que tuve aquellas primeras noches después de tener ese bendito examen en mis manos. Ya no sé cuánto lloré y pasé varias noches sin dormir. Solo recuerdo cómo sentí que crecí en medio del dolor y el miedo, crecí mucho. La vida me ponía otro desafío por delante. Estaba en plena selva ecuatoriana, por tanto, debía salir, buscar ayuda médica, mis familiares no podían acompañarme ya que tenían que trabajar para disponer de los recursos necesarios para vivir.

Lo único que tenía claro en aquel momento era que tenía que vencer mis miedos, salir al mundo y hablar con quien fuera necesario para que me ayudaran a recuperar mi salud. No podía quedarme en Taisha porque allí no disponía de la atención médica especializada que necesitaba. Tenía dos opciones para realizar el tratamiento, viajar a Quito o viajar a la ciudad de Cuenca. Se decidió que sería Cuenca. Eran alrededor de 12 horas de recorrido. Durante los primeros viajes, mi hija me acompañó. Pero luego ella no podía pedir permisos de manera recurrente en su trabajo. Por lo tanto, el camino que me faltaba para encontrar mi curación debía recorrerlo sola.

Y así lo hice, el primer miedo que vencí fue el viajar de noche sola en el autobús, que por varias horas se internaba en la selva

con pocos pasajeros, la mayoría eran hombres. Entrar a la selva de noche es como viajar a otro mundo. Los pasajeros duermen, pero yo iba en estado de alerta. La noche anterior a mi viaje casi no dormía, pensaba en todo, especialmente me asaltaban todos los miedos acumulados durante mi vida en Venezuela. Allí era común escuchar esas historias de terror en las que las mujeres eran siempre víctimas. Y ocurrían muchos asaltos a las unidades de transporte que hacían sus recorridos en la noche. Escuché historias muy cercanas en las que mujeres en esas circunstancias fueron abusadas. Por otra parte, cuando era más joven, sufrí mucho acoso masculino. Estando sola en la calle era normal el asedio. Antes me molestaba tanto que solía pelear, me paraba y los confrontaba. Pero era peor, ellos se sentían ofendidos y entonces sus piropos se volvían más ofensivos.

En Ecuador, mientras viajaba en medio de la noche y rodeada de selva, tomaba todas mis precauciones, procuraba que nadie se sentara a mi lado, al menos si era hombre. Afortunadamente, los habitantes de esta parte del país siempre se mostraron respetuosos y callados. A veces algún pasajero se montaba en el bus en estado de ebriedad, pero rápidamente se quedaba dormido. En el primer viaje que hice sola, mi hija habló con un amigo de ella que vivía en Cuenca. A él yo lo bauticé como “mi ángel”. Alejo Palacios era un joven médico cuencano, después de conocerlo resultó ser una persona amable, educada y muy solidaria. Ese día llegué a Cuenca como a las 2 de la madrugada y hacía mucho frío. Y ahí estaba este chico esperándome. Nos conocimos e inmediatamente tomamos un taxi. Ya él había arreglado todo para dejarme en una posada cercana a su residencia. Me recibió un señor mayor y me asignó una habitación en la planta baja de la casa. La habitación tenía dos puertas, una daba al pasillo y la otra daba acceso al cuarto como tal. Después de despedir a mi amigo, me encerré en la habitación, tenía una especie de pequeña ventana cerca de la cama, con un protector de hierro y una cortina, de modo que se podía levantar la cortina desde afuera y ver hacia dentro de la habitación, por ese motivo tuve que apagar la luz a pesar de que no me gustaba la oscuridad que había allí. Lo que restaba de la noche, no pude dormir nada y fue muy poco lo que pude reposar, sólo deseaba que amaneciera rápido. Escuchaba ruidos y en verdad llegué a sentir temor. Siempre me sentía así cuando me tocaba dormir sola en estos sitios. Al amanecer, me bañé y me cambié de ropa. Luego me reuní con mi ángel, él se portó amable, cariñoso y generoso

conmigo. A pesar de que tenía cosas que hacer, se quedó a mi lado esperando que me tocara el momento de la consulta. Su presencia y su conversación me relajaron e hicieron más amena la estadía en el hospital. De igual manera, el regreso a mi casa de Taisha no estaba ajeno a las preocupaciones. Casi siempre el autobús llegaba a altas horas de la noche a ese lugar y había gente ebria por las calles del pueblo, ya que allí se ingiere licor casi a diario. Luego estaban los perros callejeros que al verme se abalanzaban sobre mí. Cuando por fin movía la llave para abrir la puerta de la casa sentía una alegría inmensa. Estaba a salvo.

El segundo miedo que tuve que vencer fue cuando me vi obligada a usar el servicio de avioneta de Taisha-Macas. Ese día mi hija llegó de su trabajo en la tarde y me dijo que me vistiera rápido que teníamos que salir. Casi corríamos por la calle que da a la improvisada pista de aterrizaje de Taisha. Era una subida muy empinada. Al llegar a la cima estaba sin aliento. Me monté en la avioneta y veo que mi hija se queda de pie en la puerta, ahí fue que me di cuenta que ella no me acompañaría.

Cabe destacar que cuando estaba en el pueblo siempre veía aterrizar estas avionetas y pensaba que nunca me montaría en ese tipo de aeroplano. El motor sonaba de manera estruendosa y me parecían unos aparatos muy frágiles. Ese día no tenía otra opción que montarme en ella para llegar a tiempo a mi cita médica del día siguiente. Tuve que sobrevolar durante 20 minutos para salir de la selva y llegar al aeropuerto de Macas. Me acompañaban tres hombres y el piloto. Los pasajeros iban relajados revisando sus celulares. Yo iba tensa observando aquella vasta capa verde que se iba descubriendo a medida que nos elevábamos. Sentí un alivio cuando vi la ciudad de Macas. Habíamos llegado.

El tercer miedo fue recorrer de noche la vía Macas-Cuenca en la que pensaba que podían asaltar el autobús, toda vez que el chofer recogía pasajeros en la vía a mitad de la noche. Ya había escuchado esos cuentos sobre asaltos a los autobuses en la vía hacia Guayaquil. Aunque esta era otra ruta, me daba temor. Cada vez que el autobús se detenía, yo sentía temor y desconfianza de la persona que se montaba. El dinero junto a la tarjeta de débito lo llevaba en los zapatos y el celular lo colocaba en la cintura por dentro del pantalón. Sentía mucha alegría cuando el bus llegaba al terminal de Cuenca. Siempre era de madrugada o un poco más

de medianoche. El terminal estaba bien iluminado y con vigilancia policial. Hacía mucho frío. La rutina siempre era la misma. Me iba a la sala de espera, buscaba un asiento donde descansar hasta que amaneciera y así poder ir al baño. Luego tomaba un taxi hasta el Hospital.

El cuarto miedo que yo tenía era la realización de la cirugía, mi mente tenía muchas dudas, una de mis preocupaciones era el hecho de tener dos cirugías previas en el área abdominal. Entonces me preguntaba: ¿cómo eso me puede afectar? ¿Y la anestesia? ¿Y si me quedo y no despierto? A pesar de mis temores, todo fue fluyendo favorablemente. Poco a poco fui recuperando la calma y la confianza. La idea de que tenía que hacer todo lo necesario porque de eso dependía mi vida, me impulsó a seguir. Sé que algo cambió en mí, pude atravesar aquellos miedos y cada día me sentía más fuerte y decidida a seguir adelante para lograr mi sanación definitiva. Los resultados de los exámenes médicos me ayudaron ya que todos fueron saliendo bien, incluso la biopsia decía que, si bien tenía una lesión en el útero, ésta aun no tenía un nivel canceroso. La doctora que me atendió también fue muy amable y profesional. Me dijo que mi opción era la cirugía inmediata para eliminar el problema.

El día de la operación quirúrgica fui sola al hospital, mi hija estaba en Quito y aún no había llegado. Todavía me faltaba un donante de sangre, así que a pesar de que ya me habían formalizado el ingreso al centro de salud, yo misma bajé a la entrada principal a esperar a una persona que se había ofrecido como donante. Estaba preocupada porque en el Banco de Sangre me habían dicho que era necesario cumplir con el protocolo de los donantes. Sin embargo, esta persona no se presentó, y yo tuve que volver al sitio donde me esperaban para ingresarme al quirófano. Al cabo de unos minutos ya estaba lista, con mi bata y mi gorro azul e iba camino al quirófano. Estaba tranquila, a mi lado permanecían dos anestesiólogos, uno de ellos me preguntó mi nombre y mi edad. Seguidamente me colocaron una mascarilla de plástico en la cara y sólo recuerdo cuando me desperté y ya estaba en otra habitación fuera del sitio donde me habían hecho la operación. Había pasado todo.

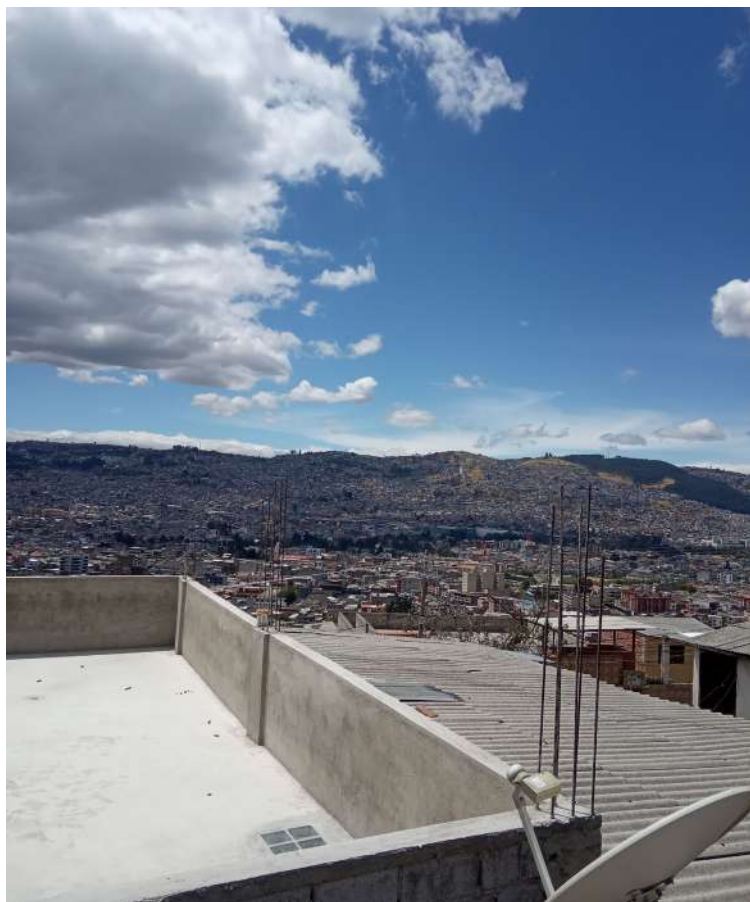


Al fondo, el edificio que sirve de sede al Hospital Vicente Emilio Moscoso. Cuenca, Ecuador.

Afortunadamente, en mi caso, el sistema sanitario público funcionó perfectamente ya que recibí asistencia médico-quirúrgica en forma oportuna y eficiente. Cabe destacar que en Ecuador existe un sistema de citas médicas que se toman a través de una plataforma digital del Ministerio de Salud. Esta cita se solicita siempre de manera previa en el propio centro de salud o por teléfono. Por tal motivo, hay mayor planificación, se prestan los distintos servicios y a pesar de que es un Hospital grande en cuanto a su cobertura y área de influencia, no se observan los típicos congestionamientos que existen en centros de este tipo en otros lugares de América Latina. Siempre tuve la atención médica y paramédica necesaria. Mi estadía fue de cuatro días de reposo postoperatorio. Luego, salí de ahí y estuve otros días más en una habitación de hotel con mi hija y su novio. Una de las cuestiones que más nos preocupaba era el traslado por vía terrestre a Taisha. No podíamos quedarnos mucho tiempo en el hotel ya que nuestro presupuesto era limitado y mis familiares también tenían que reincorporarse a sus trabajos. Por tal motivo, uno de mis desafíos era montarme en un autobús y recorrer las doce horas de viaje para llegar a casa, con una herida abdominal que tenía alrededor de doce puntos de sutura. No obstante, no había otra opción.

De Cuenca salimos a Macas. Colocamos unas almohadas en el asiento del bus y me acomodé lo mejor que pude. Me senté con las piernas estiradas hacia adelante y los pies apoyados al piso para tener mayor estabilidad, mis manos abrazaban el abdomen. Me tranquilizaba saber que al menos este trayecto de 7 horas de Cuenca a Macas era una vía en buenas condiciones. Al llegar al terminal de Macas tomamos otro autobús que nos llevaría a nuestro hogar en Taisha. Esta sí era la prueba de fuego. Yo siento que algo milagroso ocurrió en ese trayecto. Como lo mencioné antes, esta vía es un camino sin pavimentación, lleno de piedras y riachuelos, por tanto lo más común es que los vehículos vayan saltando durante todo el recorrido. Y lo menos indicado para mí era eso. Era de noche, respiré hondo y procuré no pensar, pasé las ocho horas de camino con los ojos cerrados, en una actitud de meditación. Le decía a mi cuerpo que todo estaba bien, nada se movía a mi alrededor. Había tenido lecturas previas acerca del concepto de *mindfulness* o atención plena. Yo sólo había leído varios textos y no tenía una práctica de meditación, pero recordaba frases como “*silenciar la mente*” pensar sólo en el “*aquí y ahora*” y la “*atención plena*”. Fue así que intenté concentrarme todo lo que pude. Por un momento

me imaginé que el bus se elevaba y me transportaba por el aire. No sentí la incomodidad del viaje. Todo fluyó. Así llegamos, sanos y salvos a la casa.



Una vista de la ciudad de Quito en la zona sur. Desde la azotea de la nueva residencia en el sector La Magdalena.

Al cabo de unos tres meses, mi hija presentó la renuncia en el Distrito sanitario donde trabajaba en Taishay y nos volvimos a mudar a la ciudad de Quito. Cabe destacar que la nueva residencia estaba ubicada en lo que se denomina como Quito Sur, en el sector La Magdalena. Por sus características es un poco parecida a un barrio en el oeste de Caracas. Es una zona popular, muy heterogénea. Nuestra casa quedaba en una de las partes más altas de la zona. Sin

embargo, a diferencia de Venezuela, los sectores populares de Quito no están llenos de ranchos, si bien existen algunas viviendas un tanto improvisadas o deterioradas, sus materiales de construcción y el hecho de poseer los servicios públicos y el urbanismo mínimo ponen la nota distintiva en comparación con las zonas más pobres ubicadas en los cerros del oeste caraqueño. La Magdalena era tan alta que podías con cierta facilidad bajar la calle hasta el final pero subirla era casi imposible. Un día intenté hacerlo y me quedé sin aire a medio camino.



Septiembre 2019: Celebrando mi cumpleaños en el apartamento del sur de Quito.

La nueva residencia era como una especie de casa de vecindad, había un pasillo reducido con escalones y de un lado varias puertas, parecido a un departamento tipo estudio. El de nosotros estaba ubicado en un piso superior, tenía unas escaleras y una terraza

improvisada que se usaba para tender la ropa. Era un modesto departamento de una habitación y un baño, pequeño, pero sus espacios estaban bien distribuidos y lo mejor de todo era que su construcción era nueva y estaba bien pintada en su interior. Creo que nosotros fuimos los primeros inquilinos en estrenarlo. No obstante, la parte exterior lucía caótica y descuidada. Al principio no me gustaba mucho la vista que ofrecía a su alrededor. Pero después me fui acostumbrando, los caseros vivían en otro apartamento que quedaba justo al frente del nuestro. Una puerta al frente de la otra. Eran personas trabajadoras, amables y reservadas. Ellos tenían un gato que lloraba casi todos los días en la madrugada. Cada vez que el gato gritaba escuchaba a mi casera abriendo la puerta de la sala y lo dejaba entrar. Al principio me molestaba, pero después pensaba que quizás ese pobre animalito tendría frío o hambre. Todos los días fuimos testigos silenciosos de la rutina matutina de nuestros vecinos. Las fuertes pisadas de nuestro casero bajando las improvisadas escalinatas de hierro o el cuchicheo matutino entre la madre y el niño que se iba a la escuela, todo se escuchaba, era imposible descansar o dormir después de las 5 de la madrugada. El resto del día eran las canciones populares que ponía algún vecino o melodías de “Los Guacos” y un ritmo de salsa de alguna familia venezolana que estaba en los alrededores. Este populoso sitio era muy distinto al silencio y la tranquilidad de Taisha y tampoco se parecía al apacible ambiente de nuestra primera casa de la Avenida Real Audiencia en Quito norte.

Luego de casi dos años de haber migrado, yo deseaba regresar a Venezuela. Esto también fue forzado por las nuevas condiciones que se estaban presentando en Ecuador. En el 2019 la situación política ecuatoriana era inestable luego de sucesivas protestas y marchas contra el gobierno del presidente Lenín Moreno; el malestar por las medidas económicas que intentó aplicar dicho gobierno junto a los problemas estructurales de tipo socioeconómico allí presentes, hacían difícil la estadía de los migrantes venezolanos en ese país. En líneas generales, ese fue un año difícil en dicha nación, déficit fiscal, estancamiento económico, aumento del desempleo y de la pobreza, eran parte de los problemas que afectaban la calidad de vida de la población. Por otra parte, el malestar social era creciente, especialmente de los amplios grupos indígenas, ante las medidas de ajuste económico del gobierno.

En el último trimestre del 2019 se originó un clima de violencia política, el gobierno ecuatoriano decretó un toque de queda y la situación de los migrantes venezolanos era más complicada. Muchos de ellos eran trabajadores informales y ahora no podían realizar su labor de subsistencia en la calle. Algunos fueron expulsados de sus viviendas porque no podían pagar la renta. En las redes sociales también se observaban personas que promovían la xenofobia contra los venezolanos. Particularmente, me tocó un día recibir los insultos de una señora, en medio de una plaza, en la ciudad de Quito. En ese momento guardé silencio, pero una vez que abordé el transporte público para regresar a mi casa no pude aguantar el llanto. Fue algo muy triste porque como migrante me consideraba una buena ciudadana, puntual en los pagos, respetuosa y, ante un acto como éste, fue inevitable sentirme humillada y discriminada.

Cabe destacar que a través de las redes sociales se percibía un enfrentamiento entre personas de ambas nacionalidades, nunca pude determinar la magnitud, ni el alcance de esta disputa, pero sí notaba que había un malestar, no sé si estuvo sobredimensionado por su proyección en las redes sociales. En medio del conflicto político que vivió el Ecuador a finales de 2019, salió también a relucir el tema de la migración venezolana. Se decían muchas cosas que yo sabía que eran mentiras. Por ejemplo, se intentaba, a través de estas redes, crear una matriz de opinión para que los ecuatorianos pensaran que el gobierno nos estaba brindando ayuda económica en desmedro de los intereses del pueblo ecuatoriano. Así como también se nos señalaba como los únicos causantes de los problemas de delincuencia e inseguridad ciudadana en las principales ciudades de este país. Sin embargo, era parte de una campaña de manipulación mediática que utilizaba nuestra presencia como “*chivos expiatorios*” de algunos sectores políticos que necesitaban desviar la atención acerca de los auténticos problemas nacionales (Ávila, 2018).

Mi hija siempre me decía que no viera nada de lo que estaba en las redes sociales. Ni mucho menos opinara al respecto. A veces leía insultos o comentarios racistas de los venezolanos hacia los ecuatorianos y estos últimos les respondían con otras ofensas, mostrándoles claramente su deseo de que se marcharan del país. De ambas partes se notaba mucho resentimiento, algunos compatriotas mostraban su talante soberbio y arrogante,

con complejos de superioridad -especialmente con el tema de la belleza física- mientras que algunos locales se enganchaban en estas discusiones mostrando poca autoestima. Me afectaba ver cómo ambos bandos se desgastaban en una lucha estéril que sólo sembraba el odio entre hermanos latinoamericanos que, a fin de cuentas, aunque con distintas circunstancias, teníamos problemas comunes. Sin embargo, me alentaba el hecho de saber que la mayor parte de las personas que había tratado y conocido en este país se habían mostrado amables, educadas y respetuosas con mi hija y conmigo. Incluso, tengo mucho que agradecer a los buenos amigos ecuatorianos que en el momento en el que más lo necesité no dudaron en prestarme su apoyo incondicional. Tal cuestión rompe la falsa creencia que generaliza la existencia de malas relaciones entre estas dos nacionalidades. Indudablemente, hay problemas de convivencia y, sí, se han dado situaciones de rechazo, pero los mismos han estado relacionados a actos delictivos o conductas inapropiadas por parte de algunos migrantes venezolanos que han tratado de imponer su estilo de vida equivocado en ese país.

Es innegable que una migración tan grande (para 2019 se estimó un stock acumulado de unos 4,5 millones de personas), (Lauriño, 2021) emprendida de manera forzada, no planificada, con mucha gente en pobreza extrema, puede generar en los países receptores situaciones indeseables e incómodas que alteran la diaria convivencia.

A finales del año 2019 y durante los conflictos políticos ecuatorianos permanecí encerrada en nuestra casa de Quito, sentía preocupación e incertidumbre, especialmente porque nuestras condiciones socioeconómicas eran frágiles y no se vislumbraba un cambio favorable en la economía nacional. Llegó el mes de diciembre, mi hija seguía sin conseguir un nuevo empleo. En este contexto, ella decidió salir de Ecuador y yo regresé a Venezuela.

Era la primera semana del mes de diciembre de 2019, después de muchos vaivenes, por fin cerré mi maleta con las pocas pertenencias que tenía. Mi hija y su novio me acompañaron al Terminal de Quítumbe y ahí nos despedimos. Tomé un autobús con destino al Terminal de Tulcán. Lloraba, me sentí muy triste al dejar a mi hija, ya que sabía que nuevamente nos aguardaban otros años más de separación. No sabía cuántos, también pensaba en Joe, mi adorado perrito, lo estaba abandonando en contra de

mi voluntad. No tenía opción. Mi corazón se encogía. Por fin llegamos a Tulcán y yo me sentía mareada. Tomé un taxi para recorrer la distancia que me separaba hasta el área de migración que separa los dos lados de la frontera colombo-ecuatoriana. Sellé mi salida de Ecuador y la entrada a territorio colombiano. Ya en el terminal, pasé un susto enorme, ya que cuando me tocaba pagar el boleto no encontraba los dólares. Me puse muy nerviosa buscando y luego de un rato de búsqueda los encontré. Compré un boleto hasta Cali. Mi intención era tomar un bus directo hacia la ciudad de Cúcuta, pero debido al retraso no me fue posible hacerlo.

El viaje a Cali fue tranquilo. El recorrido se llevó toda la noche y parte de las primeras horas de la mañana. En el terminal de Cali estaba muy ansiosa, casi no podía caminar debido a la incomodidad con el cargamento del equipaje. Mi temor era quedarme sin boleto. Ya había escuchado rumores de que no estaban vendiendo pasaje para Cúcuta por ese día. Entre mis planes no estaba el quedarme esa noche en la ciudad caleña. Por fin, abrieron una taquilla y pude comprar el boleto. La hora de salida era a las 3 de la tarde. Un poco más relajada decidí que debía comer algo, estaba en ayunas y tampoco quería gastar el poco dinero que me quedaba para seguir viajando. Compré una tarjeta de teléfono y me comuniqué con mi hija. Me tomé una sopa de costilla que estaba extremadamente grasosa. Luego de eso me fui a la sala de espera. En ese lugar conocí a una mujer joven, imagino tendría unos treinta y cinco años, era de piel morena y cargaba unas maletas inmensas. Nos pusimos a charlar. Ella también iba para Cúcuta y era venezolana. Me contó que venía de México, porque iba a ver a su familia en Caracas y a regresarse con ellos al país azteca. Seguimos charlando y ahí me enteré que una tía que estaba en México la estaba apoyando y le estaba pagando los pasajes a ella y a su familia completa para que se fueran a vivir a México. Yo la escuchaba y pensaba que una tía así era lo que yo necesitaba.

Por fin se llegó la hora de salida y abordamos el autobús con destino a Cúcuta. El trayecto era largo. Durante el recorrido, a veces me ponía a observar a través de la ventana, además de un hermoso paisaje también se podía ver a personas que iban caminando por el borde de la carretera, pero en sentido opuesto a nosotros. En el interior del bus, la mayoría de los pasajeros éramos venezolanos; escuché un murmullo y entendí que estaban comentando acerca las personas que se veían por el borde de la carretera. Eran paisanos

nuestros que estaban haciendo ese recorrido a pie, quizás iban camino a Ecuador o a Perú, no lo sabemos. Aquello era increíble, una dolorosa realidad. Ver aquellas personas escalando esos páramos me entristecía, recordé los que habían perdido la vida en el temido “Páramo de Berlín”. Yo me devolvía a Venezuela, mientras mis compatriotas buscaban por todos los medios posibles salir del país. Mis pensamientos se detuvieron ante una imagen que me conmovió, al borde de la vía, sentado en una piedra, un hombre con unos niños pequeños. Era otro migrante venezolano; debido al movimiento rápido del bus fue una visión fugaz, pero la mirada triste y perdida de aquel hombre se quedó fija en mi mente.

Noté que la mujer que había conocido en el terminal de Cali iba en amena charla con su compañero de viaje. Llegamos a Cúcuta de noche. Ya en el terminal de pasajeros, fue un alivio, pero a la vez era un momento estresante. Apenas nos bajamos de la unidad se sentía un ambiente tenso, ruidoso y poco amigable. Ya nos habían advertido que debíamos ser cuidadosos en ese sitio, más aún de noche. Los tipos que se ganan la vida cargando equipaje nos acosaban, otros nos ofrecían servicio de taxis y para cambiar dólares a pesos. Aquello era intimidante, esos rostros curtidos, algunos mal encarados y sucios. Pensé rápido, tenía que hacer algo. No me podía quedar ahí mucho tiempo, pero tampoco podía moverme sola a otro lugar, era un tanto arriesgado. Ya no se podía ir a migración a sellar el pasaporte, había que esperar el día siguiente, por tanto tenía que decidir rápido el cómo iba a hacer para pasar la noche en Cúcuta. Tampoco tenía mucho dinero y no sabía cuánto costaba una habitación de hotel. Busqué con la mirada a la paisana que había conocido en el terminal y le propuse compartir una habitación de hotel, de ese modo el costo sería menor. Ella me había dicho antes que tenía una reservación, así que cuando le hice la propuesta ella aceptó. Tomamos un taxi y ya en el hotel comimos y la acompañé a la parte de afuera mientras ella se fumaba un cigarrillo. A mí no se me hubiera ocurrido hacer eso porque aquel sitio no se veía tan seguro. No obstante, me dejé llevar, mi amiga tenía una actitud muy relajada y segura, se relacionaba en forma muy familiar con algunos empleados en el hotel e insistía en que ella siempre llegaba a ese sitio cuando viajaba de Caracas a Cúcuta. Antes me había contado que era una viajera frecuente que venía a Cúcuta a comprar todo tipo de víveres y mercancías como hacían muchos venezolanos. Ya en la habitación, me di cuenta que el espacio era pequeño, había una cama grande

tipo matrimonial, y otro espacio separado por una puerta para la ducha y el baño. Nos alternamos para usar el baño. Después cada una tomó una parte de la cama. Conversamos un rato y decidimos dormir, pues estábamos muy cansadas. Yo me encomendé a Dios como siempre. Traté de no pensar mucho en lo incómodo que me resultaba dormir en la misma cama con una persona que acababa de conocer. La idea de que pronto llegaría a mi tierra me tranquilizaba.

Al día siguiente, nos vestimos, bajamos con nuestras maletas, cambiamos dólares a pesos y mi amiga me acompañó a tomar un taxi para ir a San Antonio del Táchira y así entrar en territorio venezolano. Negociamos con el taxista y mi amiga tuvo que pagarme la tarifa del taxista ya que yo no tenía suficientes pesos. Le agradecí mucho ese gesto y le dije que una vez que llegara a Venezuela le pagaría ese dinero. Nos despedimos, puesto que ella se quedaba en Cúcuta a esperar a su esposo e hijas que la venían a recibir.

El terminal de pasajeros de San Antonio del Táchira es un lugar pequeño y parecido a los terminales de pueblo. Había mucha gente a esa hora de la mañana. Empecé a leer los letreros de las distintas taquillas de las líneas de transporte. Rápidamente me ubique en una de las filas de una empresa con destino a Caracas, había preguntado en otras taquillas con destinos a las ciudades de Coro y Punto Fijo, pero no tenían salida. Estaba haciendo mi fila cuando de pronto escuché comentarios a mi alrededor, afirmaban que ese autobús al terminar su trayecto de viaje llegaba a un sitio de Caracas a altas horas de la madrugada y lo mínimo que me podía pasar era que me robaran todo el equipaje y me agredieran físicamente. Pensé: *bienvenida a Venezuela*. Al oír esto, inmediatamente me aparté de la fila y volví a preguntar en otra taquilla, para mi fortuna habían empezado a vender con destino a Coro; sin dudarlo, compré un boleto. Después fui a comerme unos pastelitos y una malta. Era un pequeño recinto y la señora muy atenta me dio conversación. El tema era la variedad de situaciones que ella había tenido que ver en ese Terminal con respecto a los migrantes venezolanos. Detrás de mí y por los alrededores había mucha gente tirada en el piso. Ella lamentó la situación de esas personas y el drama de muchos que, ilusionados, habían puesto en venta todo su patrimonio familiar (casa, muebles, vehículo) para irse del país. Y luego, al poco tiempo, ella los había visto regresar completamente derrotados, deprimidos y con las manos vacías.

Ya en el área de carga, la espera fue prolongada, la hora de salida no se cumplió y el retraso era grande. Empezaron a cobrarnos otra cantidad de dinero por el equipaje. Para nuestra sorpresa, después que ya estábamos sentados en el interior de la unidad de transporte, empezaron a meter todo el equipaje en el pasillo del autobús, que es la única área de salida de los pasajeros. Sin mediar palabras, fueron colocando una maleta encima de otra, casi hasta el techo y cubrieron todo ese pasillo. Esa imagen ya era sofocante y peligrosa. No nos dejaron espacio. De ahí en adelante y durante todo el trayecto de más de 15 horas de viaje, cada vez que se hacía una parada o había una alcabala, teníamos que escalar a gatas la montaña de maletas para llegar a la puerta principal de la buseta.

Perdí la cuenta, la cantidad de alcabalas en las que tuvimos que detenernos, era una veintena de puestos de control. En la mayoría de ellos, ocurría siempre algo parecido a esto: el bus se paraba, encendían las luces, un señor que fungía de acompañante del conductor tomaba la palabra y se dirigía a los pasajeros, nos emplazaba a “colaborar” con los “señores funcionarios”, nos decía que era eso o bajarnos todos a que revisaran nuestro equipaje, abriendo cada una de las pesadas maletas. La colaboración era monetaria, luego cuando se dieron cuenta de que ya no disponíamos de dinero en efectivo, comenzaron a pedirnos alimentos. Nos manipulaban haciéndonos creer que nos estaban haciendo un favor al evitarnos la incomodidad de una revisión. Es decir, debíamos pagarle en dinero o especies a los militares por el no cumplimiento de sus deberes. En una oportunidad, el bus se detuvo y nuevamente el ayudante del chofer vino a darnos la charla: “señores pasajeros, tenemos que colaborar para hacerle un agrado a los funcionarios aquí, ellos nos están pidiendo refresco y pan”. Esta petición fue tan inusual y fuera de lugar que lo tomamos a broma. Yo me reí mucho de esta situación. Sólo dos puestos de control policial del tránsito cumplieron su deber de forma adecuada: fue incómodo porque, así cansados y adormecidos como veníamos, cada pasajero debía bajar su equipaje de la montaña formada en el pasillo y esperar a que se hiciera la revisión. Fue así como pude llegar a la ciudad de Coro y luego seguir y quedarme en la autopista Coro-Punto Fijo en casa de mis padres. Al fin mi travesía había terminado.

PARTE III

EL REGRESO A VENEZUELA

El 9 de diciembre de 2019 llegué directamente al hogar de mis padres. Luego de la alegría por verlos nuevamente, pasé a vivir en primera persona la nueva realidad nacional. No era la que yo había dejado un tiempo atrás, era otro nivel de precariedad en el que debía luchar por mi sobrevivencia y la de mis ancianos padres. Con mi salario y mi pensión no podía hacer nada para mejorar el ingreso familiar. A los pocos meses empezó la pandemia del COVID.19 y lo empeoró todo. La ayuda externa no era viable porque mi hija se vio obligada a permanecer encerrada en un apartamento de la ciudad de Madrid.

En el hogar de mis padres, a medida que pasaban los días, podía darme cuenta que en ese espacio se respiraban dos crisis: la de tipo socioeconómica y la de tipo familiar. Una no menos importante que la otra. La primera era común al resto de las familias, pero la segunda originada por el tipo de relación y de comunicación que durante muchos años ha existido entre mis padres.

La conflictiva relación de mis padres

Mis padres se casaron un poco después que cayó la dictadura del general Marcos Pérez Jiménez en 1958, de eso hacen más de sesenta años. Ellos siguen juntos, comparten el mismo hogar y tuvieron siete hijos, de los cuales sobreviven cuatro. De lo que recuerdo durante mi infancia es que ellos eran un matrimonio como cualquier otro: con los típicos problemas de una familia de clase trabajadora, mi papá se esforzaba por trabajar y darnos la mejor vida posible. Él se quedó laborando en una constructora cuyos dueños eran italianos, CIANCA, como se llamaba la empresa; regularmente tenía contratos del Estado para emprender obras públicas en varios lugares del país. Por tanto, era común que mi papá se ausentara de casa por largos períodos de tiempo. Mi mamá casi siempre se quedaba sola con nosotros. Ella era una ama de casa a tiempo completo, responsable de todo nuestro desarrollo vital, salvo el de proveer el ingreso monetario. Hacía de todo: nos alimentaba, nos cuidaba de los peligros en la calle, nos llevaba al médico, iba a las reuniones escolares, y también se las ingeniaba para que con ese pequeño ingreso monetario a nosotros no nos faltara nada. Uno de los detalles más gratos que tengo son los vestidos que ella me hacía. Eran unos camiseros estampados muy

bonitos. Para ese entonces tenía una máquina de coser, marca Singer, que venía inserta en un mueble de madera con su pedal de hierro a la altura de los pies. Me encantaba ver a mi mamá coser, yo nunca pude aprender a manejar esa máquina.

Mi papá, por su parte, era un hombre dedicado casi por completo a su trabajo, eso era su vida y lo que definía su estilo de vida. Por vivir fuera de casa, casi siempre comía en restaurantes o en sitios donde les hacían la comida a varios trabajadores, dormía en casas ya establecidas por la empresa, mandaba a lavar y planchar su ropa, siempre conducía automóviles de la empresa y le asignaban responsabilidades más allá de su oficio que era el de operador de maquinarias pesadas. Para mi papá su trabajo era toda su vida, para él no existía ese concepto de explotación laboral, se entregaba tanto que daba más de lo que era un trabajo regular. Sus jefes lo amaban y supo ganarse esa confianza del buen trabajador que sentía que la empresa era suya. Aún hoy en día, a sus noventa y cuatro años, narra con absoluta precisión los episodios que protagonizó en su trabajo. Casi siempre me dice que tiene sueños en los que rememora que está de nuevo trabajando. Cuando murió repentinamente uno de sus jefes, al cual él lo sentía muy cercano, lo vi llorar. Allí en la pared de su cuarto hay un recuerdo del señor italiano que tanto apreciaba. Estando al lado de mi papá he pasado horas escuchando sus relatos acerca de su trabajo. Y en muy pocos casos he visto que un trabajador esté tan identificado con su oficio y sienta tanta satisfacción como él.

No obstante, el estilo de vida de mi papá (su continua ausencia en el hogar) lo marcó también en otros aspectos, uno de ellos fue su vida sentimental y, especialmente, su relación de pareja con mi mamá. En el entorno familiar donde mi padre creció era muy normal la conducta mujeriega de los hombres, sin importar si estaban o no comprometidos o casados. Él desde muy joven asumió ese rol, mientras mi madre era una abnegada esposa que comenzó a sufrir las infidelidades y el abandono de su esposo desde los inicios del matrimonio. Llevar una doble vida en cuanto a la pareja se convirtió en algo común que la cultura patriarcal fue legitimando. Y aunque mi madre aparentemente aceptó ese estado de cosas y decidió seguir unida a él, esa dinámica familiar trajo sus consecuencias, causándole mucho sufrimiento y trastornos psicológicos que, aún hoy en día, afectan su vida cotidiana como adulto mayor.

Conmigo mi papá siempre fue muy especial. Por una parte, era un padre excesivamente celoso y protector. Salvo asistir a los eventos académicos o familiares, estaba prohibido asistir a bailes, fiestas, discotecas, tener amigos y mucho menos enamorados o novios. Eso fue así hasta bien avanzada la adolescencia, incluso en los inicios de mi vida universitaria. Sin embargo, mi papá tuvo siempre mucha consideración hacia mí, especialmente cuando pequeña, y ya de adolescente, me daba muchos regalos y me demostraba mucho cariño. Yo me sentí siempre muy querida por él, a pesar de su lado represivo y controlador.

En esta nueva coyuntura, la convivencia inicial con mis padres no fue sencilla, tenía sentimientos encontrados, ya que por un lado estaba feliz de volver a estar cerca de ellos y poder ayudarles en este momento tan difícil, pero a cada instante estaban las peleas entre ellos que me hacían sentir cuando menos incómoda.

Confieso que he hecho de todo para tratar de que la convivencia mejore, pero mis esfuerzos han sido infructuosos. Ellos han puesto a prueba mi paciencia y comprensión. He utilizado los consejos, las demostraciones de conducta, he hablado en forma individual con cada uno, los he confrontado haciéndoles ver las consecuencias de sus actos, también he peleado con ellos, le he mostrado mi desagrado ante su mala relación, me convertí en mediadora y una vez salí huyendo de la casa, llorando ante la frustración de no poder hacer nada. En fin, siento que mis mediaciones en esta pareja no han sido eficaces. La razón: primero, soy la hija y cuando en medio de una pelea algo brota de mis labios, ellos siempre me ven en ese rol, y sólo están pendientes a ver de qué lado de las partes me ubico o según ellos me parcializo. Segundo, nunca han aceptado la ayuda profesional. Tercero, se impone una comunicación defensiva, llena de resentimiento, con una actitud soberbia por parte de cada uno de ellos.

En cuanto a mí, he escuchado atentamente los argumentos de cada uno de las partes. Mi madre eligió la victimización, vive recreando su pasado de sufrimiento, a veces llegué a pensar que su deseo era obtener una disculpa, un arrepentimiento o un pedido de perdón por parte de mi papá. Pero, otras veces la he visto actuar de forma vengativa. Quizás se mueve en esa dualidad. Ciertamente, siento mucha pena por ella, la amo y me duele mucho no poder ayudarla a tener una vida en paz y armonía. Cuando hemos

logrado alejarla por un tiempo de ese ambiente tan tóxico, al final ella quiere volver y muestra interés hacia mi papá. A veces me increpaba: *“Ustedes no saben todo lo que yo he tenido que aguantarle a ese señor...”*, *“Tú no hubieras soportado eso...”*, *“Y todavía quiere seguir echando vaina, porque no puede con su machismo...”*. He escuchado este discurso muchas veces, sé cuánto ha sufrido mi madre y aún vive prisionera de ese dolor.

Por su parte, mi papá ha tenido que aguantar las consecuencias de sus acciones anteriores con respecto a las mentiras e infidelidades. Siento que él aún no es consciente del daño causado. Para él son cosas del pasado que no quiere recordar. No obstante, mi mamá le ha estado recordando casi a diario, durante años sus equivocaciones. Él también ha optado por la victimización, muchas veces me dijo que era un martirio para él vivir así, que se quería ir. Pero, resulta paradójico porque al rato lo veía al lado de mi mamá como si nada. Pude ver que también han desarrollado vínculos de codependencia. Esta mala relación ha dejado en mi papá una debilidad en su autoestima. Se ha vuelto descuidado, cuida muy poco su salud y su apariencia. Siempre que le hago algún reproche, reclamo o intento aconsejarle, me dice: *“Para qué, si ya yo no sirvo para nada...”*. Mi papá también se acostumbró a usar una comunicación defensiva, a veces intenta manipular la situación, otras veces actúa con soberbia y, lamentablemente, también ha entrado en este juego con mi mamá de mutuo maltrato psicológico. Siento que cuando estoy presente su actitud ha sido pasiva, pero en mi ausencia pasa a la agresión verbal en respuesta al ataque de mi mamá.

Y así fue cómo la casa de mis padres se convirtió en un escenario de guerra, en el que cada uno de ellos armó su propia trinchera. Han sido muchas batallas y la pelea ya forma parte de su forma de vida. De ese modo, ellos se han privado del disfrute de lo bueno que cada uno tiene. Mi mamá es una mujer muy compasiva, generosa, amable y trabajadora. Y mi papá es un buen hombre, ama el trabajo, es muy humilde, honesto y absolutamente desprendido de los bienes materiales. Casi siempre está de buen humor y le gusta contar historias. Aún a sus noventa años le gusta arar la tierra para sembrar maíz o frijol. Eso y escuchar música son sus pasatiempos favoritos. Mi mamá, aunque tiene tres años menos que mi papá, lleva las riendas de la casa y le encanta cultivar plantas ornamentales. Su amor al trabajo, la humildad, honestidad y la solidaridad son los valores más importantes que ellos han dejado en mí.

Por otra parte, llevo más de cinco años en el papel de cuidadora de mis padres. Cuidar un adulto mayor en nuestro país es una tarea desafiante. Los cuidados especiales en cuanto al mantenimiento de la salud demandan cierta cantidad de recursos que, en este caso, sólo es posible conseguir mediante la ayuda monetaria de todo el grupo familiar. Dicha ayuda es viable en aquellos casos en los que se reciben remesas de los familiares que residen en el extranjero. Esa es la mayor fuente de seguridad social. De lo contrario, se apela a la mendicidad ante el Estado o particulares, también es común la realización de otras actividades benéficas, entre ellas rifas, bingos, ferias, fiestas y ventas de comida. Cabe destacar que la pensión por vejez sigue anclada en un monto que ni siquiera llega a la mitad de un dólar. Mientras que el valor de una consulta médica privada especializada oscila entre cincuenta (50) y setenta (70) dólares. En consecuencia, no hay una atención integral para este grupo etario, la mayoría padece enfermedades crónicas que no pueden ser tratadas oportunamente. De igual forma, la nutrición es deficiente. Ambas cuestiones afectan notablemente la calidad de vida de los adultos mayores, haciéndolos más vulnerables en el contexto social venezolano.

Con respecto al tema antes referido, en el 2024 la Asociación CONVITE presentó los resultados de una investigación acerca de las condiciones de vida de los adultos mayores, que reafirma la realidad antes mencionada. Citando cifras de ese año, mientras la canasta básica se ubicó entre 450 a 500\$, los ingresos mensuales apenas se aproximaron a los 51 dólares. Es decir, que estos adultos enfrentan una brecha superior al 90% para satisfacer sus necesidades básicas. Igual drama pasa con el tema alimentario: se incrementó (a un 73%) la cantidad de personas de la tercera edad que tuvo que bajar sus estándares de alimentos, en cuanto a costo y calidad. El 52% redujo las porciones de alimentación y un 32% se vio forzado a cambiar o sustituir las proteínas de calidad y mayor costo por vísceras, piel o huesos. Paradojicamente, un 48% recibe una bolsa de comida (Llamada antiguamente como Caja del CLAP) que no cubre ni siquiera la mitad del mes, ni tampoco los requerimientos nutricionales de este grupo etario. Cabe destacar que la entrega de este subsidio estatal se ha vuelto irregular en los últimos meses y por motivos que no se han dado a conocer, en el primer trimestre del 2026 no ha sido entregado.

De nuevo a la vida precaria

En 2019, la vuelta al hogar paterno me llevó a recordar cómo era el estilo de vida familiar en los tiempos de mi infancia, sin electricidad ni agua potable. A la carencia de los alimentos de la dieta básica, se sumaba ahora el drama de la falta o mal funcionamiento de los servicios públicos básicos conexos a la vivienda (agua potable, gas doméstico, electricidad e internet). Las fallas del servicio eléctrico son recurrentes y en un mismo día se presentan varios apagones. Por otra parte, reina la incertidumbre ya que no se brinda ningún tipo de información oficial al respecto. Ante eso, las personas empiezan a especular porque no se sabe si es un racionamiento eléctrico que no es notificado a los usuarios o si es por alguna avería en el sistema eléctrico. En esa penosa circunstancia, nadie rinde cuentas y los usuarios deben esperar pacientemente la restauración del servicio. Esto ocasiona que los pocos alimentos se dañen en el refrigerador y que los equipos electrodomésticos también sufran daños, a veces irreparables. Durante este año, en más de una ocasión, se presentó la dramática situación de que no teníamos servicio eléctrico, no había agua potable y tampoco suministro de gas. En síntesis, no teníamos las condiciones mínimas para preparar ni preservar los alimentos. Para sobrevivir, teníamos que inventar y volver a la época primitiva (hacer un fogón para cocinar, restringir el uso del agua para el aseo personal, lavar los trastes sucios en un envase con poca agua, usar la sal para preservar los alimentos, entre otras medidas).

Esa navidad del 2019 intentamos hacer algunas actividades tradicionales. La cena de navidad fue una de ellas. Es uno de los rasgos más llamativos de nuestra idiosincrasia, el espíritu festivo y celebratorio siempre está presente. Fui a Punto Fijo a comprar víveres. En compañía de mis sobrinos y de una de mis hermanas, preparamos las hallacas y una ensalada, mi hermana también hizo pan de jamón y, con eso, ya teníamos el plato típico navideño venezolano. Ese año una de mis hermanas que estaba en Caracas pudo visitarnos con mis sobrinos. Y así compartimos esos momentos especiales aunque la familia ya estaba reducida, mi hermano en Colombia con dos sobrinas, otros sobrinos en Panamá, dos sobrinos más en Colombia y mi hija también seguía en el exterior.

A principios del 2020 estuvimos varias semanas sin el servicio de agua potable. Cabe destacar que el pueblo donde vivimos es uno de los pocos lugares de la Península de Paraguaná que no ha sido afectado por el déficit constante de agua potable. No obstante, esta vez se presentó un problema con este servicio. Los primeros días de sequía pudimos paliar la situación, recogíamos agua en algunos sitios cercanos o los vecinos nos ayudaban con la donación de la misma. Pero luego, el problema se tornó crítico y teníamos que trasladarnos hacia el borde de la vía intercomunal donde pasa la tubería central que distribuye agua hacia la principal Refinería petrolera de Venezuela, ubicada en Punta Cardón. Era lejos y el traslado manual de los envases de agua era complicado. Por recomendaciones médicas, no podía levantar mucho peso, pero tampoco podía dejar solo a mi anciano padre, así que llevamos un carrito de mano y eso ayudó. Fueron días de mucho trajinar para conseguir almacenar algo de este vital líquido. Mi papá siempre apoyó esta tarea, a pesar de su avanzada edad (88 años en ese momento), él cargaba el carro de mano con los pipotes de agua. Esos días experimenté mucha preocupación, la idea de no tener agua potable me llenaba de angustia. Los vecinos empezaron a buscar alternativas, una de ellas fue la construcción de pozos subterráneos en ciertos puntos en los que se presumía había agua. Mi papá también comenzó a perforar detrás de la casa. Pero era una ardua tarea, con instrumentos rudimentarios, así que unos días después no se pudo continuar. El problema del agua se prolongó por muchos días y se resolvió después que la misma institución responsable dio el visto bueno, los vecinos se reunieron, recolectaron fondos, compraron un equipo y asumieron de manera voluntaria el trabajo técnico de reparar el daño en la tubería.

El estado Falcón tiene una geografía muy diversa, existen municipios que han sufrido condiciones de sequía desde hace décadas, incluso hay pueblos que nunca han disfrutado del servicio de agua potable por tuberías, aun cuando en el 2003 se empezó la construcción del Acueducto Bolivariano, considerada una obra de gran envergadura. No obstante, esta inversión años después ha presentado fallas técnicas que se ven reflejadas en la continuidad del déficit en este servicio. Por ejemplo, la presa de Maticora está colapsada debido a la acumulación de sedimentos que impiden el buen funcionamiento de este Acueducto.

A su vez, en este problema de déficit en el suministro de agua potable se observa en la población afectada síntomas de lo que psicológicamente se llama una indefensión aprendida. Especialmente en aquellos lugares que llevan años sin disfrutar de forma regular el suministro de este vital servicio, las personas han hecho ciertas modificaciones en su estilo de vida para sobrevivir en esa situación. Por lo general, el agua hay que comprarla y su precio es en moneda extranjera, específicamente en dólares, por ejemplo, una botella grande de agua filtrada para beber puede costar unos 5 dólares o más. Es un precio que muchas familias no pueden pagar. Aunque poco se sabe acerca del impacto de este problema en el ingreso familiar. Es notorio que hay un reacomodo, ya que los jefes de familias empiezan a “sacrificar” o eliminar otros gastos de su presupuesto familiar, incluso de su alimentación, en aras de comprar este preciado líquido. En otros casos, se consume agua de muy baja calidad ya que en las fuentes del suministro o en su almacenamiento no se guardan las condiciones básicas de higiene y salubridad.

Los problemas en el suministro de gas doméstico

Venezuela es un país con grandes reservas probadas de gas natural, pero irónicamente llegó un momento en el que ni siquiera se podía abastecer de manera efectiva la demanda interna del llamado GLP o gas para consumo doméstico. La nueva empresa estatal Pdvs Gas Comunal, distribuidora de este tipo de gas, mostró un colapso en el 2020 para cumplir esa función. Entonces vino la falla en el suministro a las viviendas y esto se reflejó en el llenado de los cilindros de gas que podía tardar varios meses.

En casa fuimos usando estrategias alternativas para paliar la falta de gas doméstico. Primero, intentamos usar una cocina eléctrica pequeña de 2 hornillas, pero un día se produjo un cortocircuito que puso en peligro la seguridad del hogar. Y así fue como no tuvimos más alternativa que acudir a la vieja modalidad de improvisar una cocina de leña o fogón. Este tipo de cocina fue un desafío para todos los integrantes de la casa, ya que tanto mis padres como yo tenemos patologías para las que esta modalidad es un factor de riesgo para la salud. Nos dimos cuenta que la exposición prolongada y constante al humo nos enfermaba, pero dejar de cocinar no era una opción.

En ese punto, me di cuenta, que el reto ya no era tan sólo conseguir los alimentos sino también elaborar la comida. Tuvimos que seguir corriendo este riesgo. No obstante, era inevitable que este problema influyera negativamente en nuestras ya precarias condiciones de alimentación. Por ejemplo, en la cena ya no usábamos el fogón y a veces nos conformábamos con alimentos de baja calidad y que no implicaran el uso de la cocina.

Por fortuna, desde hace tres años el suministro de gas se ha normalizado en casi todo el país, sin embargo, otros servicios básicos como el agua, la electricidad y el internet siguen presentando fallas, repercutiendo de forma negativa en la calidad de vida de los venezolanos. Es claro que dichos servicios presentan fallas estructurales, como ciudadanos y usuarios estamos pagando el alto costo de una falta de modernización e inversión eficiente, por decir lo menos. Además, en la cadena final del consumo se presenta la “privatización por desgaste”, si bien las tarifas no son tan altas, hay contingencias que los usuarios deben resolver y eso implica una erogación monetaria extra o participación de mano de obra gratis que los organismos competentes no reconocen.

La falta de acceso a los alimentos de la dieta básica

En nuestro país, desde hace varias décadas y especialmente en los últimos años de este nuevo milenio, las estadísticas de personas con hambre son alarmantes, muchos términos o categorías acompañan este problema, la malnutrición, el déficit calórico y la subalimentación. Por ejemplo, un estudio revela que “... la prevalencia de la subalimentación (PoU), aumentó casi cuatro veces, de 6,4% en 2012-2014 a 21,2% en 2016-2018”. De igual manera, se plantea la relación del hambre con la pobreza y los problemas macroeconómicos existentes en el país. Al respecto se dice que “El aumento significativo del hambre en Venezuela en los últimos años coincide con el período de recesión del país, cuando la inflación alcanzó aproximadamente un 10 millón por ciento y el crecimiento del PIB real empeoró, pasando de -3,9% en 2014 a un estimado de -25% en 2018”.¹

1 <https://miradorsalud.com/5-al-dia-venezuela-tomados-de-la-mano-para-promover-el-consumo-de-frutas-y-hortalizas-con-higiene-salud-y-solidaridad/>

Proverse de los alimentos básicos que exige una dieta balanceada es en Venezuela una proeza difícil de cumplir para la mayoría de la población. El principal obstáculo es la falta de ingresos vinculado al desempleo, los bajos salarios y la hiperinflación. Esa combinación ha hecho que el poder adquisitivo del venezolano cada día sea menor. Al punto que muchas personas han caído en la mendicidad e indigencia y en los años más fuertes de la crisis venezolana era común ver en la calle a niños y personas adultas hurgando la basura en busca de algo para comer. Esta realidad tiene distintos matices ya que la pobreza y la desigualdad se expresan de distintas maneras, según sea el ámbito territorial. A ello hay que sumarle los problemas que se han presentado en el abastecimiento de combustible, que influyen notablemente en el transporte de alimentos, en la movilización de los usuarios y en el costo final de los productos alimentarios.

Por ejemplo, en las zonas alejadas de los centros urbanos resulta ineficiente el transporte público para la movilización hacia los lugares donde se expenden alimentos. Durante los años más críticos, era común que mientras los hombres se quedaban sembrando o atendiendo la faena agrícola, las mujeres provenientes de zonas rurales más apartadas, caminaban durante todo el día, corriendo todo tipo de riesgo, para llegar al pueblo más cercano donde era posible realizar las compras de los productos de primera necesidad. En los caseríos, las llamadas bodegas o pequeñas tiendas de abastecimiento desaparecieron al no poder insertar la modalidad de pago electrónico y tampoco tener los usuarios dinero en efectivo o divisas para realizar las compras. Aunque este panorama ha ido cambiando, las condiciones de vida en las áreas rurales siguen siendo aún más difíciles.

La situación de Venezuela en el mapa mundial de la pobreza

En el mapa internacional de la pobreza somos ahora considerados por organizaciones especialistas mundiales, como la FAO, como uno de los países más afectados. Cifras del período 2017-2019 indican que América Latina y el Caribe es "una de las regiones que tiene el costo más alto para tener acceso a una dieta saludable, con un valor promedio de 3,98 dólares... lo cual significa un poco más de tres veces de lo que una persona pobre puede

gastar en alimentos. Según esta misma organización, en el 2019 el hambre afectó a cerca de 47,7 millones de personas” en esta parte del mundo. Lo cual equivale a 7,4% del total de habitantes. Por otra parte, como consecuencia de la pandemia del coronavirus, se alejó más aún la posibilidad de cumplir la meta del milenio de erradicar el hambre para el 2030, al contrario, se plantea que por este mismo problema sanitario, el número de personas en el mundo afectadas por el hambre pudiera llegar a los 130 millones. La información de la FAO revela que en Venezuela *“la serie de la prevalencia de la subnutrición (PoU, por sus siglas en inglés) aumentó de 2.5 por ciento en 2010-2012 a 31.4 por ciento en 2017-2019”*.²

De igual manera, en América del Sur se ubica más de la mitad (68%) de las personas subalimentadas de toda América Latina, según la FAO. Quizás hablar de “subnutrición” es una forma elegante o eufemística de calificar el drama venezolano. Es evidente que Venezuela está viviendo una crisis alimentaria aguda, ya que los elementos que garantizan la seguridad alimentaria, tales como disponibilidad, acceso, estabilidad y utilización de los alimentos no están presentes para garantizar a las personas una dieta saludable. El motivo principal se debe a que un 96% de la población está siendo afectada por la pobreza material y un 79% se encuentra en pobreza extrema.³

En los últimos años, el creciente desplazamiento y pérdida de valor de la moneda nacional ha traído mayor desigualdad y precariedad a las familias cuyo ingreso depende de los salarios o subsidios del sector público. Las transacciones comerciales se hacen en dólares e incluso el Banco Central de Venezuela impuso un tipo de cambio cuyo valor ya casi alcanza el mismo que tiene en el mercado cambiario el llamado dólar “paralelo”. A su vez, algunos organismos públicos están cobrando sus aranceles calculando su equivalente en dólares. El pasaporte, después de ser un documento absolutamente gratuito, ahora cuesta más de 200 dólares. Esta cifra puede ser baja para un ciudadano que vive en otro país y gana un salario mínimo mensual que al menos triplica esa cantidad, pero ese no es el caso de Venezuela.

2 <http://www.fao.org/venezuela/recursos/es/>

3 <https://dialogo-americas.com/es/articulos/venezuela-uno-de-los-20-paises-del-mundo-con-mayor-riesgo-de-agravar-el-hambre-entre-su-poblacion/>

En el caso particular, el ingreso compuesto por mi pensión de jubilación de profesor universitario titular, más las pensiones y ayudas sociales de mis padres, resultaron insuficientes para la compra semanal de alimentos. Cabe destacar que a partir del 2018 los sueldos y salarios de todos los trabajadores del sector público fueron homologados y de ahí en adelante, junto con el cambio en el cono monetario, se hizo evidente la precariedad en las condiciones de vida de los docentes. Por tal motivo, de no haber recibido ayuda externa de otros familiares, hubiéramos caído también en el grupo de venezolanos en pobreza extrema. El déficit alimentario es una realidad, algunas familias apenas pueden realizar una comida diaria que a veces está limitada a la ingesta de un carbohidrato como el arroz. Otras personas pasan el día sin probar alimentos de una dieta balanceada. La única variación que se ha visto, seis años después, es el pago de un bono compensatorio que equivale en bolívares a 120\$ para los trabajadores activos, 110\$ para los jubilados del sector público y 50\$ para los pensionados.

A medida que la crisis aumenta se pudo notar lo que los expertos en la materia califican como “un reacomodo en los hábitos alimentarios”, es decir, la ingesta de al menos unas 3 o 4 veces a la semana de un solo tipo de comida que consistía en una sopa de granos (caraotas o frijoles) con arroz o arepa. Esto era lo más accesible, tomando en cuenta que los granos son cultivados en la zona. De igual forma, se podía conseguir el pescado, ya que la pesca junto a la agricultura son dos de las principales actividades de subsistencia en nuestro pueblo. En general, –como ya se refirió en el caso de los adultos mayores– la dieta básica de los venezolanos se ha limitado al consumo de productos de baja calidad y bajo costo. También los rubros alimenticios se obtienen a través de la modalidad de trueque, que consiste en cambiarlo por otro producto que puede ser por un kilogramo de harina de maíz, de arroz o de pasta. Las frutas se consumen con mayor frecuencia, si están de temporadas, por ejemplo, el mango, la papaya, la guanábana y la guayaba se cultivan en los huertos familiares. Los vecinos suelen regalar este tipo de frutas a mi madre. Ella se alegraba de las muestras de generosidad que recibía. Siempre me recalaba que a nuestra familia no les faltaba alimentos y era cierto, claro, dentro de un marco de austeridad y comparado con otras familias más pobres que la nuestra.

Cabe destacar que la narrativa de mis padres tiende a naturalizar las bajas condiciones de vida, de modo que ellos, al igual que la mayoría de la población, siempre tienen argumentos para expresar su conformidad con el estado de cosas reinante en el hogar. Mi madre siempre me recalca con cierto orgullo la frase: *“Al menos, hambre no hemos pasado”* o *“En esta casa siempre se come”*. Mi papá también le apoyaba en esto: *“nosotros nunca hemos pasado hambre, en gracia de Dios”*. La disonancia cognitiva le permitía lidiar con la tensión entre su sistema de creencias y los desafíos que diariamente se le presentaban con respecto a la provisión de bienes y servicios de primera necesidad. A veces, mi mamá me decía que la culpa la tenían *“esos comerciantes especuladores que se aprovechan de la necesidad de la gente y venden al precio que les da la gana”*. *“No hay que comprarles nada, que se pudran los alimentos, a ver qué van a hacer...”*. Su grado de comprensión de la realidad ubicaba el problema en la actitud especuladora de los comerciantes. Ciertamente, la parte más visible del problema es que el dinero no alcanza para obtener los bienes de primera necesidad y cada día los precios ascienden sin que haya ningún tipo de regulación. A su vez, el dinero en efectivo que comúnmente se usa es el dólar como moneda de cambio, a pesar de que formalmente es el bolívar la moneda nacional y los salarios en su mayoría se pagan en bolívares.

Una de las cosas que aprendí en mi regreso a Venezuela fue a responder el saludo diciendo *“Todo bien”* y *“Gracias a Dios”*. En el estado de continua calamidad que se vive, la primera frase permite darle un sentido positivo, optimista a la realidad y, la segunda, es el reconocimiento de que gracias a la fe en un poder supremo estaremos a salvo. Esta esperanza de salvación y la idea de estar protegidos por un poder divino es parte del universo simbólico que permite mitigar la angustia que nos crea la vida cotidiana. En la familia y en la comunidad, la práctica religiosa es importante. Mi mamá se sienta todas las noches al borde la cama y hace una oración. Y en casi todos sus actos de vida Dios aparece como un referente. El Dios es el padre y la virgen es la madre. Ambos representan el poder divino al que ella deja sus miedos y angustias. Siempre dice: *“Dios proveerá”*, porque se deposita la fe en un padre supremo y todopoderoso que brindará protección divina contra todo mal o carencia que tengamos.

A medida que la crisis se fue profundizando y apareció la pandemia del COVID19 en el año 2020, las certezas se fueron

agotando. Aprendimos a gestionar cada día como si fuera el último de nuestras vidas. No había mirada de largo plazo, un país ya acostumbrado a la inmediatez, a la improvisación y a resolver en el día a día. La incertidumbre más común era no saber si al día siguiente se podrían obtener alimentos para comer o la preocupación ante la posibilidad de contraer una enfermedad, o lidiar con un familiar o un amigo enfermo, especialmente por la presencia de esta pandemia. De ahí que la mayor parte del tiempo giraba alrededor de la alimentación o de conseguir un medicamento. Al levantarnos de la cama, inmediatamente se activaban las estrategias de sobrevivencia que en nuestro vecindario son múltiples. Los vecinos y los familiares suelen tender redes de apoyo entre sí. En nuestra casa no podía faltar el café porque es nuestra manera de retribuir el gesto generoso de un amigo o vecino que nos visita y nos trae una calabaza, plátanos, cambures o cualquier otro producto cultivado en el huerto familiar. Eso le daba mucha alegría a mi mamá. Si estábamos desayunando y quedaba algo de comida, se compartía. Vi a mi mamá algunas veces compartir su desayuno con otra persona necesitada. Y yo también tuve la experiencia de llegar a la casa de algún vecino y ellos compartían sus alimentos conmigo. Una vecina cercana se acercaba a mi casa todos los mediodías con una taza de sopa o de algún guiso de lo que ella preparaba y se lo ofrecía a mi mamá. Como ocurre en muchos pueblos, hay una solidaridad tácita, típica de los grupos primarios en los que los lazos afectivos son estrechos y la gente se comunica a diario sus vivencias en un contexto caracterizado por la carencia socioeconómica. Los alimentos se comparten bien porque alguien tiene una urgencia ese día y no tiene nada para comer o también se utilizan para el intercambio en forma de trueque por otro alimento o por el pago de un bien o servicio. Cuando la asistencia social del Estado no llega, las redes de apoyo vecinal o familiar son las que funcionan en caso de una emergencia. Ante la ausencia de recursos financieros para atender un problema de salud, lo más común es pedir la colaboración monetaria de la comunidad. Es así como se puede paliar la contingencia.

Siempre veía pasar frente a mi casa a una pareja de vecinos, ambos sin ningún tipo de ingresos fijos, sin empleo, pero no faltaban a los rituales en la iglesia evangélica, desafiando incluso la cuarentena y el distanciamiento social. El universo simbólico religioso le daba sentido a sus vidas y, a la vez, el grupo que compartía sus creencias era su principal fuente de apoyo para la supervivencia. Así pasaba la vida cotidiana.

¿Amor con hambre no dura? No estoy tan segura...

Las personas a mi alrededor, especialmente mis padres, en estas circunstancias de precariedad, muestran signos de “desesperanza aprendida”, por su actitud pasiva y resignada ante las situaciones de la vida cotidiana que vulneran el ejercicio de sus derechos ciudadanos. Por ejemplo, cuando se presentan fallas en el funcionamiento de los servicios públicos, la atención se focaliza en los efectos y no en el origen del problema. Si es una falla del sistema eléctrico, inmediatamente se busca una explicación: *“fue que se rompieron unas guayas del tendido eléctrico”* o se *“dañó el transformador que ya estaba obsoleto”* o *“eso fue por la lluvia que mojó los cables”* o *“fue obra de un saboteador...”* o *“es el viento que está soplando muy fuerte”*. Igual pasaba con los demás servicios, siempre se buscaba culpar un factor externo y quitarle así toda la responsabilidad al poder ejecutivo o a los organismos públicos responsables.

A veces intentaba entrar en una discusión con mis padres acerca del origen de los problemas sociales, pero mis argumentos chocaban contra un sistema de creencias que aún los mantiene con cierta ilusión en el proyecto chavista. A pesar de todos los problemas que han vivido durante el modelo político de la llamada “Revolución Bolivariana”, que ha permanecido en el poder durante los últimos veinte años, ellos, al igual que muchos habitantes de nuestra comunidad, aún se mantienen fieles. Como dice Fanfani *“...cuanto más desprovistos están de capital cultural más obligados están a la fidelitas, a la fidas implícita...”* (1997). Si yo le hacía una crítica al gobierno, entonces surgía una solidaridad automática: *“pero es que Maduro (el Presidente) no tiene la culpa de esto”*, solía decir mi mamá.

Para entender el universo simbólico de mis padres, sus representaciones sociales acerca del gobierno, el Estado y las instituciones, hay que considerar que ellos forman parte de esa generación de venezolanos que vivieron durante más de 40 años la experiencia de la llamada “cuarta república” o sistema de democracia representativa bipartidista, la que gobernó el país desde los años sesenta hasta el final de los años noventa. Por todos los déficits de ese proceso político, ellos tienen una representación social negativa, la misma que sembró Hugo Chávez en el imaginario colectivo y que reforzó su liderazgo mesiánico en la población venezolana. Mis

padres son de esa generación de venezolanos que anteriormente votaron asiduamente por los viejos partidos Acción democrática y COPEI, de la ya extinta democracia liberal representativa, y que luego abrazaron el proyecto chavista y se enamoraron de la figura de Hugo Chávez. La ilusión por un cambio real en la institucionalidad democrática creó una nueva identidad con el proyecto político de la “revolución bolivariana” y su máximo líder, Hugo Chávez. Sobre él estaban puestos los sueños de millones de venezolanos, casi de manera reverencial, nunca se vio un culto tan grande a la personalidad de un líder político, un personalismo tan exacerbado como en este caso. Durante muchos años mi madre conservó en la sala de la casa un gran afiche del fallecido expresidente H. Chávez. En las fiestas navideñas hacíamos bromas porque era inevitable que la cara del difunto hiciera el fondo en las fotos familiares. El afiche estaba ya descolorido y deteriorado, pero nadie se atrevía a quitarlo porque ella se molestaba. Al principio discutíamos por eso, pero después entendí que era una especie de imagen sagrada para mi mamá. Estaba a la misma altura de las imágenes religiosas que también colgaban en esas paredes. Luego tuve que convencerla de que ese viejo afiche no le hacía bien a la decoración de la casa y sugerí que podía tenerlo en uno de los cuartos. Esa identidad, a pesar de la crisis social, está aún muy arraigada en una parte de la población venezolana.

Cuando se acercan nuevos procesos electorales se apela a la emocionalidad de los electores y se invoca “*el amor*” que une al pueblo con sus candidatos. El vínculo amoroso entre un gobernador y sus gobernados, o entre un alcalde y su comunidad se ha convertido en uno de los referentes más usados para realizar proselitismo político. Dicho vínculo se va construyendo de forma mediática con ayuda de las redes sociales, mediante el tipo de interacción y los mecanismos que se usan para atender y solventar las demandas sociales. Por ejemplo, un programa de radio es un importante medio de promoción en el “marketing político”. Ese contacto directo y breve entre un gobernador y su audiencia puede ser algo positivo, pero, en este caso, se convierte en algo negativo ya que en vez de complementar una gestión social, intenta llenar el vacío que deja la ausencia de racionalidad en dicha gestión. Es interesante ver la puesta en escena que convierte a un funcionario público o político en un benefactor. Si va a un evento público en un colegio, los niños y los padres le entregarán cartas para pedirle favores y le darán muestras de lealtad.

De igual modo, los poderes públicos y, especialmente, el poder ejecutivo, dan mayor preeminencia a la figura dirigente. Se impone el personalismo. La legitimidad puede ser más importante que la reconstrucción de la institución que representan. Así como también en un marco de la llamada “gerencia por crisis” la solución de problemas sociales a gran escala y en forma integral ha dado paso a la atención de microrrealidades o a la asistencia de carencias socioeconómicas de los “casos” o personas en extrema pobreza, que logran hacerse visibles en los dispositivos comunicacionales de los organismos del poder público. Por ejemplo, el poder de una carta o mensaje de un usuario que es leído en un medio de comunicación o el video-chat de un joven en Instagram que hizo un reclamo público y recibió el respaldo de muchos seguidores, pueden marcar la diferencia con respecto a los mecanismos tradicionales de participación ciudadana y a la respuesta ofrecida por dichos organismos.

Además del protagonismo de las redes sociales o medios digitales, se observa la sustitución de los clásicos referentes formales (por ejemplo, los derechos constitucionales, los planes de desarrollo nacional y/o la planificación sectorial) por una reiterada invocatoria a Dios o al elemento amoroso. Estos nuevos referentes tienen ahora mayor importancia que la clásica invocatoria a la Constitución Nacional, a los derechos sociales o al cumplimiento de los objetivos en un plan de desarrollo nacional. El nuevo significado que se intenta proyectar -al atender un llamado, brindar una ayuda económica o hacer una promesa- es que la figura pública competente está brindando amor a su pueblo. La respuesta a ese amor es la fidelidad. Este referente de la gestión pública difumina el concepto y la práctica ciudadana basada en un conjunto de deberes y derechos. En consecuencia, se refuerza el asistencialismo selectivo que limita la gestión social. En el campo social, por no hablar de las políticas públicas en general, el peligro es que en ausencia de una auténtica política social, la atención a través de estos nuevos dispositivos (mensaje o llamada por teléfono en un programa de radio, por ejemplo) crea mayor desigualdad y exclusión con respecto a la población más vulnerable que no logra acceder a estos mecanismos.

Por otra parte, durante los últimos veinte años se han realizado en Venezuela muchos procesos electorales. En el imaginario colectivo, y como reflejo de la cultura política imperante, se fueron

creando valores, creencias y actitudes que refuerzan la idea de democracia en sentido procedimental, es decir, el significado de la democracia es participar en esos procesos y recibir prebendas del gobierno. Se dice que en la medida que aumentan los problemas socioeconómicos, tales como el desempleo, la desocupación y la marginalidad, hay una tendencia a buscar líderes mesiánicos. *“Estas bases socioeconómicas ayudan a la construcción de liderazgos cuya creencia en la democracia es vitalista, es decir, un gobierno apuntalado más por sentimientos de revancha profundos y arraigados, albergando el desconocimiento de los procedimientos, hacen de las decisiones proclamas instantáneas mediante discursos encendidos de jerga antisistema, encargados más de destruir los fantasmas del pasado que enfrentar la incertidumbre del futuro”.* (Madueño, 2000:130).

Asistencialismo en lugar de política social

A su vez, se puede afirmar que la política social ha desaparecido, si entendemos como tal una acción racional y planificada por parte del Estado, con el fin de satisfacer las necesidades básicas de la población. Aún con todos los cuestionamientos por su falta de transparencia en la gestión y sus fallas técnico-metodológicas, las llamadas misiones sociales aplicadas desde el 2003 intentaron llenar el vacío de la política social. No obstante, a medida que avanzó la crisis política económico-financiera, estos planes o misiones también se fueron debilitando. Así como también la perspectiva de alcanzar el desarrollo humano se perdió en la retórica del gobierno. En su lugar se instaló un sistema de transferencias monetarias a los sectores más vulnerables (Es lo que se conoce como los “Bonos de Maduro”), adicional se realizan atenciones sociales a escala local mediante las llamadas “jornadas sociales de atención integral” que consisten en la atención de forma eventual de un número determinado de personas más vulnerables, principalmente en sus demandas de salud y alimentos. Sin embargo, estos dispositivos, por su carácter temporal y paliativo, no brindan una respuesta eficaz a la población, aparte de que va legitimando una forma de intervención social del Estado que refuerza la ciudadanía asistida y, por sus mismas características, en los momentos más apremiantes fuerza la mendicidad de los más pobres ante las instancias del poder ejecutivo.

En el imaginario popular, los bonos o transferencias son vistos como un regalo o dádiva que ofrece el presidente de la República Nicolás Maduro para que las personas puedan temporalmente paliar su situación socioeconómica. Para el 2021 la pobreza extrema había crecido tanto que el gobierno tuvo que ofrecer bonos extras cada mes, adicionales a los que ya están previstos de manera fija. A través de este tipo de prestaciones monetarias se distribuye una parte de la renta petrolera para que un sector de los grupos más necesitados reciba el beneficio por parte del Estado en su responsabilidad de la procura existencial de la población. Se calcula que "los bonos y transferencias no laborales (pensiones, remesas, transferencias públicas y transferencia privadas) y los pagos hechos por programas del Estado representan un 25,3% del ingreso familiar total". No obstante, el impacto de estas transferencias es muy leve si tomamos en cuenta que el monto mensual de las mismas oscila entre 1 y 5 dólares.⁴

El problema más grave es que a medida que la crisis social aumentó, la mayor parte de los habitantes del país fueron perdiendo el control o dominio que antes tenían de su "espacio vital". Un venezolano sin empleo, sin adecuados servicios públicos, sin un buen sistema de salud y, principalmente, sin ingresos suficientes para adquirir los alimentos de primera necesidad, pierde la capacidad de control de su espacio vital y con ellos su autonomía para decidir aspectos básicos de su vida cotidiana. Desafortunadamente, las demandas de asistencia social aumentaron hasta el punto de colocar a Venezuela en una situación de crisis humanitaria. De allí que la gente empezó a desplazarse de manera forzada hacia otros países para no morir de hambre o para no caer en ese círculo de pobreza extrema. En este contexto social, las ayudas o bonos otorgados por el gobierno se caracterizan por llegar a un sector limitado de la población y por su monto insuficiente como complemento o paliativo del ingreso familiar.

El subsidio más popular ha sido el de la llamada caja o bolsa de alimentos de los Comités Locales de Abastecimiento y Producción, mejor conocido por sus siglas como CLAP. Este subsidio está vigente desde el 2016 y entre las críticas que se le han hecho es el manejo indebido de su administración, así como la baja calidad de los productos. No obstante, el CLAP se mantiene mientras están casi desaparecidas anteriores redes de abastecimiento y

4 <https://www.proyectoencovi.com/informe-interactivo-2019>

distribución alimentaria, tales como las provenientes de la misión MERCAL (Mercado de Alimentos, S.A) y de la empresa estatal PDVAL (Productora y Distribuidora Venezolana de Alimentos). Cabe destacar que durante el período 2020-2021, la entrega del subsidio CLAP comenzó a presentar mayores retrasos y una disminución en la cantidad de alimentos, los cuales se limitan a 3 Kilogramos de arroz, 2 kilogramos de harina de maíz, 3 kilogramos de pasta o espagueti, 1 kilogramo de azúcar, 1 kilogramo de harina de trigo y 1 kg. de granos. Es decir, en dicho período se mantiene la tendencia a ofrecer productos bajos en proteínas y altos en carbohidratos que, por su cantidad y calidad, tampoco cubren los requerimientos nutricionales de las familias beneficiadas. Durante el año 2023 se incorporan otros productos tales como 2 sardinas, 1 mortadela y una bolsa de chicha.

Para el año 2019, de acuerdo a investigaciones realizadas por la Universidad Católica Andrés Bello, el subsidio implícito de la bolsa CLAP era de 10,3%. Un 39% de encuestados dijeron que sí la recibían al menos una vez al mes, otro 15% manifestó recibirla cada 2 meses y un 46% la recibían sin periodicidad definida⁵. Cabe resaltar que este subsidio no ha sido entregado durante el primer trimestre del 2026.

Como ya lo mencioné antes, hay que tener en cuenta las implicaciones negativas que trae para la construcción de ciudadanía social, la falta de aplicación de la política social, en términos de derecho social y su paulatina sustitución por acciones de corte asistencial, temporal y focalizado. En un marco de “gerencia por crisis” y de escasez de recursos, el espacio ganado en cuanto a los derechos sociales empieza a desaparecer a medida que las “urgencias” planteadas por la crisis se posicionan como prioridad en la agenda pública y se reduce la participación política de la población. Por un lado, se termina legitimando o naturalizando la “ayuda social” proveniente de algún órgano del poder ejecutivo o instancia del partido de gobierno, al ciudadano ahora le toca mendigar ante el Estado y devolver su agradecimiento en forma de lealtad al partido, al gobierno o a una determinada figura política. A su vez, cobran fuerza los operativos que se conocen como “Jornadas Integrales”, especialmente en el campo de la salud, como el mecanismo para dar una respuesta efectista, temporal y paliativa a un colectivo que amerita la satisfacción de sus necesidades sociales. El riesgo que

5 <https://www.proyectoencovi.com/informe-interactivo-2019>

esto conlleva es el aumento de la desigualdad social de la exclusión, ya que no todos son asistidos y los que reciben los beneficios se consideran clientela política del partido que ejerce el poder. El que brinda las ayudas sociales y tiene el control en el suministro de determinados bienes y servicios, tiene más fácil el dominio político-ideológico de la población.

“Privatización por desgaste” de los servicios públicos

Aunado a lo anterior, el deterioro de los servicios públicos junto al vacío institucional conlleva a una privatización encubierta de dichos servicios. Este tema ya lo había tocado en la investigación que hice durante la tesis doctoral que presenté en el 2007, en esa oportunidad se refería a la coyuntura que vivió Venezuela durante el segundo gobierno de Rafael Caldera, cuando se intentaron aplicar las medidas económicas de ajuste en el marco del plan económico conocido como la “Agenda Venezuela”, el cual incluía dicha privatización y en la que, igual que ahora, se presentó un deterioro notorio de dichos servicios.

En este nuevo marco de crisis económica que vive Venezuela, reaparece la llamada “privatización por desgaste”, es decir, formalmente los servicios públicos están en manos del Estado, pero es tal su ineficiencia que en algunas zonas los usuarios apelan a ciertos mecanismos no institucionales en los que por cuenta propia deben hacerse cargo de la prestación de estos servicios. Esta situación es más visible en el caso del agua potable, el suministro de servicio eléctrico, teléfono y aseo urbano. Por ejemplo, en algunos sitios de la ciudad o áreas rurales en los que no llega el suministro de agua potable, la gente se ve obligada a pagar en dólares para que un camión cisterna le preste ese servicio. De igual manera, se presentan eventualidades que afectan el servicio eléctrico (por ejemplo, caída de un poste o del tendido) o problemas con el servicio de telefonía residencial. Se tiende a normalizar que en las mismas instituciones públicas empiezan a gestarse “prestaciones” paralelas en forma de servicio técnico que en algunos casos utilizan sus propios bienes, insumos y personal técnico para “solucionar” de manera privada y cobrando un alto costo por la solución técnica de estas eventualidades. Este tipo de práctica a veces proviene de personas cuyos conocimientos y experiencia los califica como

“técnicos”, estipulando el cobro de tarifas en dólares para atender de manera privada las fallas en el suministro de estos servicios.

Como ya lo mencioné antes, ante el vacío institucional, el usuario tiene dos opciones: esperar de manera indefinida que los organismos públicos solucionen (lo cual es imposible, pues se trata de servicios básicos) o juntar de manera comunitaria para pagar en forma colectiva el costo de las tarifas por la reposición o reparación. Estando en casa de mis padres viví esa experiencia, una tarde brotaron chispas del poste que brinda alumbrado eléctrico y que suministra el servicio a nuestra casa. No hubo otra opción que llamar a un señor que atiende estas contingencias, el señor vino y escaló el poste, pero no pudo detectar la falla. Luego vino otro técnico y comenzó a cambiar una parte del cableado eléctrico. Esta acción solucionó temporalmente la falla.

Otro ejemplo de la privatización encubierta es el caso del servicio de salud, ya que, por lo general, el usuario debe pagar todos los insumos médicos, medicinas, transporte, exámenes médicos y otras exigencias para poder ser atendido en el sistema sanitario público. Las personas que no disponen de los ingresos para pagar el costo de una consulta, de una cirugía, examen especializado o la compra de insumos y medicinas están condenadas a morir. Estos dramas no se reflejan en las estadísticas de mortalidad. Es una de las cuestiones más angustiantes que he podido vivir. En mi caso, que vivo con personas mayores, con patologías crónicas, es un desafío difícil de enfrentar. Es el escenario donde la desigualdad y la pobreza golpean con más fuerza.

Cambio radical en mi estilo de vida

Escribir ha sido terapéutico. Cada día procuro poner en orden mi vida doméstica en todo lo que está a mi alcance. Sin embargo, soy consciente que en muchos aspectos no tengo el control de mi vida. La incertidumbre es muy grande. Con la pandemia de COVID19 la situación empeoró. En algunos momentos tuve que acudir a la meditación para evitar que el miedo y la preocupación afectaran mi salud mental. La pandemia forzó un cambio radical en el estilo de vida, en nuestro caso se profundizó el modo de supervivencia, en lo personal me enfoqué en comer y dormir bien,

hacer ejercicios físicos y mantener contacto virtual con mis seres queridos. Me imagino que esto es parecido a cuando la gente está en una cárcel. La capacidad de adaptación fue muy importante. No puedo pensar en las cosas que he perdido sino en todo lo que he ganado. En ocasiones, tuve que poner en pausa proyectos vitales, muchas tareas y hasta la atención médica. En ese momento -como sucedió en la crisis de escasez del período 2015-2017- lo principal y básico fue obtener los alimentos. Paradojicamente, el costo de un kilo de carne de ganado vacuno equivale a la mitad de lo que un trabajador venezolano percibe como primera quincena en su salario mensual. De ahí que la dieta básica está integrada mayormente por granos, arroz, harina de maíz, ciertos embutidos de baja calidad, tales como salchichas y mortadela, vísceras, pollo y ocasionalmente pescado. Por otra parte, la mayoría de los venezolanos se ha reinventado, en cuanto a la obtención de ingresos familiares, en la economía informal. Muchos que se fueron del país tampoco la pasaron bien, especialmente los que se aventuraron a salir en precarias condiciones y lo que lograron fue mudar esa precariedad a otro país.

Después de más de seis años en Venezuela, he visto realidades en este país con matices tan dramáticos que a veces parecen escenas sacadas de una novela de terror. Cuestiones vinculadas a la precariedad social, pobreza crítica y empobrecimiento siguen siendo detonantes de la huida o éxodo masivo de la población venezolana. En el 2023 la tendencia fue la migración masiva e ilegal hacia Estados Unidos a pesar de los riesgos que esto conlleva.

Las dimensiones de la migración masiva de ciudadanos venezolanos en los últimos diez años es un fenómeno social nunca visto en la historia de este país. En primer lugar, la mayoría de las veces es una salida forzada y, como tal, el trayecto para llegar al destino elegido está rodeado de muchos problemas, entre ellos: la violencia social, la violación de los derechos humanos, la precariedad, el abuso sexual contra la mujer y los niños, así como otros problemas que denigran la condición humana. En segundo lugar, la permanencia de los migrantes en algunos países es otra realidad dramática, principalmente por la estadía ilegal, las dificultades para regularse e integrarse, la pobreza y/o falta de ingresos, el empleo precario y de baja calidad, entre otros elementos. Según ACNUR (Agencia de la ONU para los Refugiados), (conocida también como UNHCR por sus siglas en inglés) han salido de Venezuela cerca de

7,9 millones de personas. De acuerdo a Vargas (1918) *“Existe una vulnerabilidad estructural de los migrantes venezolanos”* no sólo por las razones antes mencionadas, sino también por *“la pérdida de su capital intelectual en el origen, pero también en el destino si no logran insertarse en las áreas para las cuales fueron formados, y ... la ruptura permanente del tejido social”*.

Lamentablemente, durante el trayecto de la huida, hubo situaciones de violencia social y abuso sexual que se normalizaron. Simplemente fueron vistos como daños colaterales de una tragedia humana -que aunque en algún momento se calificó como una crisis humanitaria- hombres, mujeres, familias enteras se fueron quedando solas a expensas de la maldad del crimen organizado, las mafias o bandas criminales que se lucraron de esta tragedia. En los testimonios que cuentan los familiares de los migrantes, uno de ellos relató que entre los que ya habían pasado por la indeseable experiencia de atravesar la Selva del Dairén en la frontera de Colombia con Panamá, habían personas recomendando a las mujeres migrantes -decididas a recorrer ese lugar- que como medida preventiva, tomaran pastillas anticonceptivas para aminorar el impacto del abuso o violencia sexual que sufren dichas mujeres en la selva. Esto me impresionó, pues lejos de repudiar o cuestionar este delito se insta a las mujeres a prepararse y aceptar el abuso. De igual manera, tampoco se reflexiona acerca de los peligros a los que se exponen los migrantes en dicha frontera. Por el contrario, se observan actitudes de aceptación y sumisión. Aunado al silencio cómplice de las autoridades competentes, cuestión que aumenta la impunidad de estos crímenes.

Estoy cerrando este libro en lo que se pudiera llamar un momento crucial para Venezuela. La incertidumbre se mantiene al igual que las estructuras de poder que han gobernado al país durante más de un cuarto de siglo. En el despertar del nuevo año 2026 –antes de la llegada de los Reyes Magos- se produjo, mediante una acción armada del gobierno de Donald Trump, la salida forzada del gobierno y detención del cuestionado presidente Nicolás Maduro. Este hecho ha sacudido los cimientos de la otrora llamada Revolución Bolivariana. Se habla de una transición, pero ésta se ha dado mediante una rotación del poder entre los mismos actores políticos gobernantes. En esta suerte de carrera con obstáculos, el actual presidente norteamericano le ha pasado el “testigo” en la sucesión a un miembro del mismo equipo de gobierno del

depuesto Nicolás Maduro, la abogada Delcy Rodríguez. De ahí en adelante, los asuntos de gobierno siguen centralizados entre la nueva presidenta encargada y este nuevo actor externo. La sociedad civil sigue al margen como un espectador pasivo y completamente ausente, carente de presencia y mucho menos de protagonismo en el nuevo tablero regional y mundial. Mucho se habla de la realidad nacional y de los venezolanos, pero dentro del país, su voz y su participación política siguen censuradas. Mediante la declaratoria del Estado de Conmoción Exterior expresado en el Decreto N° 5.200, a partir del 3 de enero de 2026, el país entró en un régimen de excepción por un plazo de 90 días prorrogables, en los que quedan suspendidas las garantías constitucionales y el poder ejecutivo aumenta su control político y militar. Como bien lo señalan fuentes del IPYS (Instituto de Prensa y Sociedad-Venezuela), con esta nueva medida se hace mayor el nivel de discrecionalidad estatal en el manejo de los asuntos públicos y en especial de la libertad de expresión y el derecho a la información.

Aunado a lo anterior, el panorama político que presenta Venezuela no es ajeno a lo que Obdola (2025) califica como un fenómeno de "decadencia institucional".... típico de lo que está pasando en el mundo global hoy en día y que se expresa en "burocracias que ya no sirven al pueblo, sino a su propia supervivencia; clases políticas obsesionadas con la retención del poder, no con el avance social; políticas públicas moldeadas por la ideología...; y gobernanza construida para mantener la ilusión de control, no para generar transformación".

En Venezuela se habla de un "Estado fallido", entre otros calificativos menos afortunados, lo que sea que exista, es evidente que hace tiempo dejó de cumplir su papel mediador en la sociedad. Lamentablemente, no hay contrapeso, ni división de poderes, ni agenda pública de gobierno, ni planes de desarrollo, mucho menos políticas públicas de corto, mediano o gran alcance. Entonces, a qué se reduce esto que llamamos gobierno nacional, en apariencia a un único actor (Presidenta de Venezuela), seleccionado por un eje de poder mundial (Estados Unidos), con mayor centralización de poder, injerencia absoluta en el territorio y poder sin límites en el destino de millones de venezolanos que siguen en un limbo, con el mismo botón en pausa y la esperanza en un cambio social. Da la impresión de que este tipo de intervención norteamericana, validada por algunos sectores de la oposición y del propio gobierno

chavista, reafirma el ya consumado estilo “bodeguero” en el tratamiento de los asuntos domésticos del país y de las relaciones entre los dueños del poder, dejando al desnudo la precariedad democrática, que hace años eliminó la genuina participación política y el ejercicio de los derechos ciudadanos.

A corto plazo, hay una aparente continuidad de los viejos actores del chavismo. No sabemos si la misma tiene un sentido estratégico alineado con las necesidades del poder global o si tiene que ver con las características que tiene la estructura de poder en Venezuela, o si los límites del *establishment* sólo permiten mover una pieza conveniente sin hacer cambios sustanciales en dicha estructura.

Para finalizar, quiero dejar claro que no apruebo las acciones que hacen culto a la pobreza o intentan jugar con las necesidades de las personas más humildes. Hemos pagado caro la falta de cultura política, el encantamiento por los Mesías y el sostenimiento de una falsa ilusión que llevó el país al atraso más grande de toda su historia. Todos merecemos vivir una vida digna, bajo los estándares de calidad de vida de un país desarrollado. Sin embargo, las crisis enseñan y también sacan lo peor de cada uno de nosotros. No sé si después de que esto pase seremos mejores o peores personas, en todo caso, sigue siendo válido trabajar en el fortalecimiento de la cultura política democrática, recuperar la ciudadanía social, los valores humanos fundamentales y construir o reconstruir un país que integre a todos sus ciudadanos en la difícil tarea de alcanzar un desarrollo integral en sentido económico, social, educativo, cultural e institucional. La esperanza nunca se pierde. Como mandato social inmediato hay que *vencer la precariedad y el desamor*.

BIBLIOGRAFÍA

Avila, Keymer (2018). “¿Un éxodo venezolano?”. Opinión. Nueva Sociedad. En: <https://www.nuso.org/articulo/un-exodo-venezolano/>. Recuperado el 03-04-2021. Recuperado el 07 de abril de 2021

CONVITE AC. PROYECTO TEJIENDO REDES.
“EVALUACIÓN SOBRE LAS VIDA Y SALUD DE LAS PERSONAS MAYORES EN VENEZUELA. Resultados de la encuesta 2024” (2024), Convite, AC, Caracas, Venezuela.

Fromm, Erich (1981). El arte de amar. En <https://web.seducoahuila.gob.mx>

Lauriño, Luis. Notas de la Economía Venezolana. Numero 2. IIES. UCAB. En <https://www.ucab.edu.ve/wp-content/uploads/sites/2/2021/02/Notas-sobre-la-Economia-Venezolana-LuisLaurino-2-enero-2021.pdf>. Recuperado el 03-04-2021.

Isuani E; Lo Vuolo R.; Tenti Fanfani E (1991). El Estado Benefactor. Un paradigma en crisis. Miño Dávila, CIEPP. Argentina.

Llorens, Manuel (2018). 2017 para Venezuela: un año de protestas sociales, polarización política y crisis económica En: <https://www.france24.com/es/20171228-2017-resumen-venezuela-protestas-sociales>. Recuperado el 9 de abril de 2021.

Madueño, Luis (2000). Sociología política de la cultura. Una Introducción. Universidad de los Andes. Centro de Investigaciones Políticas Comparadas. Mérida. Venezuela.

Martinez, Efrén. Disponible en www.efrenmartinezortiz.com

Obdola Armando (2025). El espejo roto: el Presidente Trump y el colapso que nos negamos a ver. OBDOLA. PRO, VENEZUELA, TREC, GLOBAL 25 de julio de 2025. Edición electrónica.

Stamateas, Bernardo (2012). Heridas emocionales. Ediciones B, S. A. Barcelona , España.

Vargas Ribas, Claudia. La migración en Venezuela como dimensión de la crisis. Pensamiento propio 47. Enero-Junio 2018. Año 23. CRIES. En <http://www.cries.org>



IREY GÓMEZ

Coro (1961), estado Falcón. Investigadora y docente universitaria. Licenciada en Trabajo Social (UDO, 1985). Magíster en Planificación del Desarrollo Regional (UDO, 1996). Doctora en Ciencias Sociales (UCV, 2007). Profesora titular a dedicación exclusiva (UDO). Fue coordinadora por varios años del Grupo de Investigaciones e Innovaciones Sociales (SOPHIS), adscrito al Consejo de Investigaciones de la Universidad de Oriente. Coordinó múltiples proyectos de investigación en el área de ciencias sociales. Obtuvo en diversas oportunidades el Premio Estímulo al Investigador. Coautora de los libros: *La sardina, su medio ambiente y explotación en el oriente venezolano*. Institut de Recherche pour le Developpement: París, Francia (2003); *Retos de la investigación en salud pública hoy*. Ediciones del Instituto de Altos Estudios “Arnoldo Gabaldón” (Maracay, 2007). Ha sido asesora de varias tesis en sus áreas de estudio y ha publicado ponencias y trabajos de investigación en revistas especializadas e indizadas.

El presente trabajo, más allá de lo personal, sin perder el foco, se inscribe directa e indirectamente en lo que ha sido su materia de estudio: el campo de la sociología.